

# LA REALIDAD ESPIRITUAL

*Descubriendo las realidades  
invisibles del Reino de Dios*

MENTIRAS  
TEMOR  
ESCLAVITUD  
PECADO  
MUERTE

VERDAD  
FE  
LIBERTAD  
JUSTICIA  
VIDA

OSVALDO REBOLLEDA

# LA REALIDAD ESPIRITUAL

**“Descubriendo las realidades invisibles  
del Reino de Dios”**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

**Introducción.....5**

PARTE I:

## EL DESPERTAR A LA REALIDAD ESPIRITUAL

Capítulo uno:

**Existe un mundo más real que el visible.....11**

Capítulo dos:

**¿Qué es la realidad espiritual?.....19**

Capítulo tres:

**La puerta de acceso a la realidad espiritual.....27**

Capítulo cuatro:

**Conociendo a Cristo según el Espíritu.....35**

PARTE II:

## LAS REALIDADES ESPIRITUALES DEL REINO

Capítulo cinco:

**La realidad de la salvación.....45**

Capítulo seis:

**La realidad de la cruz.....53**

Capítulo siete:

**La realidad de la adoración.....61**

Capítulo ocho:

**La realidad de la oración.....69**

Capítulo nueve:

**La realidad de la Iglesia.....77**

Capítulo diez:

**La realidad de la unidad.....85**

PARTE III:

LOS ENEMIGOS DE LA REALIDAD ESPIRITUAL

Capítulo once:

**Cuando la doctrina reemplaza la vida.....95**

Capítulo doce:

**La realidad de las apariencias.....103**

Capítulo trece:

**Lo falso de lo verdadero.....111**

Capítulo catorce:

**Emoción no es realidad espiritual.....119**

PARTE IV:

EL CAMINO HACIA LA REALIDAD

Capítulo quince:

**El Espíritu de realidad.....129**

Capítulo dieciséis:

**La disciplina del Espíritu Santo.....137**

Capítulo diecisiete:

**El ensanchamiento espiritual.....145**

Capítulo dieciocho:

**La realidad que produce sufrimientos.....153**

Capítulo diecinueve:

**Las riquezas espirituales de la Iglesia.....161**

Capítulo veinte:

**Viviendo continuamente en la realidad espiritual.....169**

**Conclusión .....178**

**Reconocimientos.....185**

**Sobre el autor.....187**

# INTRODUCCIÓN

¿Por qué la Iglesia necesita volver a la realidad espiritual?

Vivimos en una generación que posee más información bíblica que cualquier otra en la historia de la Iglesia. Nunca antes hubo tantos libros, seminarios, conferencias, plataformas digitales, comentarios bíblicos, traducciones de las Escrituras y recursos de enseñanza al alcance de la mano. El conocimiento se ha multiplicado de manera extraordinaria y millones de creyentes pueden acceder en segundos a enseñanzas que siglos atrás requerían años de búsqueda y estudio. Sin embargo, mientras la información aumenta, pareciera que el conocimiento verdadero de la realidad espiritual disminuye.

Tenemos más conocimiento, pero menos profundidad. Más actividad, pero menos experiencias de vida. Más palabras, pero menos transformación. Más exposición a la verdad, pero menos manifestación de ella. Esta paradoja constituye uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo.

La Iglesia corre el riesgo de confundir conocimiento con realidad, doctrina con experiencia espiritual, información con revelación y actividad religiosa con vida divina. Muchos creyentes pueden explicar correctamente los principios de la fe cristiana y, sin embargo, vivir muy lejos de la realidad espiritual que esas verdades describen. Existe una diferencia inmensa entre saber algo y vivirlo.

Un hombre puede estudiar durante años todo lo relacionado con el fuego, conocer su composición química, entender sus propiedades y describir con precisión sus efectos; pero una sola llama tocando su mano le enseñará una realidad que ningún libro puede transmitir. Del mismo modo, alguien puede estudiar durante décadas acerca de Dios sin llegar a conocer verdaderamente Su presencia. La realidad espiritual siempre es superior al conocimiento acerca de ella.

Podemos conocer la doctrina de la salvación y nunca haber comprendido plenamente la grandeza de haber sido unidos a Cristo por medio de la regeneración. Podemos hablar de la cruz y, al mismo tiempo, desconocer su operación diaria en nuestro carácter. Podemos enseñar sobre la Iglesia sin haber percibido la gloria del Cuerpo de Cristo. Podemos hablar de la adoración y jamás haber experimentado una verdadera comunión con Dios.

El problema no radica en la doctrina. La doctrina es indispensable. Dios nos dio Su Palabra precisamente para revelarnos la verdad. El problema aparece cuando la doctrina deja de ser una ventana hacia la realidad espiritual y se transforma en un sustituto de ella.

El conocimiento fue diseñado para conducirnos a la realidad, no para reemplazarla. Las Escrituras fueron dadas para llevarnos a Cristo. La enseñanza fue dada para introducirnos en la vida espiritual. La revelación bíblica fue entregada para conducirnos al conocimiento experimental de Dios.

Lamentablemente, es posible detenerse en el camino y conformarse únicamente con las explicaciones acerca de la realidad sin entrar verdaderamente en ella. La Biblia muestra repetidamente esta diferencia.

Los escribas conocían las profecías acerca del Mesías, pero no reconocieron al Mesías cuando estuvo delante de ellos. Los fariseos podían citar las Escrituras con exactitud, pero no percibieron la realidad espiritual que esas Escrituras anunciaban. Poseían información correcta, pero carecían de percepción espiritual, y lo mismo está ocurriendo en nuestros días.

El Reino de Dios no consiste meramente en conceptos. No es una filosofía moral ni una colección de principios religiosos. El Reino es una realidad viva. Es una esfera espiritual donde Cristo reina, donde el Espíritu Santo opera y donde la vida divina se manifiesta.

Muchas veces los creyentes intentan comprender el Reino únicamente mediante el razonamiento humano, olvidando que las realidades espirituales sólo pueden ser conocidas plenamente por medio de la revelación del Espíritu Santo. Pablo escribió:

***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”***

1 Corintios 2:14

Esta declaración nos introduce en una verdad fundamental que servirá como columna vertebral para todo este libro: existe una realidad espiritual que trasciende lo visible, lo natural y lo temporal.

El mundo moderno nos ha entrenado para confiar principalmente en nuestros sentidos. Aprendemos a creer únicamente aquello que podemos ver, tocar, medir o demostrar. Sin embargo, la Biblia nos presenta una perspectiva completamente distinta. Dios nos enseña que lo visible no es la realidad suprema.

Cuando Dios creó los cielos y la tierra, lo hizo a partir de una realidad espiritual preexistente. Antes de que existiera la materia, existía Dios. Antes de que existiera el tiempo, existía la eternidad. Antes de que apareciera el universo visible, ya existía el Reino invisible. Por esta razón, la realidad espiritual no es menos real que la realidad física. En verdad, es infinitamente más real.

A lo largo de toda la historia bíblica encontramos hombres y mujeres que aprendieron a vivir gobernados por esa realidad superior. Abraham vio una ciudad que todavía no existía en la tierra. Moisés escogió los tesoros eternos por encima de los tesoros de Egipto. Eliseo contempló ejércitos celestiales donde otros sólo veían enemigos. Pablo soportó sufrimientos indecibles porque había aprendido a fijar sus ojos en lo invisible. Todos ellos comprendieron algo que la Iglesia necesita redescubrir urgentemente: la realidad espiritual es más verdadera que las circunstancias visibles.

Este libro nace precisamente de esa necesidad. No pretende simplemente aportar nuevos conocimientos doctrinales ni agregar información teológica al lector. El propósito es mucho más profundo. Mi oración es que el Espíritu Santo utilice estas páginas para abrir nuevamente los ojos de la Iglesia a las realidades invisibles del Reino de Dios.

A lo largo de los capítulos que siguen exploraremos la naturaleza de la realidad espiritual, el nuevo nacimiento, la revelación de Cristo, la realidad de la cruz, la verdadera adoración, la oración, la Iglesia, la unidad del Cuerpo, la obra del Espíritu Santo y el suministro espiritual que fluye a través de los creyentes.

También examinaremos los enemigos que intentan sustituir la realidad por apariencias: el intelectualismo religioso, el formalismo, las emociones pasajeras y las falsificaciones espirituales que abundan en nuestros días.

Finalmente, veremos cómo Dios conduce a Sus hijos a una vida cada vez más profunda en la realidad espiritual mediante la disciplina, las pruebas, la formación interior y la obra continua del Espíritu Santo.

Mi deseo es que, al concluir este recorrido, el lector no sólo posea una comprensión más clara de estas verdades, sino que pueda experimentar personalmente aquello que ellas describen. Porque al final de cuentas, el objetivo de Dios nunca fue simplemente informarnos. Su propósito siempre ha sido transformarnos para vivir Su plenitud.

PARTE I

**EL DESPERTAR  
A LA REALIDAD  
ESPIRITUAL**

# Capítulo uno

## **EXISTE UN MUNDO MÁS REAL QUE EL VISIBLE**

La humanidad siempre ha tendido a considerar como real únicamente aquello que puede percibir por medio de los sentidos. Desde la infancia aprendemos a confiar en lo que vemos, tocamos y experimentamos de manera tangible. Nuestra educación, nuestra cultura y nuestra forma cotidiana de vivir nos entrenan para movernos dentro de los límites del mundo material. Sin embargo, la revelación bíblica nos conduce a una conclusión completamente distinta: lo visible no constituye la realidad suprema.

Las Escrituras enseñan que existe una dimensión espiritual que no sólo es real, sino que es el origen, el fundamento y el sustento de todo lo que existe. La gran tragedia del hombre natural consiste en vivir limitado a lo que puede percibir mediante sus sentidos físicos, ignorando que detrás de cada realidad visible existe una realidad invisible mucho más profunda, permanente y verdadera.

La Biblia no presenta el mundo espiritual como una idea filosófica, una metáfora religiosa o una construcción psicológica destinada a brindar consuelo a las personas.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, el mundo espiritual aparece como una realidad objetiva, activa y superior al universo material.

Cuando abrimos las Escrituras descubrimos que Dios existía antes de toda creación visible. Antes de que aparecieran las estrellas, los océanos, las montañas o la propia humanidad, Dios ya era. Antes del tiempo existía la eternidad. Antes del universo material existía el Reino invisible. La creación no dio origen a Dios; Dios dio origen a la creación.

Esto parece una verdad elemental para cualquier creyente, pero sus implicancias son enormes. Si Dios existía antes que toda materia, entonces la realidad espiritual precede necesariamente a la realidad física. El apóstol Pablo escribió:

***“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.”***

Colosenses 1:16

Observemos cuidadosamente las palabras del apóstol. No solamente afirma que existen cosas visibles, sino también cosas invisibles. Ambas pertenecen a la creación de Dios. Ambas son reales. Ambas forman parte del universo que Él gobierna. Sin embargo, la diferencia fundamental es que las

realidades invisibles existían antes de que las visibles fueran manifestadas.

La creación material no es el comienzo de la historia. Es la manifestación visible de una realidad previa que tiene su origen en Dios. Hebreos declara una verdad extraordinaria:

***“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.”***

Hebreos 11:3

Este versículo derriba una de las mayores ilusiones del pensamiento humano. Lo visible no produjo lo invisible. Ocurrió exactamente lo contrario. Todo lo que vemos procede de aquello que no vemos.

Las montañas visibles nacieron de una palabra invisible. Los océanos visibles surgieron de una orden invisible. El universo entero apareció como resultado de la voluntad invisible de Dios. La realidad espiritual fue primero, mientras que la realidad material vino después.

Esto significa que el mundo espiritual no es una sombra del mundo físico; el mundo físico es una manifestación temporal de una realidad espiritual mucho más profunda. Cuando comprendemos esta verdad comenzamos a entender por qué la fe ocupa un lugar tan central en la vida cristiana.

La fe no fue dada para ayudarnos a ignorar la realidad, sino para capacitarnos a percibir la realidad verdadera. Muchas personas consideran la fe como una especie de esfuerzo mental mediante el cual alguien intenta convencerse de algo que no puede demostrar. Sin embargo, la definición bíblica es completamente diferente. Hebreos afirma:

*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”*

Hebreos 11:1

La fe es la capacidad espiritual que nos permite relacionarnos con aquello que nuestros sentidos naturales no pueden percibir. Así como los ojos físicos fueron diseñados para contemplar el mundo material, la fe fue dada para percibir las realidades del Reino de Dios.

Por esta razón los hombres y mujeres de fe descritos en **Hebreos 11** pudieron vivir de manera tan diferente al resto de su generación. Ellos aprendieron a caminar gobernados por una realidad superior. No actuaban solamente en función de las circunstancias visibles.

Abraham salió sin saber adónde iba porque veía una ciudad invisible. Moisés renunció a los tesoros de Egipto porque contemplaba recompensas eternas. Los profetas soportaron persecuciones porque conocían una realidad mayor que el sufrimiento presente. Todos ellos aprendieron a vivir mirando más allá de lo visible.

Pablo también comprendió esta verdad. Después de sufrir cárceles, persecuciones, azotes, naufragios y toda clase de dificultades, escribió palabras que continúan desafiando a la Iglesia hasta nuestros días:

***“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.***

2 Corintios 4:18

La mayoría de las personas viven exactamente al revés. Miran exclusivamente las cosas visibles y apenas consideran las invisibles. Pablo invierte completamente esta perspectiva. No está negando la existencia del mundo material. No está proponiendo escapar de la realidad cotidiana. Lo que enseña es que el creyente debe aprender a interpretar todo lo visible a la luz de lo invisible.

Las circunstancias cambian, las emociones cambian, las economías cambian, los gobiernos cambian, los cuerpos envejecen, las generaciones pasan. Todo lo visible está sometido al tiempo y al desgaste. Pero las realidades espirituales permanecen.

La Palabra de Dios permanece, el Reino de Dios permanece, la vida de Cristo permanece, la presencia del Espíritu Santo permanece, las promesas de Dios permanecen. Por eso el creyente maduro aprende a establecer su vida sobre aquello que no cambia, sobre lo eterno.

Uno de los mayores problemas de la Iglesia contemporánea es que muchas veces intenta interpretar las realidades espirituales a partir de las circunstancias visibles, cuando debería hacer exactamente lo contrario.

Cuando las circunstancias son favorables, algunos concluyen que Dios está obrando. Cuando las circunstancias son difíciles, concluyen que Dios está ausente. Cuando sienten emociones intensas creen estar cerca del Señor. Cuando no sienten nada piensan que han perdido Su presencia, pero la realidad espiritual no depende de las emociones, ni de las impresiones, ni de las circunstancias externas.

Dios sigue siendo Dios cuando sentimos Su presencia y cuando no la sentimos. Cristo sigue siendo Señor cuando vemos respuestas inmediatas y cuando atravesamos largos períodos de espera. El Reino sigue siendo real aun cuando nuestros sentidos no puedan percibirlo.

Precisamente aquí encontramos una de las lecciones más importantes que la Iglesia necesita recuperar. “La realidad espiritual no depende de nuestra capacidad para verla, existe independientemente de nosotros”.

El sol continúa brillando, aunque una nube lo oculte momentáneamente. Del mismo modo, las realidades del Reino continúan siendo verdaderas, aunque nuestros sentidos no logren percibir las. Esta verdad aparece repetidamente en toda la Escritura.

Cuando Eliseo estaba rodeado por el ejército sirio, su siervo sólo veía peligro. Sólo veía soldados. Sólo veía una derrota inevitable. Pero Eliseo contemplaba otra realidad, y por tal motivo oró al Señor:

***“Te ruego, oh, Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo”.***

2 Reyes 6:17

Los carros celestiales no aparecieron cuando Eliseo oró, ya estaban allí. La oración simplemente permitió que el siervo percibiera una realidad que había permanecido oculta a sus ojos naturales. Este episodio resume perfectamente el propósito de este libro.

No pretendo crear una realidad espiritual, ni propongo simplemente imaginarla. No pretendo que debemos fabricarla mediante emociones o esfuerzos humanos, lo que necesitamos es que nuestros ojos sean abiertos. La realidad espiritual ya existe. El Reino ya existe y Cristo reina, más allá de toda percepción.

El Espíritu Santo obra continuamente entre nosotros. La vida divina fluye en quienes hemos nacido de nuevo. La Iglesia verdadera existe más allá de las estructuras visibles, instituciones y programas religiosos. Las riquezas espirituales del Reino están disponibles para los hijos de

Dios. Lo que necesitamos no es que esas realidades comiencen a existir, sino que debemos despertar a ellas.

La mayor necesidad de la Iglesia no es simplemente obtener más información acerca de Dios. Lo que necesitamos es ver lo que ya tenemos; necesitamos recuperar la percepción y el discernimiento espiritual. Necesitamos aprender nuevamente a vivir desde la perspectiva del Reino y no desde la limitada visión de los sentidos naturales.

Porque cuando los ojos espirituales son abiertos, todo cambia. Las circunstancias siguen siendo las mismas, pero ya no gobiernan nuestro corazón. Las dificultades continúan existiendo, pero dejan de definir nuestro destino. Las pruebas permanecen, pero son interpretadas desde una realidad superior.

Entonces descubrimos que aquello que parecía invisible era, en verdad, más sólido que las montañas, más permanente que los imperios y más real que cualquier cosa que nuestros ojos naturales puedan contemplar. Esa es la realidad espiritual a la que Dios desea conducir a Sus hijos.



## Capítulo dos

# ¿QUÉ ES LA REALIDAD ESPIRITUAL?

Una de las mayores dificultades que enfrenta la Iglesia cuando intenta hablar sobre la realidad espiritual es que muchas veces utiliza expresiones correctas sin detenerse a definir las adecuadamente. Se habla de vida espiritual, de comunión con Dios, de revelación, de unción, de presencia divina y de muchas otras verdades fundamentales de la fe cristiana, pero con frecuencia estas expresiones terminan convirtiéndose en conceptos familiares cuya profundidad ha dejado de ser considerada. El resultado es que numerosos creyentes emplean un lenguaje espiritual correcto mientras poseen una comprensión limitada de aquello que realmente están describiendo.

Por esta razón, antes de avanzar hacia las distintas realidades del Reino que examinaremos en los capítulos siguientes, resulta necesario responder una pregunta fundamental: ¿qué entendemos cuando hablamos de realidad espiritual? La respuesta a esta pregunta, es más importante de lo que parece, porque toda la vida cristiana depende de ella.

La realidad espiritual no es una emoción intensa, aunque en ocasiones pueda producir profundas emociones. Tampoco es una experiencia extraordinaria, aunque algunas veces pueda manifestarse de manera poderosa. No consiste en una filosofía religiosa ni en un conjunto de ideas elevadas acerca de Dios.

Mucho menos se trata de una construcción mental mediante la cual el creyente intenta convencerse de ciertas verdades invisibles. La realidad espiritual es aquello que procede de Dios, existe en Dios y es revelado por el Espíritu Santo al corazón del hombre para introducirlo en una experiencia viva de Cristo.

Dicho de otra manera, la realidad espiritual es la dimensión donde las verdades divinas dejan de ser meros conceptos para convertirse en experiencia viviente. Esta diferencia puede parecer sutil, pero marca la distancia entre una vida religiosa y una vida espiritual auténtica.

Un hombre puede estudiar durante años la doctrina de la gracia y continuar viviendo bajo condenación interior. Puede enseñar acerca del amor de Dios y seguir caminando en inseguridad espiritual. Puede explicar correctamente la obra de la cruz sin experimentar una transformación profunda de su carácter. En todos estos casos existe conocimiento acerca de una verdad, pero todavía no existe realidad espiritual de esa verdad en la vida de la persona.

La Escritura muestra repetidamente esta diferencia entre conocer algo intelectualmente y conocerlo por revelación. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor respondió: ***“No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 16:17). Aquella declaración no nació de una deducción intelectual ni de una conclusión académica. Había sido impartida por revelación divina. Pedro no estaba simplemente expresando una doctrina correcta; estaba viendo una realidad espiritual.

Aquí encontramos una de las claves más importantes para comprender el propósito de este libro: “la realidad espiritual siempre llega al hombre mediante revelación”.

La información puede recibirse mediante el estudio. El conocimiento puede adquirirse mediante la enseñanza. La comprensión intelectual puede desarrollarse mediante la lectura y la reflexión. Pero la realidad espiritual sólo puede ser comunicada por el Espíritu Santo.

Por esta razón, dos personas pueden escuchar exactamente el mismo mensaje y obtener resultados completamente diferentes. Una de ellas puede salir con nuevos conceptos para almacenar en su memoria, mientras que la otra sale profundamente transformada porque el Espíritu Santo ha iluminado su corazón. Ambas escucharon las mismas palabras, pero sólo una de ellas recibió revelación.

Pablo comprendía perfectamente esta diferencia cuando escribió a los creyentes de Éfeso y oró para que Dios les diera *“espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”* (Efesios 1:17). Lo notable es que estaba escribiendo a cristianos que ya conocían muchas verdades doctrinales. Sin embargo, el apóstol sabía que el verdadero crecimiento espiritual no depende únicamente de acumular información, sino de recibir continuamente la luz que procede del Espíritu.

La revelación es el puente que conduce desde el conocimiento hacia la realidad. Sin ella, la verdad permanece en la mente. Con ella, desciende al corazón y comienza a formar parte de la vida. Este principio explica también la diferencia entre doctrina y realidad espiritual.

La doctrina es indispensable porque define correctamente la verdad revelada por Dios. La Iglesia necesita doctrina sana, precisa y bíblicamente fundamentada. Sin doctrina, el creyente queda expuesto al error y al engaño. Sin embargo, la doctrina nunca fue diseñada para ser el destino final del creyente.

La doctrina es un mapa; la realidad espiritual es el territorio. Un mapa puede describir un lugar con extraordinaria precisión, pero jamás podrá reemplazar la experiencia de caminar por ese lugar. De la misma manera, la doctrina nos muestra el camino hacia las realidades del Reino, pero no puede sustituir la experiencia de vivir en ellas.

El problema surge cuando los creyentes comienzan a conformarse con la descripción de las cosas divinas sin avanzar hacia su experiencia. Entonces la fe corre el riesgo de transformarse en un sistema intelectual donde las verdades son defendidas, discutidas y explicadas, pero raramente vividas.

Esta fue precisamente una de las tragedias del pueblo religioso en tiempos de Jesús. Los líderes conocían las Escrituras, estudiaban las profecías y enseñaban la ley con rigurosidad, pero cuando la realidad misma apareció delante de ellos en la persona de Cristo, no fueron capaces de reconocerla. Conocían las promesas, pero no percibieron su cumplimiento. Poseían información acerca de la verdad, pero permanecían ajenos a la realidad que esa verdad anunciaba.

La misma situación puede repetirse en cualquier generación cuando la religión ocupa el lugar que corresponde a la vida espiritual.

La religión, en su expresión más superficial, consiste en relacionarse con las cosas de Dios de manera externa. Se centra en prácticas, costumbres, actividades y estructuras visibles. Aunque muchas de estas cosas pueden ser legítimas y necesarias, ninguna de ellas constituye por sí misma la realidad espiritual.

La realidad comienza cuando Cristo deja de ser solamente una figura histórica para convertirse en una presencia viva. Comienza cuando las Escrituras dejan de ser

únicamente un texto estudiado para transformarse en una palabra que ilumina el corazón. Comienza cuando la oración deja de ser una obligación religiosa y se convierte en comunión genuina con el Padre. Comienza cuando la cruz deja de ser un acontecimiento ocurrido hace dos mil años y pasa a operar activamente en la vida diaria del creyente.

En otras palabras, la realidad espiritual aparece cuando las verdades divinas dejan de permanecer fuera de nosotros y comienzan a obrar dentro de nosotros.

Esta verdad nos ayuda a comprender por qué el Nuevo Pacto es esencialmente un pacto de realidad. Bajo el antiguo sistema, muchas cosas existían en forma de sombras, figuras y símbolos. El tabernáculo, los sacrificios, el sacerdocio y las ceremonias apuntaban hacia una realidad mayor que todavía estaba por manifestarse. Pero cuando Cristo vino, las sombras comenzaron a ceder lugar a la sustancia.

El apóstol Pablo escribe que aquellas cosas eran ***“sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”*** (Colosenses 2:17). La palabra cuerpo en este contexto podría traducirse como sustancia o realidad. Lo que antes aparecía representado mediante símbolos ahora se encuentra plenamente revelado en Cristo.

Por eso toda verdadera realidad espiritual tiene su centro en la persona del Señor Jesucristo. El cristianismo no consiste simplemente en adoptar determinados principios morales ni en adherir a una determinada tradición religiosa.

El cristianismo es la participación en la vida misma de Cristo. Todo lo que pertenece al Reino encuentra en Él su origen, su significado y su cumplimiento.

Cuando la Iglesia pierde de vista esta verdad, corre el riesgo de sustituir la vida por actividades, la comunión por estructuras y la realidad por apariencias. Sin embargo, cuando Cristo vuelve a ocupar el lugar central, las cosas recuperan su verdadero significado, porque la realidad espiritual nunca puede separarse de Aquel que es la Verdad misma.

Esto explica por qué el crecimiento espiritual no consiste principalmente en aprender más cosas acerca de Dios, sino en conocer más profundamente al Dios que ya se nos ha revelado en Cristo. La meta final del Espíritu Santo no es producir creyentes cargados de información religiosa, sino hombres y mujeres que vivan en una relación cada vez más profunda con el Señor.

La realidad espiritual siempre produce vida. Donde ella está presente aparece transformación, libertad, madurez, discernimiento y comunión genuina con Dios. Donde está ausente, incluso la doctrina más correcta termina convirtiéndose en una estructura vacía incapaz de impartir vida.

Por esta razón, a medida que avancemos en este libro, no estaremos estudiando simplemente conceptos teológicos. Estaremos examinando realidades vivas que el Espíritu Santo

desea hacer efectivas en cada creyente. Hablaremos de la salvación, la cruz, la adoración, la oración, la Iglesia y la unidad del Cuerpo, pero nuestro propósito no será analizarlas únicamente desde una perspectiva doctrinal, sino contemplarlas como expresiones concretas de la vida de Cristo operando en Su pueblo.

Porque al final de cuentas, la realidad espiritual no es algo que el hombre produce mediante esfuerzo propio. Es la manifestación de la vida divina obrando en aquellos que han sido unidos a Cristo. Allí donde esa vida se expresa, la realidad está presente; allí donde esa vida es reemplazada por meras formas externas, sólo quedan sombras de aquello que Dios quiso que fuera una experiencia viva. Y precisamente hacia esa experiencia viva es hacia donde el Espíritu Santo continúa conduciéndonos como Iglesia.



## Capítulo tres

### **LA PUERTA DE ACCESO A LA REALIDAD ESPIRITUAL**

Si la realidad espiritual constituye una dimensión superior de existencia que procede de Dios y sólo puede ser conocida mediante la revelación del Espíritu Santo, surge inmediatamente una pregunta inevitable: ¿cómo puede el ser humano acceder a ella? ¿De qué manera alguien que ha nacido en un mundo gobernado por los sentidos naturales puede llegar a percibir las realidades invisibles del Reino de Dios?

La respuesta ocupa un lugar central en la enseñanza de Jesucristo y constituye uno de los fundamentos más importantes de toda la fe cristiana: “es necesario nacer de nuevo”.

No se trata simplemente de una experiencia religiosa entre muchas otras ni de una doctrina secundaria dentro del cristianismo. El nuevo nacimiento es el punto de partida de toda verdadera vida espiritual. Sin él, el hombre puede adquirir conocimientos acerca de Dios, desarrollar cierta moralidad religiosa e incluso participar activamente de una

comunidad de fe, pero permanecerá incapacitado para comprender y experimentar las realidades del Reino.

Esta verdad aparece con extraordinaria claridad en la conversación que Jesús mantuvo con Nicodemo, un encuentro que revela la enorme distancia que existe entre el conocimiento religioso y la percepción espiritual.

Nicodemo no era un hombre ignorante. Era un maestro de Israel, un estudioso de las Escrituras y un líder respetado entre su pueblo. Había dedicado gran parte de su vida al estudio de las cosas sagradas y poseía una formación teológica que la mayoría de las personas jamás alcanzaría. Sin embargo, cuando se encontró frente al Señor, descubrió que todo ese conocimiento no era suficiente para entrar en la esfera de la realidad espiritual. Jesús fue directo al corazón del asunto cuando le dijo:

***“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”***

Juan 3:3

Resulta significativo que el Señor no comenzara hablando acerca de doctrina, conducta o prácticas religiosas. Tampoco le ofreció un método para mejorar su vida espiritual. Lo primero que señaló fue una incapacidad fundamental: Nicodemo no podía ver el Reino.

La expresión utilizada por Jesús es profundamente reveladora. No dijo simplemente que no podía entrar en el

Reino, sino que no podía verlo. El problema inicial no era de acceso sino de percepción. Existía una realidad espiritual delante de él que permanecía invisible para sus ojos interiores.

Esta declaración nos ayuda a comprender una verdad que muchas veces pasa desapercibida: el mayor problema del hombre natural no es únicamente su condición moral, sino también su incapacidad espiritual. El pecado no solamente separó al ser humano de Dios; también oscureció su capacidad para percibir las realidades divinas.

Desde la caída, la humanidad vive limitada por una percepción profundamente reducida de la existencia. El hombre puede observar el universo, estudiar la naturaleza, desarrollar ciencia, filosofía y tecnología, pero continúa siendo incapaz de descubrir por sí mismo las realidades eternas. Sus facultades naturales pueden llevarlo muy lejos en el conocimiento de las cosas visibles, pero no pueden introducirlo en el conocimiento de las cosas espirituales.

Por esta razón, el Reino de Dios no puede ser descubierto mediante la inteligencia humana ni alcanzado por medio del esfuerzo intelectual. El Reino pertenece a una esfera distinta de existencia y requiere una nueva capacidad de percepción. Eso es precisamente lo que ocurre en el nuevo nacimiento.

Cuando una persona recibe a Cristo, no simplemente adopta una nueva religión ni incorpora ciertos principios

espirituales a su vida. Algo mucho más profundo sucede en su interior. El Espíritu Santo obra un milagro de regeneración mediante el cual la vida divina es impartida al espíritu humano. Allí donde antes existía muerte espiritual, comienza a operar una nueva vida que procede de Dios mismo. Pablo describe esta realidad cuando escribe:

***“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”***

Efesios 2:1

La muerte espiritual mencionada por el apóstol no significa inexistencia. Significa separación. Así como una rama separada del árbol continúa existiendo durante un tiempo, aunque ya no participe de su vida, el ser humano separado de Dios continúa viviendo físicamente, pero permanece desconectado de la fuente de toda vida espiritual. El nuevo nacimiento restaura esa unión perdida.

La vida que proviene de Dios comienza a habitar en nosotros y, juntamente con esta vida, surge una nueva capacidad para percibir aquello que antes permanecía oculto. Las Escrituras comienzan a abrirse de una manera diferente. La persona de Cristo adquiere una belleza que antes no era visible. La presencia de Dios deja de ser una idea abstracta para convertirse en una realidad experimentable. Las verdades del Reino comienzan a cobrar profundidad y significado. No se trata de un cambio meramente intelectual. Es una transformación de naturaleza. Por esta razón Jesús explicó a Nicodemo:

***“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.”***

Juan 3:6

Con estas palabras estableció una diferencia fundamental entre dos órdenes de existencia. La carne puede producir únicamente aquello que pertenece al ámbito natural. El Espíritu produce aquello que pertenece al ámbito espiritual. Ningún desarrollo humano, por noble que sea, puede generar vida espiritual auténtica, porque la vida espiritual tiene su origen exclusivamente en Dios.

Este principio resulta especialmente importante en una época donde muchas personas intentan sustituir la regeneración por diversas experiencias religiosas. Algunos confían en una tradición heredada. Otros descansan en una decisión intelectual. Otros se apoyan en años de participación eclesial. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede reemplazar la obra sobrenatural del Espíritu Santo.

La realidad espiritual comienza cuando Dios imparte Su vida al hombre. Todo lo demás, por valioso que pueda parecer, permanece insuficiente mientras esa obra no haya ocurrido. Por eso el nuevo nacimiento no constituye simplemente el comienzo de la vida cristiana; constituye el nacimiento mismo de la capacidad espiritual. Así como un niño recién nacido abre sus ojos a un mundo que antes desconocía por completo, el creyente regenerado comienza a despertar a una dimensión que siempre había estado presente, pero que permanecía fuera del alcance de su percepción.

Esta verdad explica por qué muchas veces dos personas escuchan el mismo mensaje y reaccionan de manera completamente distinta. Una puede considerarlo interesante desde el punto de vista intelectual, mientras que la otra experimenta una profunda convicción espiritual. La diferencia no reside únicamente en el contenido del mensaje, sino en la condición interior de quien lo recibe. Pablo expresa esta realidad cuando escribe:

***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”***

1 Corintios 2:14

El problema no es simplemente falta de información. Existe una incapacidad inherente en la naturaleza humana caída para comprender las cosas que pertenecen al Espíritu. Por esta razón, la obra de regeneración resulta absolutamente indispensable.

Sin embargo, el nuevo nacimiento no representa el final del camino sino el comienzo. Del mismo modo que un niño nace con la capacidad de crecer, aprender y desarrollarse, el creyente regenerado recibe una vida destinada a madurar. El propósito de Dios no consiste únicamente en que sus hijos entren al Reino, sino en que aprendan a vivir dentro de la realidad de ese Reino.

Aquí encontramos una de las grandes diferencias entre conversión y transformación. Muchas personas recuerdan con claridad el día en que entregaron su vida a Cristo, pero jamás avanzan hacia una comprensión más profunda de las riquezas espirituales que recibieron en aquel momento. Han entrado por la puerta, pero todavía no han explorado la casa. Han nacido de nuevo, pero continúan viviendo muy cerca de los límites de la vida natural. Sin embargo, el deseo del Señor es mucho más amplio.

Dios anhela conducir a Sus hijos a una experiencia creciente de Su realidad. Quiere que aprendan a caminar guiados por el Espíritu, a discernir Su voz, a conocer la vida de Cristo en una medida cada vez mayor y a participar activamente de las riquezas del Reino. El nuevo nacimiento constituye el punto de partida de esa jornada extraordinaria.

Por esta razón, todo intento de comprender la realidad espiritual sin haber experimentado la regeneración está condenado al fracaso. Las realidades del Reino no pueden ser estudiadas como si fueran simples conceptos académicos. Necesitan ser percibidas desde la vida que el propio Dios comunica.

La puerta de entrada no es el intelecto, sino que la puerta de entrada es el nuevo nacimiento. Y una vez que esa puerta ha sido atravesada, comienza el maravilloso proceso de descubrir que el universo visible no es la totalidad de la existencia, sino apenas el escenario temporal dentro del cual

Dios está formando hijos capaces de conocer, disfrutar y manifestar las realidades eternas de Su Reino.

A partir de ese momento, ya no vivimos únicamente en el mundo que podemos ver con nuestros ojos naturales. Aunque continuamos caminando sobre la tierra, comenzamos a participar de una vida que procede del cielo. Aunque permanecemos rodeados de circunstancias visibles, aprendemos gradualmente a interpretar todas las cosas desde una perspectiva superior. Aunque habitamos en el tiempo, descubrimos que la eternidad ya ha comenzado a obrar dentro de nuestro ser.

Ese es el milagro del nuevo nacimiento, el cual no solamente nos prepara para entrar algún día en el Reino de Dios; nos introduce desde que somos alcanzados por la gracia soberana de la regeneración. Entonces tenemos acceso a la realidad espiritual del Reino y Dios nos concede los ojos necesarios para contemplar aquello que antes había permanecido oculto para nuestra limitada humanidad.



## Capítulo cuatro

# CONOCIENDO A CRISTO SEGÚN EL ESPÍRITU

Entre todas las realidades espirituales que un creyente puede llegar a experimentar, ninguna es tan trascendente como el conocimiento de Jesucristo. En realidad, toda la vida cristiana puede resumirse en este único propósito: conocer al Hijo de Dios. No simplemente aprender acerca de Él, ni acumular información sobre Su ministerio, Sus enseñanzas o Sus obras, sino llegar a una relación viva y creciente con Su persona.

El cristianismo no nació como un sistema doctrinal ni como una filosofía religiosa destinada a mejorar la conducta humana; nació de la revelación de una Persona. Por esa razón, la profundidad de la vida espiritual de un creyente siempre estará determinada por la medida en que conoce verdaderamente a Cristo.

Sin embargo, cuando hablamos de conocer al Señor, es necesario comprender que existen formas muy diferentes de aproximarse a Él. Es posible conocer datos históricos sobre Jesús sin conocer realmente a Cristo. Es posible estudiar los

Evangelios desde una perspectiva académica y permanecer ajeno a la realidad espiritual que contienen.

Incluso es posible desarrollar una extensa actividad ministerial en Su nombre sin haber penetrado en la profundidad de Su persona. La historia de la Iglesia demuestra que el conocimiento intelectual y el conocimiento espiritual no siempre avanzan juntos.

Las Escrituras presentan esta diferencia con extraordinaria claridad en la experiencia del apóstol Pablo. Antes de su encuentro con el Señor en el camino a Damasco, Saulo de Tarso era un hombre profundamente religioso. Había sido formado bajo una rigurosa disciplina teológica, conocía las Escrituras con una profundidad poco común y poseía un celo que superaba al de muchos de sus contemporáneos.

Desde una perspectiva humana parecía estar extraordinariamente cerca de Dios, pero en realidad se encontraba persiguiendo a Aquel que afirmaba servir. Su problema no era la falta de conocimiento religioso. Su problema era la ausencia de revelación.

Aquel hombre conocía las promesas mesiánicas, pero no había reconocido al Mesías. Conocía la Ley, pero no había comprendido su cumplimiento en Cristo. Conocía las Escrituras, pero todavía no conocía al Señor de las Escrituras. Todo cambió cuando el Cristo resucitado se le reveló.

Aquella experiencia no fue simplemente una corrección doctrinal ni una ampliación de conocimientos previos. Fue un encuentro que alteró completamente la manera en que Saulo entendía a Dios, la salvación, el Reino y su propia existencia. La luz que resplandeció en el camino a Damasco hizo mucho más que iluminar sus ojos físicos; iluminó su espíritu. Por primera vez vio a Cristo.

Desde ese momento, toda su vida comenzó a girar alrededor de una pasión dominante: conocer cada vez más profundamente a Aquel que se le había revelado. Por eso años más tarde escribiría:

***“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.”***

Filipenses 3:8

Resulta significativo observar que Pablo no habla simplemente de conocer doctrinas acerca de Cristo. Habla del conocimiento de Cristo mismo. La diferencia es enorme. Una persona puede conocer muchas verdades acerca del Señor y, sin embargo, conocerlo muy poco a Él. Puede explicar conceptos teológicos complejos y seguir siendo espiritualmente inmadura.

Puede enseñar acerca de la gracia, la fe o la santificación y todavía no haber penetrado en la riqueza de una verdadera comunión con el Salvador. La vida espiritual comienza a transformarse cuando Cristo deja de ser

principalmente un tema de estudio y pasa a convertirse en el centro de nuestra experiencia.

Esta fue precisamente la diferencia que marcó la vida de los primeros discípulos. Ellos no siguieron simplemente una doctrina; caminaron con una Persona. Escucharon Sus palabras, contemplaron Sus obras, observaron Su carácter y fueron transformados por Su presencia. Más tarde, después de la resurrección y de la venida del Espíritu Santo, comprendieron que aquel conocimiento exterior debía dar lugar a una comprensión mucho más profunda. Por esta razón Pablo escribió una declaración que, a primera vista, puede resultar sorprendente:

***“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.”***

2 Corintios 5:16

Estas palabras no significan que el apóstol negara la realidad histórica de Jesús ni la importancia de Su encarnación. Lo que está diciendo es que existe una forma de conocimiento superior al mero conocimiento externo. Los contemporáneos de Jesús pudieron verlo físicamente, escuchar Su voz y observar Sus milagros, pero muchos de ellos nunca comprendieron quién era realmente. Estuvieron cerca de Él en términos físicos y, sin embargo, permanecieron lejos en términos espirituales.

La revelación del Cristo resucitado introduce al creyente en una dimensión completamente diferente. Ya no se trata simplemente de contemplar a Jesús como un personaje histórico que vivió hace dos mil años, sino de conocerlo como el Señor vivo que reina a la diestra del Padre, habita por Su Espíritu en los creyentes y continúa manifestando Su vida en medio de Su Iglesia.

Este conocimiento espiritual transforma radicalmente la manera en que interpretamos la fe. Cuando Cristo es solamente una figura histórica, la vida cristiana corre el riesgo de reducirse a la imitación de un modelo admirable. Pero cuando Cristo es conocido por revelación, comprendemos que el Evangelio no consiste principalmente en imitar una vida perfecta, sino en participar de ella.

Aquí encontramos una de las grandes verdades del Nuevo Pacto. Dios no nos llamó simplemente a admirar a Cristo desde la distancia. Nos llamó a vivir unidos a Él. La salvación no consiste únicamente en el perdón de los pecados ni en la promesa de la vida eterna futura. Consiste también en la unión presente del creyente con el Señor resucitado. La vida cristiana auténtica fluye de esa unión. Jesús expresó esta realidad mediante la imagen de la vid y los pámpanos:

***“Permaneced en mí, y yo en vosotros.”***

Juan 15:4

Estas palabras describen una relación mucho más profunda que una simple adhesión doctrinal. Hablan de una

comuni3n viva, continua y org3nica. El creyente no vive separado de Cristo intentando servirle mediante sus propias fuerzas; vive unido a él y recibe continuamente el suministro de Su vida. Sin embargo, esta realidad s3lo puede ser comprendida plenamente mediante revelaci3n espiritual.

La mente natural tiende a reducir el cristianismo a reglas, principios y esfuerzos personales. El Esp3ritu Santo, en cambio, dirige constantemente nuestra atenci3n hacia Cristo mismo. Su ministerio consiste en revelar al Hijo de Dios y conducir a los creyentes a una compresi3n cada vez m3s profunda de Su gloria. Por eso Jes3s declar3 respecto del Esp3ritu Santo:

***“Pero cuando venga el Esp3ritu de verdad, él os guiar3 a toda la verdad; porque no hablar3 por su propia cuenta, sino que hablar3 todo lo que oyere, y os har3 saber las cosas que habr3n de venir. l me glorificar3; porque tomar3 de lo m3o, y os lo har3 saber”.***

Juan 16:13 y 14

La obra del Esp3ritu nunca se centra en s3 misma. Siempre apunta hacia Cristo. Su prop3sito consiste en abrir progresivamente los ojos de los creyentes para que puedan contemplar la riqueza, la belleza y la suficiencia del Señor.

A medida que esta revelaci3n avanza, toda la vida espiritual comienza a adquirir una nueva dimensi3n. Las Escrituras dejan de ser únicamente un conjunto de

enseñanzas inspiradas y comienzan a revelar el rostro de Cristo.

La oración deja de ser una práctica religiosa para convertirse en comunión con una Persona viva. La adoración deja de centrarse en actividades externas y se transforma en una respuesta del corazón a la contemplación de Su gloria. Incluso las pruebas y dificultades adquieren un nuevo significado, porque se convierten en instrumentos mediante los cuales el Señor continúa formándose en nosotros.

Esta transformación interior explica por qué los hombres y mujeres que más profundamente han impactado a la Iglesia a lo largo de la historia han sido, ante todo, personas cautivadas por Cristo. Su influencia no procedía simplemente de sus conocimientos ni de sus capacidades naturales. Procedía de haber visto algo de la gloria del Señor. Habían sido conquistados por una revelación que transformó sus prioridades, sus afectos y su manera de vivir.

Cuando Isaías vio al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, jamás volvió a ser el mismo. Cuando Juan contempló al Cristo glorificado en la isla de Patmos, cayó como muerto a Sus pies. Cuando Pablo recibió la revelación del Hijo de Dios, toda su escala de valores fue reorganizada. En cada caso encontramos el mismo principio: “la verdadera transformación nace de la revelación de Cristo”.

Esta verdad continúa siendo tan necesaria hoy como en los días de los apóstoles. La Iglesia vive rodeada de

información religiosa, pero necesita desesperadamente una nueva revelación del Señor. Necesita volver a contemplar Su gloria, Su majestad, Su autoridad, Su belleza y Su suficiencia. Necesita redescubrir que el centro del Evangelio no es una doctrina, una denominación o un movimiento, sino una Persona viva que continúa llamando a Sus discípulos a conocerlo cada vez más profundamente.

Después de todo, la realidad espiritual no consiste simplemente en comprender ciertas verdades invisibles. Consiste en conocer a Aquel que es la fuente de toda verdad. Todo lo que pertenece al Reino encuentra en Cristo su origen, su significado y su cumplimiento. Por esa razón, cuanto más profundamente conocemos al Señor, más claramente percibimos las demás realidades espirituales.

La salvación adquiere un nuevo significado cuando vemos que ella nos une a Cristo. La cruz se vuelve más preciosa cuando comprendemos que nos conforma a Cristo. La Iglesia adquiere su verdadera identidad cuando entendemos que es el Cuerpo de Cristo. La unidad deja de ser un ideal humano y se convierte en la expresión de la vida de Cristo compartida entre los creyentes.

Todo converge en Él, y cuanto más avanzamos en el conocimiento espiritual de Su persona, más comprendemos que la meta final de Dios nunca fue simplemente enseñarnos acerca de Cristo, sino conducirnos a una unión tan profunda con Él que Su vida llegue a ser progresivamente manifestada en nosotros.

Ese conocimiento constituye una de las mayores riquezas de la realidad espiritual y, al mismo tiempo, prepara el camino para comprender la siguiente gran realidad del Reino: la salvación, no como una doctrina que profesamos, sino como una vida que recibimos y que nos une para siempre al Hijo de Dios.



PARTE II

**LAS REALIDADES  
ESPIRITUALES  
DEL REINO**

## Capítulo cinco

# LA REALIDAD DE LA SALVACIÓN

Pocas palabras son tan familiares dentro de la Iglesia como la palabra salvación. Se predica acerca de ella, se enseña en las congregaciones, se menciona en los himnos y forma parte habitual del lenguaje cristiano. Sin embargo, precisamente por ser tan conocida, existe el peligro de que su verdadero significado quede oculto detrás de expresiones repetidas que terminan perdiendo profundidad en la mente de quienes las escuchan.

Muchas veces se habla de la salvación como si fuera únicamente una experiencia ocurrida en el pasado, una decisión tomada en determinado momento de la vida o una garantía de entrada al cielo después de la muerte. Aunque estos aspectos forman parte de la obra salvadora de Dios, ninguno de ellos logra expresar por sí solo la magnitud de lo que realmente significa ser salvo.

La salvación, según las Escrituras, es mucho más que un evento; es una realidad espiritual viva. No consiste simplemente en algo que Dios hace por nosotros, sino en algo que Dios hace en nosotros. No es únicamente una declaración

legal emitida desde el cielo, sino una unión vital mediante la cual el creyente es incorporado a Cristo y comienza a participar de Su propia vida.

Esta verdad constituye uno de los aspectos más gloriosos del Evangelio y, al mismo tiempo, uno de los menos comprendidos.

Con frecuencia, cuando se pregunta a los creyentes qué significa ser salvo, las respuestas suelen girar alrededor del perdón de los pecados, la reconciliación con Dios o la esperanza de la vida eterna. Todas estas respuestas son correctas, pero representan solamente una parte de una realidad mucho más amplia. La pregunta que debemos hacernos es: ¿qué ocurre después del perdón? ¿Qué sucede una vez que la culpa ha sido removida? ¿Cuál es el propósito final de la obra redentora de Cristo?

La respuesta nos conduce al corazón mismo del Nuevo Pacto. Dios no envió a Su Hijo únicamente para cancelar una deuda moral. Lo envió para restaurar aquello que el pecado había destruido desde el principio: la comunión viva entre el Creador y Su criatura. El propósito eterno de la redención siempre fue conducir al hombre nuevamente a una unión con Dios mediante Jesucristo.

Por esta razón, el Nuevo Testamento utiliza repetidamente una expresión que resume toda la experiencia cristiana: “estar en Cristo”.

Pablo emplea esta frase una y otra vez porque comprendió que allí se encuentra el núcleo de la salvación. El creyente no recibe simplemente beneficios provenientes de Cristo; es introducido en una comunión espiritual con Cristo. La salvación no consiste únicamente en recibir algo de Él, sino en ser incorporados a Él. Esta diferencia transforma completamente nuestra comprensión del Evangelio.

Cuando la salvación es reducida solamente al perdón, el creyente corre el riesgo de considerar la vida cristiana como un esfuerzo personal realizado después de haber sido absuelto de sus pecados. Pero cuando comprende que ha sido unido a Cristo, descubre que la esencia de la vida cristiana no consiste en esforzarse para vivir para Dios, sino en permitir que la vida de Cristo se exprese a través de él. El Señor mismo anticipó esta realidad cuando declaró:

***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”***

Juan 10:10

Resulta significativo que Jesús no dijera simplemente que había venido para ofrecer enseñanza, dirección o corrección moral. Vino para impartir vida. Desde el principio, el propósito de Dios no fue solamente resolver el problema del pecado, sino comunicar Su propia vida al ser humano. La salvación, por lo tanto, no debe entenderse únicamente en términos de lo que hemos sido librados, sino también en términos de aquello que hemos recibido.

Hemos sido librados de la condenación, pero también hemos recibido justificación. Hemos sido librados del dominio del pecado, pero también hemos recibido una nueva naturaleza. Hemos sido librados de la separación de Dios, pero también hemos sido introducidos en comunión con Él. Hemos sido librados de la muerte espiritual, pero también hemos recibido la vida eterna.

Y aquí encontramos una de las verdades más profundas de la realidad espiritual: la vida eterna no es solamente una duración infinita de existencia futura; es la propia vida de Dios comunicada al creyente. Jesús declaró:

***“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”***

Juan 17:3

La vida eterna comienza en el momento en que el hombre entra en una relación viva con Dios mediante Cristo. No espera al futuro para manifestarse; comienza a operar desde ahora en el espíritu regenerado del creyente. Esta comprensión arroja nueva luz sobre las palabras del apóstol Pablo:

***“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”***

2 Corintios 5:17

Muchas veces este versículo es interpretado únicamente en términos de cambios de conducta, pero Pablo está describiendo algo mucho más profundo. Habla de una nueva creación. No se refiere simplemente a una mejora de la vieja naturaleza, sino a la introducción de una nueva realidad espiritual en la vida del creyente.

La salvación no consiste en que Dios reforme al viejo hombre. Consiste en que Dios introduce una vida completamente nueva cuyo origen se encuentra en Cristo mismo.

Por esta razón, el Nuevo Testamento presenta continuamente la experiencia cristiana en términos de participación. Los creyentes participan de Cristo, participan de Su vida, participan de Su Espíritu y participan de Su naturaleza. Todo ello señala una realidad mucho más profunda que una simple adhesión doctrinal. La vida cristiana auténtica surge de una unión viva con el Señor.

Quizás una de las ilustraciones más hermosas de esta verdad aparece en las palabras de Jesús acerca de la vid y los pámpanos. El Señor no escogió la imagen de un maestro y sus alumnos, ni la de un gobernante y sus súbditos, sino la de una planta y sus ramas. La razón es evidente: deseaba mostrar una relación orgánica, vital y permanente.

Así como la rama recibe continuamente la vida que fluye desde la vid, el creyente recibe continuamente la vida que procede de Cristo. Separada de la vid, la rama no puede

producir fruto. Del mismo modo, separada de Cristo, la vida espiritual pierde su fuente de suministro.

Esta realidad explica por qué tantas personas luchan durante años intentando vivir la vida cristiana mediante esfuerzos propios. Han comprendido la doctrina de la salvación, pero todavía no han descubierto plenamente la realidad de la unión con Cristo. Continúan intentando producir mediante disciplina humana aquello que solamente puede surgir de la vida divina.

La verdadera espiritualidad nunca nace del esfuerzo independiente del hombre. “Nace de la comunión con Cristo”.

Cuanto más profundamente comprendemos esta verdad, más claramente percibimos que la salvación no es únicamente el punto de partida de la vida cristiana; es una realidad permanente que continúa desarrollándose en nosotros. La obra que comenzó con la regeneración sigue avanzando mediante la transformación. El mismo Cristo que vino a habitar en nosotros trabaja constantemente para conformarnos a Su imagen. Por eso Pablo pudo afirmar:

***“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”***

Colosenses 1:27

Estas palabras resumen de manera extraordinaria la esencia de la salvación. No se trata simplemente de que nosotros vayamos a Cristo; se trata también de que Cristo

venga a nosotros. No se trata solamente de una relación externa con el Salvador, sino de Su presencia habitando en el interior de aquellos que le pertenecen.

Aquí encontramos la diferencia entre una comprensión superficial de la salvación y su verdadera realidad espiritual. La comprensión superficial se concentra principalmente en lo que ocurrió el día de la conversión. La realidad espiritual contempla una unión viva que continúa desarrollándose día tras día. La primera mira hacia un acontecimiento pasado; la segunda contempla una vida presente.

Esta perspectiva transforma la manera en que entendemos toda la experiencia cristiana. La oración deja de ser un intento de acercarnos a un Dios distante y se convierte en comunión con Aquel que habita en nosotros. La adoración deja de ser un acto externo y se transforma en la respuesta de una vida unida a Cristo. La obediencia deja de ser un esfuerzo agotador y se convierte en la expresión natural de una vida sometida al gobierno del Espíritu.

La salvación, entonces, no puede reducirse a una decisión, una doctrina o una experiencia emocional. Todas estas cosas pueden estar presentes, pero ninguna de ellas constituye la esencia del asunto. La realidad de la salvación consiste en la unión del creyente con Cristo, mediante la cual la vida divina comienza a operar dentro de él, transformándolo progresivamente a la imagen de Aquel que lo llamó.

Esta es la razón por la cual la salvación ocupa un lugar tan central dentro de la realidad espiritual del Reino. No es simplemente una de las bendiciones que Dios concede; es la puerta mediante la cual el hombre es introducido en una nueva esfera de existencia. Es el comienzo de una vida que tiene su origen en el cielo, se desarrolla en la tierra y alcanzará su plena manifestación en la eternidad.

Quien comprende esta realidad descubre que ser salvo significa mucho más que haber escapado del juicio. Significa haber sido unido al Hijo de Dios, participar de Su vida y comenzar desde ahora a experimentar las riquezas de una comunión que jamás tendrá fin.

Y cuanto más profundamente penetra el creyente en esta unión, más claramente comprende que toda la vida cristiana no es otra cosa que Cristo manifestándose progresivamente en aquellos que han sido hechos uno con Él.



# Capítulo seis

## LA REALIDAD DE LA CRUZ

Pocas imágenes han ejercido una influencia tan profunda sobre la historia de la humanidad como la cruz de Jesucristo. Durante siglos ha sido representada en templos, hogares, obras de arte y expresiones de fe alrededor del mundo. Es el símbolo más reconocido del cristianismo y el recordatorio permanente del sacrificio realizado por el Hijo de Dios en favor de los hombres.

Sin embargo, existe el peligro de que aquello que se vuelve familiar pierda progresivamente su impacto sobre nuestra conciencia espiritual. Podemos hablar de la cruz con frecuencia, predicar acerca de ella y defender su importancia doctrinal, pero aun así permanecer lejos de comprender la profundidad de su realidad espiritual.

Para muchos creyentes, la cruz pertenece principalmente al pasado. Es vista como un acontecimiento histórico ocurrido en Jerusalén hace aproximadamente dos mil años, mediante el cual Cristo obtuvo el perdón de nuestros pecados y aseguró nuestra reconciliación con Dios. Todo esto es absolutamente cierto y constituye el fundamento

mismo del Evangelio. Sin embargo, cuando las Escrituras hablan de la cruz, no la presentan únicamente como un hecho histórico que debemos recordar, sino como una realidad espiritual que continúa operando en la vida de quienes pertenecen a Cristo.

La cruz fue un acontecimiento único e irrepetible en la historia de la redención, pero sus efectos no quedaron confinados a aquel momento. Lo que ocurrió en el Calvario sigue desplegando su poder a través de los siglos, alcanzando a cada generación y actuando en cada creyente que ha sido unido al Señor. La obra consumada de Cristo permanece perfecta y completa, pero la aplicación de esa obra continúa produciendo resultados vivos en aquellos que caminan con Él.

Por esta razón, comprender la realidad de la cruz exige ir más allá de una simple contemplación histórica. Debemos aprender a verla desde la perspectiva del Reino, entendiendo que Dios no solamente quiere que admiremos la cruz, sino que participemos de aquello que ella produjo. El apóstol Pablo expresa esta verdad de manera extraordinaria cuando escribe:

***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”***

Gálatas 2:20

Estas palabras contienen una de las declaraciones más profundas de todo el Nuevo Testamento. Pablo no dice

únicamente que Cristo fue crucificado por él; afirma que él mismo fue crucificado con Cristo. No está describiendo una experiencia emocional ni una figura poética destinada a inspirar devoción. Está hablando de una realidad espiritual establecida por Dios mediante la unión del creyente con Su Hijo.

Aquí comenzamos a comprender por qué la cruz ocupa un lugar tan central dentro de la vida cristiana. La salvación no consiste simplemente en que nuestros pecados hayan sido perdonados. Si Dios hubiese tratado únicamente con nuestros pecados, todavía permanecería intacta la fuente que los produce.

El problema humano no radica solamente en las acciones pecaminosas, sino también en la naturaleza caída que las genera. Por eso la obra de Cristo fue mucho más profunda que una simple cancelación de culpas. En la cruz, Dios trató no sólo con lo que hicimos, sino también con lo que éramos. Pablo desarrolla esta verdad en Romanos 6 cuando declara:

***“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”***

Romanos 6:6

El viejo hombre representa aquella humanidad adámica que heredamos por nacimiento natural, una vida centrada en sí misma, independiente de Dios y gobernada por

sus propios deseos. Aunque puede manifestarse de formas diferentes según la personalidad o las circunstancias, su esencia permanece siempre igual: es una vida cuyo centro es el yo. Precisamente allí apunta la cruz.

La obra de Dios no consiste simplemente en mejorar al viejo hombre ni en educarlo para que se comporte mejor. Tampoco pretende hacerlo más religioso o más disciplinado. La cruz pronuncia una sentencia definitiva sobre esa vida independiente y declara que la única solución para ella no es la reforma, sino la muerte.

Esta verdad resulta difícil de aceptar para la naturaleza humana porque el hombre siempre prefiere la mejora antes que la muerte. Nos agrada la idea de recibir ayuda para perfeccionarnos, pero resistimos la idea de que Dios deba llevarnos al fin de nuestras propias capacidades. Sin embargo, el Evangelio no comienza con una mejora del viejo hombre; comienza con su crucifixión juntamente con Cristo.

Aquí encontramos una de las diferencias fundamentales entre la religión y la realidad espiritual. La religión intenta fortalecer al yo para que sirva a Dios. La cruz, en cambio, revela que el yo debe ser llevado al lugar donde pierde su gobierno para que Cristo pueda ocupar el centro. Este principio aparece en las enseñanzas de Jesús.

***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.”***

Lucas 9:23

Durante mucho tiempo estas palabras fueron interpretadas principalmente como una invitación al sacrificio o a la renuncia. Sin embargo, contienen una verdad mucho más profunda. El Señor está describiendo un camino donde la vida centrada en sí misma es progresivamente desplazada para que la vida de Cristo encuentre espacio para manifestarse.

La cruz, por lo tanto, no es solamente el lugar donde Cristo murió por nosotros; también es el lugar donde aprendemos a abandonar nuestra independencia para vivir bajo el gobierno de Su vida.

Esta realidad no ocurre de una vez y para siempre en nuestra experiencia práctica. Aunque la posición espiritual del creyente ha sido establecida definitivamente en Cristo, el Espíritu Santo continúa aplicando la obra de la cruz en las distintas áreas de nuestra vida. Lo hace mediante procesos, circunstancias, correcciones, pruebas y disciplinas que exponen aquello que todavía permanece gobernado por el yo.

Con frecuencia imaginamos que el crecimiento espiritual consiste en acumular nuevas experiencias o adquirir mayores conocimientos. Sin embargo, una gran parte de la formación espiritual ocurre cuando Dios comienza a tratar con aquello que impide la manifestación de Cristo en nosotros.

Las pruebas muchas veces cumplen precisamente esta función. Cuando todo marcha según nuestros planes, ciertas

áreas ocultas de nuestro corazón permanecen invisibles. Pero cuando enfrentamos frustraciones, pérdidas, demoras o circunstancias que desafían nuestras expectativas, aquello que realmente gobierna nuestro interior sale a la superficie. Entonces descubrimos cuánto orgullo permanece todavía en nosotros, cuánta autosuficiencia, cuánta búsqueda de reconocimiento o cuánto deseo de controlar nuestra propia vida.

Lejos de ser señales de abandono divino, estas experiencias suelen convertirse en instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo aplica la realidad de la cruz a nuestro carácter. Por eso Pablo podía decir:

***“Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.”***

2 Corintios 4:10

Observemos cuidadosamente el orden divino. La muerte opera para que la vida pueda manifestarse. Dios no busca la muerte por sí misma. La cruz nunca es un fin en sí misma. Su propósito es despejar el camino para que la vida de Cristo se exprese con mayor libertad.

A veces la Iglesia ha enfatizado tanto la negación personal que ha terminado presentando la cruz como una experiencia sombría y exclusivamente dolorosa. Sin embargo, el propósito de Dios jamás ha sido producir

creyentes abatidos o derrotados. La cruz prepara el terreno para una manifestación más abundante de la vida del Señor.

Cada vez que una expresión del yo pierde terreno, Cristo gana espacio para revelarse. Cada vez que la autosuficiencia es quebrantada, la dependencia del Espíritu crece. Cada vez que nuestros propios recursos demuestran sus límites, descubrimos más profundamente la suficiencia del Señor. La cruz siempre conduce a la vida.

Este principio aparece en toda la creación y atraviesa toda la revelación bíblica. La semilla cae en tierra y muere para producir fruto. El invierno prepara el camino para la primavera. La noche precede al amanecer. Del mismo modo, en la economía espiritual de Dios, la muerte abre paso a una manifestación mayor de la vida.

Por eso la cruz no debe ser contemplada únicamente como un acontecimiento ocurrido fuera de nosotros, sino también como una realidad que el Espíritu Santo continúa haciendo efectiva dentro de nosotros. La obra redentora ya ha sido consumada por Cristo de manera perfecta e irreversible; sin embargo, la experiencia práctica de esa obra sigue desarrollándose a medida que aprendemos a caminar con Él.

La verdadera madurez espiritual nunca consiste simplemente en saber más acerca de la cruz. Consiste en permitir que la cruz realice su obra en nosotros.

Muchas personas admiran la cruz como doctrina, pero resisten su operación. Celebran la salvación que ella produjo, pero evitan los procesos mediante los cuales Dios aplica sus principios a la vida cotidiana. Sin embargo, el crecimiento espiritual sólo ocurre cuando ambas dimensiones permanecen unidas: la obra objetiva realizada por Cristo y la obra subjetiva realizada por el Espíritu Santo en nosotros.

A medida que avanzamos por este camino, comenzamos a descubrir algo extraordinario. Aquello que inicialmente parecía una pérdida se convierte en una ganancia incomparable. Lo que parecía una disminución de nuestra vida termina produciendo una manifestación más plena de la vida de Cristo. Lo que parecía una limitación se transforma en libertad espiritual.

Entonces comprendemos que la cruz no es simplemente el símbolo de una muerte pasada, sino el instrumento mediante el cual Dios continúa conformando a Sus hijos a la imagen de Su Hijo amado. Y en esa medida, la realidad de la cruz deja de ser una doctrina admirada desde la distancia para convertirse en una experiencia viva que produce transformación, libertad y una comunión cada vez más profunda con Cristo.

Porque allí donde la cruz realiza su obra, la vida del Reino encuentra espacio para manifestarse. Y donde la vida de Cristo se manifiesta, la realidad espiritual deja de ser una teoría para convertirse en una experiencia palpable de la gracia y del poder de Dios.

## Capítulo siete

### **LA REALIDAD DE LA ADORACIÓN**

Entre todas las expresiones de la vida cristiana, pocas son tan mencionadas y, al mismo tiempo, tan frecuentemente mal comprendidas como la adoración. En muchas ocasiones la palabra es asociada casi exclusivamente con la música, los cánticos congregacionales o determinados momentos de una reunión eclesiástica.

Se habla de tiempos de adoración, ministerios de adoración y reuniones de adoración, como si la esencia de esta realidad espiritual pudiera reducirse a una actividad específica dentro de la vida de la Iglesia. Sin embargo, cuando las Escrituras abordan este tema, lo hacen desde una perspectiva mucho más profunda y elevada.

La adoración pertenece a las realidades centrales del Reino de Dios porque surge de la relación más profunda que puede existir entre el Creador y Su criatura. No es simplemente una actividad religiosa realizada por el hombre, sino una respuesta espiritual producida por la revelación de Dios. En su esencia más pura, la adoración es la reacción del

corazón cuando contempla la gloria del Señor y reconoce Su incomparable dignidad.

Por esta razón, la verdadera adoración no comienza en la tierra sino en el cielo. Antes de aparecer en las reuniones de la Iglesia ya existía en la presencia de Dios. Antes de ser expresada mediante palabras humanas ya llenaba los ámbitos celestiales. Las Escrituras presentan constantemente a los seres celestiales postrados delante del trono, reconociendo la grandeza, la santidad y la majestad de Aquel que vive por los siglos de los siglos. La adoración no nació como una práctica eclesiástica; es una realidad eterna que encuentra su origen en la contemplación de Dios mismo.

Cuando el creyente comienza a comprender esta verdad, descubre que la adoración no puede ser producida artificialmente. No surge como resultado de técnicas, ambientes cuidadosamente diseñados o estímulos emocionales. Nace cuando el espíritu humano es capturado por una visión más profunda de quién es Dios.

Esta fue precisamente la experiencia de los grandes hombres y mujeres de la Biblia. Isaías adoró cuando vio al Señor sentado sobre un trono alto y sublime. Ezequiel cayó rostro en tierra cuando contempló la gloria divina. Juan se postró como muerto cuando recibió la revelación del Cristo glorificado.

En cada caso encontramos el mismo principio: la adoración auténtica surgió como respuesta a una revelación.

La razón es sencilla. Nadie puede contemplar verdaderamente la grandeza de Dios y permanecer indiferente.

Cuando el alma percibe algo de Su majestad, de Su santidad, de Su sabiduría o de Su amor, la adoración deja de ser una obligación y se convierte en una necesidad interior. Ya no es simplemente algo que hacemos; es algo que brota espontáneamente desde lo más profundo del ser.

Esta realidad ayuda a comprender por qué Jesús hizo una declaración tan extraordinaria durante su conversación con la mujer samaritana. Después de siglos de controversias acerca de lugares, sistemas y formas de adoración, el Señor dirigió la atención hacia una dimensión completamente diferente al afirmar:

***“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.”***

Juan 4:23

Estas palabras marcan una de las transiciones más importantes de toda la historia de la redención. Bajo el antiguo pacto, gran parte de la adoración estaba vinculada a elementos externos: un templo, un sacerdocio, sacrificios, ceremonias y lugares específicos designados por Dios. Todo ello tenía un propósito legítimo dentro del plan divino, pero

apuntaba hacia una realidad superior que sería plenamente revelada en Cristo.

Con la llegada del Nuevo Pacto, el centro de la adoración deja de estar en un lugar geográfico y pasa a estar en una relación espiritual. La cuestión principal ya no consiste en dónde adoramos, sino en cómo adoramos y desde dónde adoramos. Jesús utiliza dos expresiones fundamentales: “en espíritu y en verdad”.

Adorar en espíritu significa que la adoración auténtica nace desde la parte más profunda del ser humano regenerado por Dios. No se limita a una actividad mental ni a una manifestación emocional. Procede del espíritu humano vivificado por el Espíritu Santo y unido al Señor. Es una respuesta interior que surge de la comunión con Dios y que encuentra su fuente en la vida divina que ha sido impartida al creyente.

Adorar en verdad significa adorar conforme a la realidad revelada en Cristo. No según imaginaciones humanas, tradiciones religiosas o conceptos fabricados por la mente natural, sino de acuerdo con aquello que Dios ha dado a conocer acerca de Sí mismo. La verdad, en este sentido, no es simplemente exactitud doctrinal; es la realidad espiritual manifestada en la persona de Jesucristo.

Esta comprensión resulta especialmente necesaria en una época donde muchas veces se confunde adoración con emoción. Las emociones forman parte legítima de la

experiencia humana y pueden acompañar momentos genuinos de encuentro con Dios. Sería un error despreciarlas o considerarlas irrelevantes. Sin embargo, las emociones no constituyen el fundamento de la adoración.

La emoción puede estar presente o puede estar ausente. Puede variar según las circunstancias, el estado físico o la personalidad de cada individuo. La adoración auténtica, en cambio, descansa sobre una realidad mucho más estable: la dignidad inmutable de Dios.

Por esta razón, un creyente puede adorar profundamente aun en medio del sufrimiento. Puede hacerlo en momentos de alegría y también en tiempos de dolor. Puede hacerlo cuando experimenta intensamente la presencia del Señor y también cuando atraviesa períodos de sequedad espiritual. Su adoración no depende principalmente de lo que siente, sino de quién es Dios.

La historia de Job constituye uno de los ejemplos más conmovedores de esta realidad. Después de perder sus bienes, sus hijos y su salud, las Escrituras declaran:

***“Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró.”***

Job 1:20

Aquella adoración no surgió de circunstancias agradables ni de emociones placenteras. Nació de una revelación profunda de la soberanía y la grandeza de Dios.

Job comprendía que el Señor seguía siendo digno de adoración aun cuando no entendía lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Esta verdad también nos ayuda a discernir uno de los peligros más frecuentes de la vida religiosa: sustituir la realidad espiritual por el espectáculo religioso.

A lo largo de la historia, el hombre ha demostrado una notable capacidad para producir experiencias que parecen espirituales sin ser necesariamente espirituales. La música puede conmover, los ambientes pueden influir sobre las emociones y ciertos recursos pueden generar respuestas intensas en las personas. Sin embargo, ninguna de estas cosas constituye por sí misma adoración.

La verdadera adoración no se mide por la intensidad de las reacciones externas, sino por la profundidad de la respuesta interior a la revelación de Dios.

Una congregación puede manifestar gran entusiasmo y, sin embargo, permanecer lejos de la adoración verdadera. Del mismo modo, una reunión sencilla y silenciosa puede estar profundamente impregnada de la presencia de Dios porque los corazones han sido conducidos a contemplar a Cristo. La diferencia no reside principalmente en las formas utilizadas, sino en la realidad espiritual que las sustenta.

Cuando la atención se concentra excesivamente en los métodos, los estilos o los recursos humanos, existe el riesgo

de que Dios mismo deje de ocupar el centro. La adoración comienza entonces a girar alrededor de la experiencia del adorador en lugar de girar alrededor de la gloria del Señor. Lo que debía conducir a Dios termina sustituyéndolo.

Por esta razón, la cruz ocupa un papel tan importante en la vida de adoración. Mientras el yo permanezca en el centro, la adoración siempre tenderá a deformarse. El hombre buscará satisfacer sus propias necesidades emocionales, sus preferencias personales o sus expectativas religiosas. Pero cuando la cruz realiza su obra y Cristo ocupa el lugar central, la adoración recupera su verdadero propósito: “exaltar a Dios por quien Él es”.

La adoración auténtica posee además una capacidad transformadora extraordinaria. Cuando el creyente contempla continuamente la gloria del Señor, comienza a ser transformado por aquello que contempla. Pablo expresa este principio con gran belleza al escribir:

***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen.”***  
2 Corintios 3:18

La transformación espiritual no ocurre únicamente mediante el esfuerzo humano ni mediante la acumulación de conocimiento. Ocurre cuando el corazón aprende a permanecer delante de Dios, contemplando Su gloria y respondiendo a ella en adoración. Aquello que adoramos

termina influyendo profundamente en aquello que llegamos a ser.

Por eso la adoración constituye mucho más que una actividad de la Iglesia. Es una dimensión esencial de la vida espiritual. Es el ambiente donde el corazón aprende a reconocer la supremacía de Dios, donde las prioridades son reordenadas y donde la presencia del Señor ocupa nuevamente el lugar que le corresponde.

En última instancia, la realidad de la adoración consiste en vivir con el corazón vuelto hacia Dios, reconociendo continuamente Su grandeza, Su belleza y Su autoridad. Es la respuesta de una vida que ha sido cautivada por la revelación de Cristo y que encuentra su mayor gozo en rendirle honor.

Cuando la adoración alcanza esa profundidad, deja de estar limitada a determinados momentos o actividades. Comienza a extenderse a toda la existencia. El trabajo, el servicio, la obediencia, la comunión y cada aspecto de la vida se transforman progresivamente en una expresión de amor y rendición al Señor.

Entonces la adoración deja de ser simplemente algo que hacemos delante de Dios y se convierte en la manera misma en que vivimos delante de Él.



## Capítulo ocho

### **LA REALIDAD DE LA ORACIÓN**

Entre todas las expresiones de la vida espiritual, pocas revelan con tanta claridad la condición interior del creyente como la oración. Es posible mantener una apariencia de espiritualidad delante de los hombres, desarrollar actividades religiosas admirables e incluso poseer un considerable conocimiento bíblico, pero la vida de oración siempre termina exponiendo la verdadera profundidad de nuestra relación con Dios.

Allí desaparecen los aplausos, las posiciones, los reconocimientos y las apariencias. El alma queda a solas con su Creador, y en ese lugar se hace evidente si existe una comunión viva o simplemente una estructura religiosa sostenida por hábitos y costumbres.

Por esta razón, la oración ocupa un lugar fundamental dentro de la realidad espiritual. No constituye simplemente una disciplina cristiana ni una práctica recomendada para fortalecer la vida devocional. La oración es una de las expresiones más concretas de la unión entre el creyente y Dios. Es el lenguaje de una relación viva. Es el espacio donde

la fe deja de ser una afirmación doctrinal para convertirse en comunión real con Aquel que permanece invisible a los ojos naturales pero que habita y obra en los que le pertenecen.

Sin embargo, al igual que ocurre con muchas otras realidades del Reino, existe una gran diferencia entre hablar acerca de la oración y vivir en la realidad de la oración. Es posible desarrollar una actividad intensa sin llegar a experimentar una verdadera comunión con Dios.

Se pueden repetir palabras, fórmulas y expresiones religiosas durante años sin aprender a habitar en la presencia del Padre. De hecho, una de las advertencias más frecuentes de Jesús estuvo dirigida precisamente contra una religiosidad que conservaba las formas externas mientras había perdido la esencia de la relación. El Señor conocía perfectamente el peligro de convertir la oración en una práctica mecánica. Por eso enseñó:

***“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.”***

Mateo 6:7

Estas palabras no condenan la perseverancia ni la insistencia en la oración, pues el propio Jesús enseñó ambas cosas. Lo que cuestionan es la ilusión de que la eficacia espiritual depende de la cantidad de palabras pronunciadas. La verdadera oración no nace de una técnica verbal; nace de una verdadera comunión espiritual.

La esencia de la oración no consiste en informar a Dios acerca de nuestras necesidades, porque Él las conoce antes de que las expresemos. Tampoco consiste únicamente en presentar peticiones, aunque ciertamente incluye la presentación de nuestras cargas delante del Señor. La realidad más profunda de la oración consiste en la comunión. Es el encuentro del corazón humano con el corazón de Dios.

Esta verdad aparece constantemente en la vida de Jesucristo. Cuando observamos los Evangelios, descubrimos que el Señor no veía la oración simplemente como un medio para obtener respuestas. La veía como un lugar de comunión con el Padre. Una y otra vez se retiraba a lugares apartados para estar a solas con Él. En ocasiones pasaba largas horas orando, no porque necesitara convencer al Padre de algo, sino porque vivía en una relación continua de amor, dependencia y obediencia.

La oración de Jesús revela que el mayor propósito de la oración no es cambiar las circunstancias, sino profundizar la comunión con Dios.

Con frecuencia los creyentes se acercan a la oración impulsados por necesidades legítimas. Buscan dirección, provisión, sanidad, protección o intervención divina en distintas áreas de la vida. Dios, en Su gracia, nos invita a presentar todas estas cosas delante de Él. Sin embargo, si la oración queda limitada exclusivamente a las peticiones, existe el riesgo de que la relación termine girando alrededor

de nuestras necesidades en lugar de girar alrededor de Dios mismo.

La realidad espiritual nos conduce a una perspectiva más elevada. Nos enseña que la oración no es solamente el lugar donde presentamos nuestras cargas, sino también el lugar donde aprendemos a conocer al Señor. Allí descubrimos Su carácter, discernimos Su voluntad y somos transformados por Su presencia.

Esta dimensión de la oración puede observarse claramente en la experiencia de Moisés. Cuando Dios comenzó a revelarse de manera extraordinaria al pueblo de Israel, Moisés no se conformó con recibir bendiciones, milagros o respuestas. Su deseo fue más profundo. En un momento crucial de su vida elevó una petición que resume el anhelo de todo verdadero hombre espiritual:

***“Te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca.”***

Éxodo 33:13

La petición no estaba centrada en los dones de Dios sino en Dios mismo. Moisés había comprendido que el mayor tesoro no era simplemente recibir ayuda divina, sino conocer al Dios que otorgaba esa ayuda. Toda verdadera oración termina conduciendo al creyente hacia ese mismo descubrimiento.

A medida que la comunión se profundiza, las prioridades comienzan a cambiar. Lo que antes parecía urgente pierde parte de su importancia, mientras que aquello que pertenece al Reino adquiere un valor cada vez mayor. La presencia de Dios deja de ser un medio para alcanzar otros objetivos y se convierte en el objetivo mismo.

Este proceso explica por qué las personas que han desarrollado una vida profunda de oración suelen manifestar una estabilidad espiritual poco común. No dependen exclusivamente de circunstancias favorables para mantener su paz interior. Han aprendido a encontrar en Dios una fuente de seguridad que permanece incluso cuando las circunstancias se vuelven difíciles.

La oración verdadera tiene la capacidad de trasladar el corazón desde el ámbito de lo temporal hacia el ámbito de lo eterno. No necesariamente elimina las dificultades de inmediato, pero cambia la perspectiva desde la cual las enfrentamos. Allí donde la ansiedad dominaba, comienza a surgir confianza. Allí donde reinaba la confusión, aparece claridad. Allí donde existía temor, la presencia de Dios comienza a producir descanso.

Esta realidad se manifiesta de manera conmovedora en la parábola del fariseo y el publicano narrada por Jesús en **Lucas 18:9 al 14**. Ambos hombres acudieron al templo para orar, pero sus oraciones revelaron dos realidades espirituales completamente distintas.

El fariseo estaba lleno de palabras acerca de sí mismo. Su oración giraba alrededor de sus logros, sus méritos y su propia justicia. Aunque aparentemente hablaba con Dios, en realidad estaba contemplándose a sí mismo. El publicano, en cambio, se presentó delante del Señor consciente de su necesidad y clamó por misericordia.

La diferencia entre ambos no consistía simplemente en el contenido de sus palabras. La diferencia estaba en la condición de sus corazones. Uno se acercó confiando en sí mismo, pero el otro se acercó dependiendo de Dios. Uno buscaba exhibir méritos; sin embargo, el otro reconocía su necesidad. Uno permanecía centrado en su propia imagen, pero el otro había sido llevado a contemplar la realidad de su condición delante del Señor.

La verdadera oración siempre nos conduce hacia la humildad porque nos coloca frente a la grandeza de Dios. Cuanto más claramente vemos Su santidad, más conscientes nos volvemos de nuestra dependencia. Pero lejos de producir desesperación, este descubrimiento nos introduce en una relación más profunda con la gracia.

Aquí encontramos una de las paradojas más hermosas del Reino. Cuanto más profundamente conocemos a Dios, más conscientes somos de nuestra insuficiencia; pero al mismo tiempo, más plenamente descubrimos la suficiencia de Cristo.

Por esta razón, la oración auténtica no fortalece la autosuficiencia humana. La debilita. Nos enseña a depender del Señor, a escuchar Su voz y a caminar bajo la dirección de Su Espíritu.

Existe además un aspecto de la oración que muchas veces pasa desapercibido en una generación acostumbrada al ruido constante: el valor del silencio delante de Dios. La realidad espiritual no se desarrolla únicamente mediante palabras. En ocasiones, la comunión más profunda ocurre cuando el corazón aprende a permanecer quieto en la presencia del Señor. El salmista expresó esta verdad al declarar:

***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”***

Salmo 46:10

Vivimos en una cultura que valora la actividad permanente y que muchas veces interpreta el silencio como ausencia de productividad. Sin embargo, en el Reino de Dios existen verdades que sólo pueden ser percibidas cuando el alma aprende a aquietarse delante de su Creador.

No se trata de una técnica mística ni de una práctica vacía. Se trata de desarrollar sensibilidad espiritual. Así como un oído atento puede percibir sonidos que otros pasan por alto, el corazón que aprende a permanecer delante de Dios desarrolla una capacidad creciente para discernir Su dirección, Su corrección y Su consuelo.

La oración deja entonces de ser un monólogo religioso y se convierte en una comunión viva donde el creyente habla, escucha, recibe y responde. Esta comunión transforma progresivamente toda la vida espiritual. La voluntad de Dios comienza a resultar más deseable que nuestros propios planes. Los valores del Reino adquieren mayor importancia que las ambiciones temporales. La presencia de Dios se vuelve más preciosa que muchas de las cosas que antes ocupaban nuestro corazón.

Entonces comprendemos que la verdadera oración no consiste simplemente en dedicar determinados momentos a hablar con Dios, sino en desarrollar una vida de comunión continua con Él. Las reuniones de oración, los tiempos devocionales y los momentos apartados conservan su enorme valor, pero dejan de ser compartimentos aislados para convertirse en expresiones de una relación que se extiende a toda la existencia.

La realidad de la oración consiste precisamente en eso: vivir delante de Dios, caminar con Dios y aprender a compartir cada aspecto de la vida con Aquel que habita en nosotros por medio de Su Espíritu. Y cuando la oración alcanza esta profundidad, deja de ser una obligación espiritual para transformarse en uno de los mayores privilegios concedidos a los hijos de Dios. Porque en ella no solamente encontramos respuestas para nuestras necesidades; encontramos algo infinitamente más valioso: la comunión con el propio Dios, fuente y centro de toda realidad espiritual.

## Capítulo nueve

### **LA REALIDAD DE LA IGLESIA**

Cuando Dios decidió revelar Su propósito eterno a la humanidad, no escogió hacerlo únicamente a través de individuos aislados. Aunque a lo largo de la historia bíblica llamó hombres y mujeres específicos para cumplir tareas particulares, Su propósito siempre fue mucho más amplio que la experiencia individual de cada creyente. Desde antes de la fundación del mundo existía en Su corazón el diseño de formar un pueblo que expresara Su vida, manifestara Su gloria y reflejara Su carácter. Ese pueblo, revelado plenamente en el Nuevo Pacto, es la Iglesia.

Sin embargo, pocas realidades espirituales han sido tan profundamente afectadas por conceptos incompletos como la Iglesia. Para muchos creyentes, la palabra evoca inmediatamente la imagen de un edificio, una congregación local, una denominación o una organización religiosa. Aunque todas estas expresiones pueden estar relacionadas de alguna manera con la vida eclesial, ninguna de ellas alcanza a definir la verdadera naturaleza de la Iglesia según la revelación del Nuevo Testamento.

La Iglesia es una realidad espiritual antes que una estructura visible. Esta afirmación resulta fundamental para comprender todo lo que Dios desea enseñarnos acerca de Su pueblo. Si comenzamos por lo visible, inevitablemente terminaremos limitando nuestra comprensión a aspectos humanos, organizacionales e institucionales. Pero si comenzamos por la realidad espiritual revelada en las Escrituras, descubriremos una dimensión infinitamente más profunda y gloriosa.

Cuando Jesús pronunció por primera vez la palabra Iglesia, lo hizo en un contexto profundamente revelador. Después de que Pedro confesara que Él era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Señor respondió:

***“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.”***

Mateo 16:18

Es importante observar que Jesús no habló de una organización que los hombres construirían para Él. Habló de una obra que Él mismo edificaría. La Iglesia pertenece a Cristo porque nace de Cristo, es sostenida por Cristo y existe para expresar a Cristo. Esta perspectiva cambia radicalmente nuestra manera de verla.

Con demasiada frecuencia la Iglesia es evaluada utilizando criterios puramente humanos. Se analiza su tamaño, su influencia, sus recursos, sus programas o su

capacidad organizativa. Aunque algunos de estos aspectos pueden tener importancia práctica, ninguno de ellos define la verdadera naturaleza de la Iglesia. La esencia de la Iglesia no se encuentra en aquello que los hombres pueden medir, sino en una realidad invisible que sólo puede ser comprendida mediante revelación espiritual. Pablo desarrolla esta verdad de manera extraordinaria cuando describe a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo.

***“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”***

Efesios 1:22 y 23

Esta imagen no fue escogida al azar. El cuerpo constituye la expresión visible de una vida invisible. Ninguna parte del cuerpo posee vida independiente de la cabeza. Cada miembro existe en función de una unidad superior que integra y coordina todas sus actividades. Del mismo modo, la Iglesia no es simplemente un conjunto de creyentes reunidos por afinidades doctrinales o intereses comunes. Es un organismo espiritual unido por la vida misma de Cristo.

Aquí encontramos una de las diferencias más importantes entre una organización y un organismo. Una organización puede construirse mediante esfuerzos humanos. Puede funcionar gracias a reglamentos, estructuras administrativas y sistemas de coordinación. Un organismo, en cambio, depende de la vida. Su existencia no puede explicarse únicamente por sus estructuras externas, porque la

vida que circula en su interior es lo que le da sentido a todo lo demás.

La Iglesia pertenece a esta segunda categoría. Las estructuras tienen su lugar. El orden es necesario. La administración responsable resulta importante. Pero ninguna de estas cosas constituye la esencia de la Iglesia. La esencia es la vida de Cristo fluyendo en Su pueblo.

Cuando esta verdad se pierde de vista, la actividad puede reemplazar a la vida y la organización puede terminar ocupando el lugar que corresponde al organismo. Entonces la Iglesia corre el riesgo de conservar una apariencia de vitalidad mientras pierde progresivamente el sentido de su verdadera identidad.

La historia del cristianismo ofrece numerosos ejemplos de este fenómeno. En distintos momentos, comunidades enteras llegaron a poseer estructuras impresionantes, abundantes recursos y una notable influencia social, mientras la vida espiritual se debilitaba gradualmente. La razón es sencilla: las organizaciones pueden mantenerse durante cierto tiempo mediante recursos humanos, pero la realidad espiritual sólo puede sostenerse mediante la vida de Cristo.

Por esta razón, cuando el Nuevo Testamento habla de la Iglesia, dirige constantemente nuestra atención hacia aquello que no puede verse a simple vista. Pedro utiliza la misma imagen cuando escribe:

***“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual...”***

1 Pedro 2:5

La expresión casa espiritual resulta profundamente significativa. Dios no habita principalmente en construcciones hechas por manos humanas. Su morada es un pueblo redimido en el cual Su Espíritu vive y actúa. La Iglesia constituye el lugar donde la presencia de Dios encuentra expresión corporativa sobre la tierra.

Esta verdad nos permite comprender por qué la comunión entre los creyentes ocupa un lugar tan importante dentro del propósito divino. La vida espiritual no fue diseñada para desarrollarse únicamente de manera individual. Aunque cada creyente posee una relación personal con Dios, el Señor quiso que esa vida fuera experimentada también en el contexto del Cuerpo.

Ningún miembro puede expresar por sí solo la plenitud de Cristo. Cada creyente recibe una medida particular de gracia, una función específica y una contribución única para la edificación de los demás. Por esta razón, la Iglesia no es una simple reunión de individuos que persiguen objetivos espirituales similares. Es una realidad orgánica donde la vida de Cristo circula entre los miembros produciendo crecimiento mutuo.

Esta comprensión nos ayuda a entender una verdad que muchas veces pasa desapercibida: la Iglesia vista desde el

cielo es muy diferente de la manera en que frecuentemente es percibida desde la tierra.

Los hombres suelen observar las diferencias externas. Ven denominaciones, tradiciones, estilos y estructuras diversas. Dios, en cambio, contempla una realidad más profunda. Ve a todos aquellos que han sido unidos a Su Hijo por medio de la fe y hechos participantes de una misma vida.

Esto no significa ignorar las diferencias doctrinales ni minimizar la importancia de la verdad bíblica. Significa reconocer que existe una realidad espiritual superior que trasciende muchas de las divisiones visibles producidas por las limitaciones humanas.

La Iglesia verdadera es más grande que cualquier denominación, más amplia que cualquier movimiento, más profunda que cualquier tradición. Su origen se encuentra en el corazón eterno de Dios y su existencia depende de la vida de Cristo.

Cuando esta visión comienza a gobernar nuestro entendimiento, también cambia nuestra manera de relacionarnos con los demás creyentes. Dejamos de verlos únicamente según categorías humanas y comenzamos a reconocer en ellos miembros del mismo Cuerpo. Aprendemos a valorar la obra de Dios más allá de nuestras preferencias personales y desarrollamos un respeto más profundo por aquello que pertenece al Señor.

Esta perspectiva resulta especialmente importante en una época caracterizada por el individualismo. La cultura contemporánea exalta la autonomía personal y promueve una visión de la vida donde cada individuo se considera suficiente para definir su propio camino. Sin embargo, el Reino de Dios opera según principios completamente diferentes.

En el Reino nadie fue llamado a vivir de manera independiente. La vida espiritual auténtica siempre conduce hacia una relación más profunda con Cristo y, al mismo tiempo, hacia una relación más profunda con Su Cuerpo. Cuanto más cerca estamos de la Cabeza, más cerca nos encontramos de aquellos que participan de la misma vida.

Por eso resulta imposible comprender plenamente la realidad espiritual sin comprender la realidad de la Iglesia. La salvación nos une a Cristo, la cruz nos libera del gobierno del yo, la adoración nos orienta hacia la gloria de Dios, la oración nos introduce en una comunión más profunda con Él, pero la Iglesia nos revela que el propósito divino nunca estuvo limitado a la experiencia individual. Dios está formando un pueblo. Está edificando una casa espiritual. Está desarrollando un Cuerpo mediante el cual Cristo pueda manifestar Su vida en el mundo.

Esta visión eleva enormemente nuestra comprensión de la Iglesia. Ya no la vemos simplemente como un lugar al que asistimos o una institución con la cual nos identificamos. Comenzamos a verla como una realidad espiritual nacida del

corazón de Dios, sostenida por la vida de Cristo y destinada a expresar Su gloria en la tierra.

Cuando la Iglesia es contemplada desde esta perspectiva, deja de ser una organización religiosa entre muchas otras para convertirse en una de las manifestaciones más extraordinarias de la realidad espiritual del Reino de Dios.



## Capítulo diez

### **LA REALIDAD DE LA UNIDAD**

Pocas palabras son tan utilizadas dentro del ámbito cristiano como la palabra unidad. Se habla de la necesidad de la unidad, se organizan encuentros en favor de la unidad y se proclama con frecuencia que la Iglesia debe caminar en unidad. Sin embargo, a pesar de la nobleza de estas intenciones, muchas veces la unidad es entendida de manera superficial, como si consistiera simplemente en acuerdos humanos, esfuerzos de cooperación o relaciones cordiales entre creyentes. Aunque estos aspectos poseen su valor, la unidad que presenta el Nuevo Testamento es mucho más profunda que cualquier forma de armonía producida por la voluntad humana.

La verdadera unidad pertenece al ámbito de las realidades espirituales. No nace de la capacidad de los hombres para ponerse de acuerdo, sino de la vida de Cristo compartida por aquellos que han sido unidos a Él. Es una obra del Espíritu Santo antes que un proyecto de la Iglesia. Por esa razón, no puede ser producida mediante estrategias organizacionales ni sostenida únicamente por esfuerzos

humanos. La unidad auténtica surge allí donde la vida del Señor encuentra libre expresión en Su pueblo.

Esta verdad resulta fundamental para comprender el propósito eterno de Dios. Desde el principio, el Señor no buscó simplemente reunir individuos salvados, sino formar un solo Cuerpo bajo una sola Cabeza. La salvación nos une a Cristo, pero también nos une entre nosotros. La misma vida que recibimos del Señor nos vincula espiritualmente con todos aquellos que participan de esa vida. Pablo expresa esta realidad con notable claridad cuando escribe:

***“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.”***

1 Corintios 12:13

Obsérvese cuidadosamente el énfasis del apóstol. No dice que los creyentes fueron incorporados a diversos cuerpos ni a múltiples realidades espirituales independientes unas de otras. Habla de un solo Cuerpo. La unidad de la Iglesia no es una meta futura que los cristianos deban alcanzar mediante sus esfuerzos; es una realidad espiritual establecida por Dios mismo mediante la obra del Espíritu Santo.

La responsabilidad de la Iglesia no consiste en crear esa unidad, sino en vivir de acuerdo con ella. Por esta razón, cuando Pablo exhorta a los creyentes de Éfeso, no les pide que produzcan unidad, sino que procuren conservarla:

***“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.”***

Efesios 4:3 al 6

La diferencia es profunda. Nadie puede producir lo que solamente Dios puede crear. La unidad espiritual ya existe porque procede de la vida compartida de Cristo en Sus hijos. Lo que sí puede ocurrir es que esa unidad, ignorada o contradicha por actitudes que surgen de la carne y no del Espíritu.

Hoy algunos dicen que se les dividió la Iglesia, pero en realidad, eso es imposible. Lo que se divide es una congregación, pero no la Iglesia, porque esta última fue unida por el Señor y es indivisible. De hecho, la verdadera unidad es porque todos tenemos la misma sangre, el mismo cuerpo, el mismo Espíritu, el mismo Padre, la misma fe y esperanza. Esto es algo que nadie puede separar. Lo que necesitamos es respetar y vivir esa revelación.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales la cruz ocupa un lugar tan importante en la vida del Cuerpo. La unidad florece allí donde el yo pierde su dominio. El individualismo, el orgullo, la autosuficiencia y la búsqueda de protagonismo constituyen algunos de los mayores enemigos de la comunión espiritual. Mientras el hombre natural permanezca en el centro, inevitablemente surgirán

tensiones, competencias y divisiones. Pero cuando la cruz realiza su obra y Cristo ocupa el lugar principal, la unidad encuentra el ambiente adecuado para manifestarse.

Esta realidad puede observarse claramente en la vida de la Iglesia primitiva. A pesar de sus diferencias culturales, sociales e incluso personales, los creyentes experimentaban una comunión que resultaba extraordinaria para el mundo que los rodeaba. Aquella unidad no procedía de una uniformidad artificial ni de la ausencia de desafíos. Procedía de una realidad espiritual más profunda: todos participaban de la misma vida.

Uno de los ejemplos más hermosos de esta verdad aparece en **Hechos 15**. La Iglesia enfrentaba una controversia capaz de producir profundas divisiones. La cuestión relacionada con los creyentes gentiles y la ley de Moisés tocaba aspectos sensibles de la identidad religiosa de muchos judíos convertidos al cristianismo. Humanamente hablando, existían razones suficientes para que el conflicto terminara fracturando la comunión entre los creyentes.

Sin embargo, el relato bíblico muestra algo diferente. Los apóstoles y ancianos se reunieron para buscar juntos la dirección de Dios. Escucharon los testimonios, consideraron las Escrituras y procuraron discernir la voluntad del Espíritu Santo. Finalmente, al comunicar su decisión, utilizaron una expresión extraordinaria:

***“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros.”***

Hechos 15:28

Estas palabras revelan el verdadero fundamento de la unidad espiritual. La Iglesia no actuaba simplemente mediante negociaciones humanas. Buscaba someterse al gobierno del Espíritu. La unidad surgía cuando hombres y mujeres rendían sus preferencias personales para alinearse con la voluntad de Dios. Esta lección continúa siendo profundamente relevante para la Iglesia contemporánea.

Con frecuencia se intenta resolver los desafíos de la comunión mediante mecanismos exclusivamente humanos. Se multiplican estructuras, programas y estrategias destinadas a producir cohesión. Sin embargo, la unidad espiritual jamás podrá sostenerse únicamente mediante recursos externos. Su fuente permanece siendo la misma que en los días apostólicos: la vida de Cristo obrando en corazones sometidos al Espíritu Santo.

Por esta razón, la unidad verdadera no exige uniformidad absoluta. El Cuerpo de Cristo fue diseñado por Dios para contener diversidad. Existen distintos dones, diferentes funciones, variados ministerios y múltiples expresiones de servicio. La riqueza del Cuerpo reside precisamente en esa diversidad armonizada por una misma vida.

Pablo utiliza nuevamente la imagen del cuerpo humano para ilustrar esta realidad. El ojo no puede

reemplazar a la mano, ni el oído ocupar el lugar del pie. Cada miembro posee una función específica y necesaria para el bienestar del conjunto. La unidad no consiste en que todos sean iguales, sino en que todos participen de una misma vida y trabajen para un mismo propósito.

Cuando esta verdad se pierde de vista, aparecen dos errores opuestos. Algunos intentan imponer una uniformidad que sofoca la diversidad legítima que Dios ha establecido. Otros exaltan tanto la diversidad que terminan debilitando la conciencia de pertenecer a un solo Cuerpo. La sabiduría divina evita ambos extremos y nos muestra una unidad que no elimina las diferencias, sino que las integra bajo el señorío de Cristo.

Sin embargo, uno de los desafíos más significativos de nuestro tiempo es el crecimiento del individualismo ministerial. Vivimos en una cultura que exalta la independencia y que muchas veces mide el éxito mediante logros personales. Esta mentalidad puede infiltrarse fácilmente en la vida de la Iglesia, llevando a los creyentes a pensar más en sus propios proyectos que en el propósito colectivo del Cuerpo.

Cuando esto ocurre, la realidad espiritual comienza a debilitarse. Los ministerios dejan de verse como expresiones complementarias de una misma vida y comienzan a funcionar como iniciativas aisladas. La cooperación cede lugar a la competencia. La edificación mutua es reemplazada por la búsqueda de reconocimiento. El servicio pierde

progresivamente su orientación hacia el Reino y se vuelve cada vez más centrado en el individuo, mientras que el Espíritu Santo siempre obra en dirección opuesta.

Su propósito consiste en revelar a Cristo como Cabeza y en conducir a los creyentes hacia una comprensión más profunda de su interdependencia espiritual. Cuanto más madura una persona en la vida del Espíritu, más consciente se vuelve de su necesidad de los demás miembros del Cuerpo. La madurez espiritual no produce aislamiento; produce comunión.

Esta verdad resulta especialmente evidente cuando observamos cómo Dios distribuye Sus dones. Ningún creyente recibe todo. Ningún ministerio posee por sí solo la plenitud de la gracia divina. El Señor ha dispuesto las cosas de tal manera que cada miembro necesite de los demás. De este modo, la dependencia mutua se convierte en un instrumento para preservar la unidad y evitar la autosuficiencia.

La realidad espiritual de la unidad se manifiesta precisamente en este reconocimiento. Comprendemos que el Reino es mayor que nosotros, que la obra de Dios trasciende nuestros límites personales y que la plenitud de Cristo sólo puede expresarse a través de Su Cuerpo completo.

Cuando esta visión gobierna el corazón, desaparece la necesidad de competir. Ya no resulta necesario defender territorios personales ni buscar posiciones de superioridad.

La atención deja de centrarse en el individuo y vuelve a concentrarse en Cristo y en Su propósito eterno.

La unidad también produce un poderoso testimonio delante del mundo. Jesús mismo lo expresó en Su oración sacerdotal cuando pidió al Padre:

***“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”***

Juan 17:21

La unidad de la Iglesia no constituye únicamente una bendición interna para los creyentes. También forma parte del testimonio visible de la realidad del Reino. Cuando personas diferentes son unidas por una vida que supera las barreras naturales, el mundo contempla una evidencia de la obra sobrenatural de Dios.

En última instancia, la realidad de la unidad encuentra su origen y su meta en Cristo mismo. Él es quien derribó los muros de separación. Él es quien comunica una misma vida a todos los creyentes. Él es quien gobierna el Cuerpo como su Cabeza glorificada. Y es Él quien continúa obrando por medio de Su Espíritu para llevar a Su pueblo a una manifestación cada vez más plena de esa unidad.

Por eso la unidad no debe ser vista simplemente como un ideal deseable ni como una estrategia para alcanzar determinados objetivos ministeriales. Es una realidad

espiritual nacida del corazón de Dios, producida por la vida de Cristo y sostenida por la obra continua del Espíritu Santo.

Cuando la Iglesia aprende a caminar en esa realidad, el mundo comienza a contemplar algo más que una organización religiosa. Comienza a ver la expresión visible de una vida invisible, la manifestación de un Reino que trasciende las limitaciones humanas y el reflejo de la comunión eterna que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.



PARTE III

**LOS ENEMIGOS  
DE LA REALIDAD  
ESPIRITUAL**

## Capítulo once

### **CUANDO LA DOCTRINA REEMPLAZA LA VIDA**

A lo largo de la historia de la Iglesia, Dios ha levantado hombres fieles para preservar, defender y transmitir las verdades fundamentales de la fe. Gracias a su labor, generaciones enteras pudieron recibir con claridad las enseñanzas de las Escrituras y permanecer firmes frente al error.

La sana doctrina constituye una de las grandes bendiciones concedidas por Dios a Su pueblo, porque protege la verdad revelada y proporciona un fundamento sólido para la vida espiritual. Ningún creyente puede crecer adecuadamente sin una comprensión correcta de las enseñanzas bíblicas, ni ninguna iglesia puede permanecer saludable si abandona la verdad que ha recibido del Señor.

Sin embargo, existe un peligro que acompaña a toda verdad espiritual cuando ésta deja de cumplir el propósito para el cual fue entregada. Aquello que debía conducirnos a la vida puede transformarse en un sustituto de la vida. Aquello que debía llevarnos a Cristo puede terminar ocupando el lugar de Cristo. Y aquello que fue dado para

guiarnos hacia la realidad espiritual puede convertirse en una barrera que nos impida entrar en ella. Este peligro aparece cuando la doctrina reemplaza la vida.

Se trata de una de las trampas más sutiles y difíciles de detectar, precisamente porque se desarrolla en un terreno aparentemente seguro. El problema no consiste en poseer doctrina, sino en conformarse con ella. No consiste en estudiar las Escrituras, sino en sustituir mediante el conocimiento intelectual aquello que sólo puede ser conocido mediante una experiencia viva con Dios.

Desde el comienzo de la revelación bíblica encontramos una advertencia que apunta en esta dirección. En el jardín del Edén aparecen dos árboles cuyos significados trascienden ampliamente el relato histórico y revelan principios espirituales de enorme importancia. Uno de ellos era el árbol de la vida; el otro, el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Resulta significativo que la tentación no consistiera inicialmente en un acto de inmoralidad abierta. La propuesta de la serpiente estaba relacionada con el conocimiento.

***“Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”***

Génesis 3:5

Detrás de estas palabras se escondía un principio que continúa operando hasta nuestros días: la idea de que el hombre puede alcanzar por sí mismo aquello que sólo puede

recibir mediante la dependencia de Dios. El problema del árbol prohibido no era simplemente la adquisición de información. Era la búsqueda de una fuente de conocimiento independiente de la vida que procede de Dios.

Desde entonces, la humanidad ha demostrado una extraordinaria tendencia a reemplazar la dependencia espiritual por sistemas de conocimiento. Esta inclinación también puede manifestarse dentro del ámbito religioso. El creyente comienza buscando a Dios, pero gradualmente puede terminar conformándose con el estudio acerca de Dios. Lo que comenzó como una relación viva corre el riesgo de convertirse en una acumulación de conceptos.

Cuando esto ocurre, la doctrina deja de funcionar como una ventana hacia la realidad y comienza a transformarse en una pared que la oculta.

La historia de Israel ofrece numerosos ejemplos de este fenómeno, pero quizás ninguno tan evidente como el de los escribas y fariseos en tiempos de Jesús. Aquellos hombres conocían profundamente las Escrituras. Habían dedicado años al estudio minucioso de la Ley y las tradiciones. Poseían una formación religiosa que los convertía en autoridades reconocidas dentro de su generación. Sin embargo, cuando el Hijo de Dios apareció delante de ellos, no fueron capaces de reconocerlo.

Esta paradoja debería producir una profunda reflexión en todos los que aman la verdad bíblica. ¿Cómo era posible

que quienes conocían las profecías acerca del Mesías terminarían rechazando al propio Mesías? ¿Cómo podían hombres tan familiarizados con las Escrituras permanecer ciegos ante la realidad que esas mismas Escrituras anunciaban? La respuesta fue dada por el propio Señor:

***“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”***

Juan 5:39 y 40

Estas palabras revelan el corazón del problema. Las Escrituras señalaban hacia Cristo, pero aquellos hombres se habían detenido en las Escrituras sin avanzar hacia Cristo. Conocían el testimonio, pero no conocían a Aquel de quien el testimonio hablaba. Habían transformado el medio en un fin. Sin duda, la doctrina había reemplazado la vida.

Este mismo peligro continúa existiendo en nuestros días. Un creyente puede estudiar sistemáticamente la Biblia durante años, conocer con precisión las grandes doctrinas cristianas y defender correctamente la verdad frente al error, pero aun así carecer de una relación profunda con el Señor. Puede hablar de la gracia sin vivir en la gracia. Puede enseñar acerca de la fe sin caminar por fe. Puede explicar la obra del Espíritu Santo sin aprender a depender de Él.

La diferencia entre estas dos realidades es inmensa. Una cosa es conocer acerca de la luz, otra muy distinta es

caminar en la luz. Una cosa es estudiar acerca del agua, pero otra muy distinta es beber de ella. Una cosa es hablar acerca de Cristo, pero otra muy distinta es vivir en comunión con Él.

Por esta razón, el Nuevo Testamento insiste constantemente en que el propósito de la verdad no es simplemente informar al creyente, sino transformarlo. La verdad fue dada para producir vida. Pablo comprendía esta diferencia cuando escribió:

***“La letra mata, más el espíritu vivifica.”***

2 Corintios 3:6

Estas palabras han sido malinterpretadas en numerosas ocasiones, como si el apóstol estuviera estableciendo una oposición entre las Escrituras y el Espíritu Santo. Nada más lejos de su intención. Pablo está contrastando una aproximación meramente externa e intelectual con una experiencia donde el Espíritu comunica la realidad de aquello que la Palabra enseña.

La letra por sí sola puede informar, mientras que el Espíritu imparte vida. La letra puede describir la realidad espiritual, mientras que el Espíritu introduce al creyente en ella. La letra puede mostrar el camino, pero solo el Espíritu conduce por ese camino de manera correcta.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales algunas personas experimentan una profunda transformación al leer un pasaje bíblico, mientras que otras permanecen

prácticamente inalteradas. Ambas leen las mismas palabras, pero sólo una de ellas recibe la iluminación del Espíritu Santo. En un caso hay información; en el otro, revelación. La diferencia entre ambas es la diferencia entre la doctrina y la realidad.

Esto no significa que la doctrina carezca de valor. Al contrario, cuanto más profundamente comprendemos las Escrituras, más apreciamos la importancia de la sana enseñanza. Pero debemos recordar constantemente que la doctrina es un instrumento, no un destino. Su propósito consiste en conducirnos hacia una relación más profunda con Dios.

Toda doctrina verdadera debería llevarnos a Cristo. Toda enseñanza saludable debería producir crecimiento espiritual. Toda revelación bíblica debería conducirnos hacia una mayor dependencia del Espíritu Santo. Si esto no ocurre, existe el riesgo de que el conocimiento se transforme en un fin en sí mismo, y cuando el conocimiento ocupa el lugar que corresponde a la vida, aparecen consecuencias inevitables.

La primera suele ser el orgullo espiritual. El hombre natural encuentra una satisfacción especial en aquello que puede dominar intelectualmente. El conocimiento puede producir una sensación de superioridad que resulta profundamente engañosa. Por esta razón Pablo advirtió:

***“El conocimiento envanece, pero el amor edifica.”***

1 Corintios 8:1

El problema no radica en el conocimiento mismo, sino en la manera en que el corazón caído puede utilizarlo para alimentar su propia importancia.

La segunda consecuencia es la esterilidad espiritual. Cuando la verdad deja de producir transformación, se convierte en una carga acumulada en la mente sin impacto real sobre la vida. El creyente sabe mucho, pero experimenta poco. Puede explicar grandes principios espirituales mientras continúa siendo dominado por actitudes que deberían haber sido transformadas hace años.

La tercera consecuencia es la pérdida progresiva de sensibilidad espiritual. El corazón puede acostumbrarse tanto al lenguaje religioso que deja de percibir la frescura de la voz de Dios. Las verdades que alguna vez produjeron asombro terminan convirtiéndose en conceptos familiares que ya no generan respuesta interior.

Este fenómeno constituye uno de los mayores peligros para quienes dedican años al estudio de las Escrituras. La familiaridad puede producir una ilusión de profundidad que no siempre corresponde con la realidad espiritual.

Por eso la Iglesia necesita volver constantemente a la fuente de toda vida. Necesita recordar que el objetivo final del Evangelio no es producir expertos en doctrina, sino discípulos de Jesucristo. No es formar personas capaces de discutir acerca de la verdad, sino hombres y mujeres transformados por la verdad.

Cuando la doctrina cumple su propósito divino, conduce al creyente hacia una comunión más profunda con Cristo. Produce humildad en lugar de orgullo. Genera dependencia en lugar de autosuficiencia. Despierta hambre espiritual en lugar de conformismo. Y, sobre todo, mantiene vivo el reconocimiento de que ninguna cantidad de conocimiento puede sustituir la presencia de Dios.

La realidad espiritual comienza precisamente allí donde el hombre deja de confiar en lo que sabe para depender nuevamente de Aquel que es la Verdad misma.

Porque al final de cuentas, la meta de la vida cristiana nunca fue acumular información acerca de Cristo, sino conocer a Cristo. Nunca fue simplemente comprender doctrinas acerca de la vida espiritual, sino participar de esa vida. Nunca fue admirar la verdad desde la distancia, sino permitir que la verdad se encarne y se manifieste en nuestra propia existencia.

Cuando esta perspectiva es recuperada, la doctrina vuelve a ocupar su lugar correcto: deja de ser un sustituto de la vida y se convierte nuevamente en un instrumento para conducirnos hacia la realidad viva de Dios.



## Capítulo doce

### **LA REALIDAD DE LAS APARIENCIAS**

Uno de los aspectos más sorprendentes de los Evangelios es observar que los enfrentamientos más severos de Jesús no estuvieron dirigidos contra los pecadores notorios de Su tiempo, sino contra una forma de religiosidad que había aprendido a conservar las apariencias de la piedad mientras se alejaba progresivamente de la realidad de Dios.

El Señor mostró misericordia hacia los quebrantados, paciencia hacia los débiles y compasión hacia quienes reconocían su necesidad; pero reservó algunas de Sus palabras más contundentes para aquellos que habían construido una espiritualidad basada en la imagen exterior antes que en la verdad interior.

Esta realidad debería llevarnos a una profunda reflexión, porque revela que existe algo particularmente peligroso en la religión de las apariencias. El pecado evidente suele ser reconocido con relativa facilidad, tanto por quien lo practica como por quienes lo observan. La apariencia religiosa, en cambio, posee la capacidad de ocultar la verdadera condición del corazón bajo una capa de

respetabilidad espiritual. Puede engañar a los demás e incluso engañar a quien la sostiene. Por esa razón constituye uno de los enemigos más sutiles de la realidad espiritual.

La apariencia siempre intenta producir externamente aquello que debería surgir internamente. La realidad espiritual, por el contrario, opera desde adentro hacia afuera. Comienza en el corazón, transforma la vida interior y finalmente encuentra expresión visible en la conducta.

La religión de las apariencias invierte este orden. Se concentra en la manifestación externa y espera que la transformación interior sea una consecuencia automática. El resultado suele ser una espiritualidad cuidadosamente construida para ser observada por los hombres, pero incapaz de producir una verdadera comunión con Dios.

Jesús denunció este problema repetidamente al dirigirse a los líderes religiosos de Su generación. En una de Sus declaraciones más conocidas les dijo:

***“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.”***

Mateo 15:8

La fuerza de estas palabras radica en la distancia que describen. Exteriormente existía honor hacia Dios. Había lenguaje religioso, prácticas religiosas y expresiones visibles de devoción. Sin embargo, el corazón permanecía lejos. Aquello que los hombres podían observar no coincidía con la

realidad que Dios contemplaba. Aquí encontramos una verdad fundamental para todo creyente que desea caminar en la realidad espiritual: Dios siempre mira más profundamente que los hombres.

Los seres humanos observan la conducta, las palabras, las actividades y los resultados visibles. Dios observa las motivaciones, las intenciones y la condición interior del corazón. Lo que impresiona a las personas puede carecer de valor delante de Él, mientras que aquello que pasa inadvertido para los hombres puede ser profundamente precioso a Sus ojos.

Esta diferencia aparece constantemente en las Escrituras. Cuando Samuel fue enviado a ungir al futuro rey de Israel, quedó impresionado por la apariencia de Eliab. Sin embargo, Dios le respondió:

***“Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”***

1 Samuel 16:7

Este principio atraviesa toda la revelación bíblica. Dios nunca ha estado interesado principalmente en las apariencias. Su obra siempre apunta hacia la transformación interior. Lo que busca no es una conducta cuidadosamente decorada para parecer espiritual, sino una vida verdaderamente rendida a Su gobierno.

La religión de las apariencias surge precisamente cuando esta prioridad divina es olvidada. Entonces la atención comienza a desplazarse desde el corazón hacia la imagen. La preocupación principal deja de ser lo que realmente somos delante de Dios y pasa a ser lo que proyectamos delante de los demás. Este proceso suele desarrollarse de manera gradual y casi imperceptible.

Una persona comienza sinceramente buscando al Señor, pero con el paso del tiempo puede empezar a valorar excesivamente la opinión de quienes la rodean. Sin darse cuenta, aprende a preservar una determinada imagen espiritual. Descubre qué expresiones generan admiración, qué comportamientos producen reconocimiento y qué actividades son consideradas señales de madurez. Poco a poco surge la tentación de construir una identidad basada más en las expectativas ajenas que en una relación viva con Dios.

Cuando esto ocurre, la espiritualidad comienza a transformarse en una representación. Las oraciones pueden volverse más impresionantes que sinceras, las palabras más correctas que genuinas, las actividades más visibles que fructíferas, la preocupación por parecer espiritual comienza a desplazar el deseo de ser verdaderamente espiritual.

Esta fue precisamente una de las tragedias del fariseísmo. Los fariseos habían desarrollado una notable capacidad para proyectar una imagen de devoción. Ayunaban, oraban, estudiaban las Escrituras y observaban rigurosamente numerosas prácticas religiosas. Sin embargo,

Jesús expuso una realidad profundamente distinta que permanecía oculta bajo aquella apariencia.

***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.”***

Mateo 23:27

La imagen utilizada por el Señor resulta impactante. Exteriormente existía belleza y orden. Interiormente existía muerte. La apariencia ocultaba una realidad completamente diferente.

Es importante comprender que la hipocresía denunciada por Jesús no consistía simplemente en fallas morales ocasionales. Todos los creyentes enfrentan luchas, debilidades y procesos de crecimiento. El problema de los fariseos era más profundo. Habían construido un sistema donde la apariencia había sustituido a la realidad. En lugar de permitir que Dios transformara el interior, se concentraban en mantener una imagen exterior aceptable.

Esta misma tentación continúa presente en cada generación. Puede manifestarse en individuos, ministerios e incluso iglesias enteras. Existe la posibilidad de desarrollar estructuras religiosas eficientes, programas exitosos y actividades constantes mientras la vida espiritual se debilita progresivamente. Es posible conservar el movimiento sin

conservar la vida. Se puede mantener la forma sin mantener la realidad.

El libro de Apocalipsis ofrece un ejemplo particularmente revelador en la iglesia de Sardis. El Señor le dirige una advertencia solemne:

***“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.”***

Apocalipsis 3:1

La tragedia de Sardis no era la ausencia total de actividad. Poseía reputación. Tenía nombre. Probablemente muchos la consideraban una iglesia saludable. Sin embargo, la evaluación divina era completamente distinta. Existía una diferencia entre la apariencia y la realidad.

Este contraste debería llevarnos a examinar cuidadosamente nuestras propias vidas. Resulta relativamente fácil evaluar el estado espiritual de otros; mucho más difícil es permitir que la luz de Dios examine nuestro corazón.

La pregunta fundamental no es qué impresión producimos en quienes nos rodean. La pregunta es qué encuentra Dios cuando mira en nuestro interior. La realidad espiritual siempre nos conduce hacia este terreno de honestidad. Allí desaparece la necesidad de proteger una imagen. Allí ya no resulta necesario aparentar fortaleza cuando existe debilidad, ni madurez cuando todavía hay

áreas en proceso de crecimiento. La realidad comienza cuando el corazón abandona sus mecanismos de defensa y se presenta delante de Dios tal como es.

Paradójicamente, este camino de sinceridad constituye también el camino hacia la verdadera libertad. Mientras una persona intenta sostener una imagen, permanece atrapada por ella. Debe invertir constantemente energía en protegerla, justificarla y mantenerla. Vive pendiente de la opinión de los demás y temerosa de que sus imperfecciones queden expuestas. Pero cuando aprende a caminar en la luz, descubre que Dios no trabaja sobre apariencias sino sobre realidades.

El Señor nunca puede transformar aquello que intentamos ocultar. Su gracia opera allí donde existe verdad en lo íntimo. Por eso la realidad espiritual siempre está acompañada por humildad. Cuanto más cerca vivimos de Dios, menos necesidad sentimos de impresionar a los hombres.

La mirada se desplaza gradualmente desde la aprobación humana hacia la aprobación divina. Dejamos de preguntarnos cómo somos percibidos y comenzamos a preocuparnos por cómo estamos respondiendo al llamado del Señor.

Esta transformación produce una espiritualidad diferente. Ya no se trata de fabricar conductas para parecer santos, sino de permitir que la vida de Cristo produzca su fruto en nosotros. La obediencia deja de ser una actuación y

se convierte en una expresión de amor. La adoración deja de ser una exhibición y se transforma en una respuesta genuina del corazón. El servicio deja de buscar reconocimiento y pasa a orientarse hacia la gloria de Dios.

En definitiva, la diferencia entre la religión de las apariencias y la realidad espiritual puede resumirse en una sola frase: una se concentra en la imagen; la otra se concentra en la vida.

La apariencia puede impresionar durante un tiempo, la vida transforma, la apariencia puede generar admiración, la vida produce fruto, la apariencia depende del esfuerzo humano, la vida procede de Dios. Por eso el llamado del Espíritu Santo para la Iglesia de cada generación no consiste simplemente en mejorar sus formas externas, sino en volver a la realidad. Volver al lugar donde Cristo ocupa nuevamente el centro, donde la verdad gobierna el corazón y donde la vida interior resulta más importante que cualquier imagen proyectada hacia el exterior.

Porque al final de cuentas, aquello que permanece delante de Dios no es la apariencia que logramos construir, sino la realidad que Su Espíritu logró formar en nosotros. Y únicamente esa realidad posee valor eterno.



## Capítulo trece

### **LO FALSO DE LO VERDADERO**

Uno de los principios más constantes en toda la revelación bíblica es que cada vez que Dios establece una realidad espiritual genuina, el enemigo procura levantar una imitación. Donde existe una obra auténtica de Dios, tarde o temprano aparece una falsificación intentando ocupar su lugar. Donde el Espíritu Santo produce vida, surge algo que pretende parecerse a esa vida sin poseer su naturaleza. Esta realidad atraviesa toda la historia de las Escrituras y constituye una de las razones por las cuales el discernimiento espiritual resulta tan necesario para la Iglesia.

La existencia de lo falso no debería sorprendernos. En realidad, la falsificación sólo existe porque primero existe algo verdadero. Nadie fabrica imitaciones de aquello que carece de valor. Las falsificaciones aparecen precisamente porque existe una realidad auténtica que merece ser copiada. El problema surge cuando los creyentes pierden la capacidad de distinguir entre ambas cosas y terminan aceptando como espiritual aquello que únicamente posee una apariencia de espiritualidad.

Por esta razón, uno de los mayores desafíos de la vida cristiana no consiste solamente en reconocer el mal evidente, sino en discernir aquello que parece verdadero sin serlo realmente.

La mayoría de los creyentes no tienen dificultades para identificar errores groseros o desviaciones manifiestas. Sin embargo, las falsificaciones más peligrosas rara vez se presentan de manera abiertamente contradictoria. Suelen contener elementos de verdad mezclados con elementos de engaño. Conservan ciertas apariencias legítimas, utilizan lenguaje espiritual e incluso pueden producir impresiones convincentes. Precisamente allí radica su poder de seducción. Jesús advirtió repetidamente acerca de esta realidad.

***“Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.”***

Mateo 24:24

Resulta significativo que el Señor no describiera únicamente la aparición de doctrinas erróneas. También habló de señales, prodigios y manifestaciones capaces de impresionar a quienes las observan. Esto demuestra que la autenticidad espiritual no puede determinarse exclusivamente por aquello que parece sobrenatural. La presencia de fenómenos extraordinarios nunca debe sustituir la necesidad de discernimiento.

La Iglesia contemporánea necesita recordar esta verdad con urgencia. Vivimos en una época donde muchas personas buscan experiencias impactantes, manifestaciones visibles y acontecimientos extraordinarios. El deseo de experimentar la realidad de Dios es legítimo y saludable, pero cuando la búsqueda de experiencias reemplaza la búsqueda de Cristo, el creyente se vuelve vulnerable al engaño.

El discernimiento espiritual no consiste en desarrollar una actitud crítica o sospechosa hacia todo lo que ocurre. Tampoco significa vivir desconfiando permanentemente de los demás. El verdadero discernimiento es la capacidad otorgada por el Espíritu Santo para reconocer la diferencia entre aquello que procede de Dios y aquello que sólo intenta parecerse a Él.

Esta capacidad no se desarrolla principalmente mediante la observación de lo falso, sino mediante una familiaridad creciente con lo verdadero.

Existe una ilustración muy conocida utilizada durante años en la formación de especialistas encargados de detectar billetes falsificados. Contrariamente a lo que muchos imaginan, estos profesionales no dedican la mayor parte de su tiempo estudiando imitaciones. Su entrenamiento consiste principalmente en familiarizarse profundamente con los billetes auténticos. Los observan una y otra vez, conocen sus detalles, su textura, sus características y sus elementos de seguridad. De esta manera, cuando una falsificación aparece delante de ellos, la reconocen casi de inmediato porque han

llegado a conocer íntimamente el original. Este principio posee una extraordinaria aplicación espiritual.

Muchos creyentes dedican enormes esfuerzos a estudiar cada error, cada falsa doctrina y cada movimiento cuestionable que surge en el panorama religioso. Sin embargo, el camino más seguro hacia el discernimiento consiste en conocer profundamente a Cristo. Cuanto más claramente contemplamos la realidad espiritual auténtica, más fácilmente identificamos aquello que intenta imitarla.

El problema de numerosas falsificaciones espirituales es que suelen llamar la atención hacia sí mismas en lugar de dirigirla hacia el Señor. La obra genuina del Espíritu Santo siempre exalta a Cristo. Siempre conduce a una dependencia más profunda de Él. Siempre produce humildad, obediencia y transformación interior. Las imitaciones, en cambio, suelen centrarse en el hombre, en las experiencias, en las manifestaciones visibles o en la exaltación de determinadas personalidades. Por esta razón, Jesús enseñó que los frutos constituyen una de las evidencias más importantes de autenticidad.

***“Por sus frutos los conoceréis.”***

Mateo 7:16

El fruto posee una característica fundamental: requiere tiempo para manifestarse. Las apariencias pueden ser producidas rápidamente. Las impresiones iniciales pueden resultar engañosas. Las emociones intensas pueden surgir en

cuestión de minutos. El fruto verdadero, en cambio, revela la naturaleza de aquello que lo produce.

Cuando una obra procede de Dios, tarde o temprano comienza a manifestar el carácter de Cristo. Produce crecimiento espiritual, amor por la verdad, dependencia del Señor, humildad, santidad y una vida cada vez más conformada a la imagen del Salvador. Cuando estos elementos están ausentes, ninguna cantidad de manifestaciones externas puede compensar esa carencia.

Esta realidad también se aplica a los ministros del Evangelio. Las Escrituras advierten repetidamente acerca de la existencia de falsos ministros. Sin embargo, resulta importante comprender que la falsedad espiritual no siempre se manifiesta mediante doctrinas obviamente heréticas. En ocasiones aparece bajo formas mucho más sutiles. Existen personas que utilizan el lenguaje correcto, conocen las expresiones adecuadas y poseen habilidades notables para influir sobre otros, pero cuyo ministerio carece de la vida que procede de Dios.

Pablo advirtió acerca de hombres que tenían apariencia de piedad, pero negaban su eficacia. También habló de quienes predicaban motivados por ambiciones personales, buscando su propia gloria antes que la gloria de Cristo.

La diferencia fundamental siempre termina apareciendo en aquello que el ministerio produce. Un ministerio auténtico conduce a los creyentes hacia una

dependencia creciente de Cristo, mientras que un ministerio falso tiende a generar dependencia de los hombres. Un ministerio auténtico exalta la obra del Espíritu Santo, mientras que un ministerio falso exalta la figura del ministro. Un ministerio auténtico busca formar discípulos del Señor, mientras que un ministerio falso busca construir seguidores personales.

Estas diferencias pueden no resultar evidentes al principio, pero terminan manifestándose con el paso del tiempo. Lo mismo ocurre con las falsas unciones.

La unción verdadera no consiste simplemente en intensidad emocional, elocuencia, carisma o capacidad para generar entusiasmo. La unción es la operación del Espíritu Santo comunicando la vida de Cristo. Allí donde ella está presente, algo de la realidad espiritual del Señor es impartido a quienes reciben el ministerio.

Las falsificaciones pueden producir excitación, admiración o dependencia emocional, pero carecen de la capacidad de comunicar vida espiritual genuina. Por eso la Iglesia debe aprender a evaluar las cosas más allá de las impresiones momentáneas. Lo importante no es únicamente lo que ocurre durante un evento, sino aquello que permanece después de que las emociones se disipan. La verdadera obra de Dios continúa produciendo fruto cuando el entusiasmo inicial ha desaparecido.

Otro aspecto particularmente sensible de este tema se relaciona con los milagros y las manifestaciones sobrenaturales. Las Escrituras enseñan claramente que Dios sigue obrando de manera poderosa y que Su poder continúa manifestándose en medio de Su pueblo. Negar esta realidad sería ignorar una parte importante del testimonio bíblico. Sin embargo, el Nuevo Testamento también advierte que no todo fenómeno extraordinario constituye necesariamente una evidencia de autenticidad espiritual.

La pregunta correcta no es solamente si algo parece sobrenatural. La pregunta es si glorifica a Cristo, si produce obediencia a Su Palabra y si conduce a una transformación genuina de la vida. La obra verdadera del Espíritu Santo siempre se encuentra en armonía con el carácter de Cristo y con la verdad revelada en las Escrituras. Nunca contradice aquello que Dios ya ha dado a conocer.

A medida que avanzamos en la vida espiritual, descubrimos que el discernimiento no depende principalmente de una inteligencia superior ni de una capacidad natural de análisis. Es el resultado de una comunión creciente con Dios. El creyente que aprende a caminar cerca del Señor desarrolla progresivamente una sensibilidad espiritual que le permite reconocer aquello que refleja Su naturaleza y aquello que no.

Por esta razón, la mejor protección contra el engaño nunca ha sido el temor, sino la cercanía con Cristo. Quien conoce la voz del Buen Pastor reconoce cuando otra voz

intenta ocupar Su lugar. Quien ha aprendido a alimentarse de la verdad percibe cuando algo carece del sabor de la realidad espiritual. Quien vive en comunión con el Espíritu Santo desarrolla una capacidad creciente para distinguir entre la vida y la simple apariencia de vida.

La historia de la Iglesia demuestra que las falsificaciones continuarán existiendo mientras la obra de Dios continúe avanzando. No debemos sorprendernos por ello ni permitir que esa realidad nos conduzca al escepticismo. El hecho de que existan imitaciones no disminuye el valor de lo auténtico. Por el contrario, confirma que existe una realidad verdadera que merece ser preservada.

Nuestro llamado no consiste en vivir obsesionados con las falsificaciones, sino en permanecer firmemente arraigados en la verdad. Debemos conocer a Cristo más profundamente, amar Su Palabra con mayor intensidad y cultivar una relación cada vez más sensible al Espíritu Santo.

Porque al final de cuentas, la mejor manera de reconocer lo falso siempre será conocer íntimamente lo verdadero. Y cuanto más profundamente conozcamos a Cristo, menos poder tendrán las imitaciones para desviar nuestro corazón de la realidad espiritual que se encuentra únicamente en Él.



## Capítulo catorce

# EMOCIÓN NO ES REALIDAD ESPIRITUAL

Uno de los desafíos más importantes que enfrenta la Iglesia en cada generación consiste en aprender a distinguir entre aquello que pertenece al alma y aquello que procede del Espíritu. Esta diferencia no siempre resulta evidente, porque ambas dimensiones pueden manifestarse simultáneamente y, en ocasiones, producir expresiones externas muy similares. Sin embargo, gran parte de la madurez espiritual depende precisamente de esta capacidad de discernimiento. Allí donde la distinción desaparece, los creyentes corren el riesgo de interpretar erróneamente sus experiencias y construir su vida espiritual sobre fundamentos inestables.

Entre todas las áreas donde esta confusión suele manifestarse, pocas son tan frecuentes como la relación entre emoción y realidad espiritual.

Las emociones forman parte del diseño creado por Dios. No constituyen un defecto de la naturaleza humana ni un obstáculo inevitable para la vida espiritual. El Señor nos creó con la capacidad de experimentar gozo, tristeza, compasión, gratitud, temor, esperanza y una amplia variedad

de sentimientos que enriquecen nuestra experiencia de la vida. Las Escrituras muestran que hombres y mujeres profundamente espirituales experimentaron emociones intensas.

David expresó gozo y quebranto en los Salmos. Jeremías derramó lágrimas por su pueblo. Pablo habló de tristeza, afecto y consuelo. Incluso nuestro Señor Jesucristo lloró ante la tumba de Lázaro y manifestó profunda compasión por las multitudes. La espiritualidad auténtica no elimina las emociones; las coloca bajo el gobierno de Dios.

El problema surge cuando las emociones dejan de ser una respuesta a la realidad espiritual y comienzan a ocupar el lugar de la realidad espiritual. Entonces el creyente empieza a medir su condición delante de Dios según lo que siente en determinado momento. La fe deja de apoyarse en la verdad revelada y comienza a depender de estados emocionales cambiantes. La comunión con el Señor es evaluada por la intensidad de las sensaciones experimentadas, y la presencia de Dios es asociada exclusivamente con determinados sentimientos.

Cuando esto ocurre, la vida espiritual entra en un terreno peligroso, porque las emociones, por su propia naturaleza, son variables. Ninguna persona permanece constantemente en el mismo estado emocional. Los sentimientos pueden verse afectados por circunstancias externas, por el cansancio físico, por situaciones familiares, por preocupaciones cotidianas e incluso por factores

biológicos. Aquello que hoy produce entusiasmo puede no producirlo mañana. Lo que en un momento genera una profunda emoción puede ser percibido de manera diferente en otra etapa de la vida.

Si la fe depende principalmente de las emociones, inevitablemente quedará sometida a la misma inestabilidad. Por esta razón, las Escrituras nunca presentan los sentimientos como el fundamento de la vida espiritual. La fe bíblica descansa sobre una realidad mucho más sólida: el carácter inmutable de Dios y la verdad de Su Palabra. Las emociones pueden acompañar esa realidad, enriquecerla y expresarla, pero jamás deben reemplazarla.

El profeta Habacuc ofrece una de las ilustraciones más hermosas de esta verdad. Al contemplar un futuro lleno de dificultades, describió un escenario donde las circunstancias visibles parecían justificar el desaliento:

***“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos; aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento; y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales...”***

Habacuc 3:17

Desde una perspectiva emocional, aquellas condiciones podían producir preocupación, temor o desesperanza. Sin embargo, el profeta concluye con una declaración extraordinaria:

***“Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación.”***

Habacuc 3:18

La alegría de Habacuc no estaba sustentada en circunstancias favorables ni en sensaciones agradables. Nació de una realidad espiritual superior. Había aprendido a fundamentar su confianza en Dios mismo y no en aquello que ocurría a su alrededor.

Esta es una de las lecciones más importantes que el creyente debe aprender en su caminar con el Señor. La realidad espiritual permanece aun cuando las emociones cambian. Dios sigue siendo fiel cuando sentimos Su cercanía y cuando atravesamos períodos donde Su presencia parece distante. Su amor no disminuye porque nuestras emociones fluctúen. Su gracia no depende de nuestras sensaciones. Sus promesas continúan siendo verdaderas incluso cuando nuestros sentimientos intentan convencernos de lo contrario.

La madurez espiritual comienza a desarrollarse cuando el creyente aprende a vivir gobernado por la verdad y no exclusivamente por sus emociones.

Esto no significa ignorar los sentimientos ni reprimirlos artificialmente. Significa reconocer que ocupan un lugar importante, pero no supremo. Las emociones son excelentes compañeras cuando siguen a la verdad, pero se convierten en guías peligrosas cuando intentan dirigir la vida espiritual.

Uno de los errores más frecuentes en ciertos ambientes cristianos consiste en identificar automáticamente la intensidad emocional con la intensidad espiritual. Se asume que una experiencia ha sido profunda porque produjo lágrimas, entusiasmo o fuertes reacciones afectivas. Sin embargo, aunque estas manifestaciones pueden acompañar una obra genuina de Dios, no constituyen una prueba definitiva de autenticidad espiritual.

La emoción, por sí sola, no demuestra la presencia de realidad espiritual. Los seres humanos pueden emocionarse profundamente por razones muy diversas. Una pieza musical puede conmover el corazón. Un discurso inspirador puede despertar entusiasmo. Una historia impactante puede provocar lágrimas. Ninguna de estas reacciones es necesariamente espiritual. Son expresiones legítimas de nuestra naturaleza emocional. La realidad espiritual debe evaluarse mediante criterios más profundos.

La pregunta fundamental no es cuánto sentimos, sino qué produce aquello que experimentamos. ¿Nos acerca más a Cristo? ¿Produce obediencia? ¿Genera transformación interior? ¿Nos conduce hacia una dependencia más profunda del Espíritu Santo? ¿Desarrolla el carácter de Cristo en nosotros?

La obra genuina de Dios siempre deja algo más profundo que una emoción pasajera. Produce cambios que permanecen cuando la intensidad emocional ha

desaparecido. Su influencia continúa actuando en el corazón mucho después de que el momento inicial ha concluido.

Esto explica por qué algunos de los encuentros más transformadores con Dios en la historia bíblica no estuvieron necesariamente acompañados por manifestaciones emocionales extraordinarias. A veces la obra divina se desarrolla en el silencio. Otras veces opera de manera gradual e imperceptible. En ocasiones produce una convicción profunda más que una reacción intensa. El Espíritu Santo no está limitado a una única forma de actuar.

El profeta Elías aprendió esta lección después de uno de los períodos más difíciles de su vida. Mientras permanecía en el monte Horeb, fue testigo de un viento poderoso, de un terremoto y de un fuego. Sin embargo, las Escrituras declaran que el Señor no estaba en ninguna de esas manifestaciones. Finalmente apareció un silbo apacible y delicado, y allí Elías reconoció la voz de Dios.

Este episodio constituye una advertencia para quienes buscan exclusivamente experiencias impactantes. La realidad espiritual no siempre se manifiesta mediante aquello que impresiona los sentidos. Muchas veces la obra más profunda del Espíritu ocurre en la quietud del corazón, lejos de la espectacularidad que tanto atrae a la naturaleza humana.

La misma verdad puede observarse en la vida cotidiana del creyente. El crecimiento espiritual raramente ocurre mediante acontecimientos aislados. Con frecuencia se

desarrolla a través de una obediencia constante, una comunión perseverante y una relación continua con Dios. La transformación profunda suele ser más parecida al crecimiento de una semilla que al estallido de un relámpago.

Sin embargo, nuestra generación vive fascinada por lo inmediato, lo impactante y lo extraordinario. Esta mentalidad también puede infiltrarse en la vida espiritual, llevando a los creyentes a perseguir experiencias emocionales cada vez más intensas mientras descuidan los procesos silenciosos mediante los cuales Dios forma el carácter de Cristo en ellos.

Cuando esto ocurre, la persona comienza a depender emocionalmente de ciertos ambientes, eventos o estímulos para sentirse cerca de Dios. Su relación con el Señor se vuelve vulnerable porque está basada en sensaciones que no siempre estarán presentes. En lugar de caminar por fe, comienza a caminar por emociones.

La realidad espiritual ofrece una estabilidad mucho mayor. Quien aprende a vivir en ella descubre que la comunión con Dios no depende de estados emocionales fluctuantes. Puede disfrutar momentos de profunda alegría espiritual y también atravesar períodos de sequedad sin perder la certeza de que el Señor permanece a su lado. Su confianza descansa en la fidelidad divina y no en sus sensaciones.

Esto no produce una vida fría ni carente de afecto. Por el contrario, libera las emociones de la presión de tener que

sostener aquello para lo cual nunca fueron diseñadas. Entonces los sentimientos pueden ocupar su lugar correcto: dejan de ser el fundamento de la vida espiritual y se convierten en una hermosa respuesta a la realidad espiritual.

La emoción encuentra su mayor plenitud cuando nace de una relación genuina con Dios. El gozo se vuelve más profundo porque está arraigado en una realidad eterna. La paz se vuelve más estable porque no depende exclusivamente de las circunstancias. El amor se vuelve más puro porque procede de la vida de Cristo.

Por eso la meta del creyente no consiste en eliminar las emociones ni en perseguirlas obsesivamente. Consiste en vivir en la realidad espiritual. Cuando esa realidad ocupa el centro, las emociones encuentran naturalmente su lugar adecuado y se transforman en una expresión saludable de la obra de Dios en el corazón.

La Iglesia necesita redescubrir esta verdad. Necesita aprender nuevamente a distinguir entre las impresiones pasajeras y las realidades permanentes, entre aquello que toca momentáneamente los sentimientos y aquello que transforma verdaderamente la vida. Necesita formar creyentes que no dependan exclusivamente de experiencias emocionales para sostener su fe, sino que aprendan a caminar firmemente arraigados en Cristo.

Porque las emociones cambian, las circunstancias cambian y las sensaciones cambian. Pero la realidad

espiritual permanece. Y quien aprende a vivir sobre ese fundamento descubre una estabilidad que ninguna fluctuación emocional puede destruir, porque su vida está edificada sobre Aquel que es el mismo ayer, hoy y por los siglos.



PARTE IV

**EL CAMINO HACIA  
LA REALIDAD**

## Capítulo quince

### **EL ESPÍRITU DE REALIDAD**

Después de haber considerado las grandes realidades espirituales del Reino y de haber examinado algunos de los principales enemigos que intentan sustituirlas por doctrinas sin vida, apariencias religiosas, falsificaciones espirituales o experiencias meramente emocionales, surge una pregunta inevitable: ¿cómo puede el creyente entrar verdaderamente en la realidad de Dios? Si la realidad espiritual es algo más profundo que el conocimiento intelectual, más sólido que las emociones y más auténtico que las apariencias religiosas, ¿quién puede conducirnos a ella?

La respuesta ocupa un lugar central en la enseñanza de Jesucristo y constituye una de las verdades más gloriosas del Nuevo Pacto. Dios no dejó a Sus hijos librados a sus propios recursos para descubrir las realidades del Reino. Tampoco les entregó simplemente un conjunto de doctrinas y les pidió que encontrarán el camino por sí mismos. En Su infinita gracia, nos envió al Espíritu Santo para revelarnos, comunicarnos su verdad e introducirnos en toda realidad espiritual.

Esta verdad aparece de manera extraordinaria en las palabras pronunciadas por el Señor durante las últimas horas antes de Su crucifixión. Mientras preparaba a Sus discípulos para Su partida, les habló acerca de la venida del Consolador y describió una de las funciones más importantes de Su ministerio:

***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.”***

Juan 16:13

La expresión utilizada por Jesús merece una atención especial. Algunas traducciones hablan del Espíritu de verdad, mientras que otras podrían traducirse legítimamente como Espíritu de realidad. Ambas ideas se encuentran íntimamente unidas. En el pensamiento bíblico, la verdad no es simplemente información correcta; es la realidad tal como existe en Dios. Por esta razón, el Espíritu Santo no vino solamente para comunicar conocimientos acerca de la verdad, sino para introducir a los creyentes en la experiencia viva de esa verdad. Esta diferencia resulta fundamental.

Una persona puede conocer doctrinas correctas acerca de Cristo y, sin embargo, vivir lejos de la realidad de Cristo. Puede comprender intelectualmente la enseñanza acerca de la cruz sin experimentar su operación en la vida diaria. Puede hablar acerca de la unidad del Cuerpo sin participar verdaderamente de ella. El Espíritu Santo fue enviado precisamente para cerrar esa distancia entre el conocimiento

y la experiencia, entre la doctrina y la realidad, entre la verdad entendida y la verdad vivida.

Su ministerio consiste en tomar las realidades espirituales reveladas por Dios y hacerlas efectivas en nuestro corazón. Esta obra resulta absolutamente indispensable porque las realidades del Reino pertenecen a una dimensión que el hombre natural no puede comprender por sí mismo. Pablo lo explica claramente cuando afirma:

***“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.”***

1 Corintios 2:10

Estas palabras nos permiten comprender algo extraordinario acerca de la naturaleza del Espíritu Santo. Él no es simplemente una influencia divina ni una fuerza espiritual impersonal. Es Dios mismo obrando activamente para comunicar al hombre aquello que pertenece al corazón del Padre y del Hijo. Conoce perfectamente las profundidades de Dios porque participa plenamente de la naturaleza divina. Él es verdaderamente Dios, por esa razón, sólo Él puede revelar adecuadamente las realidades espirituales.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales el esfuerzo humano, por sincero que sea, nunca puede producir verdadera espiritualidad. El hombre puede estudiar, analizar, investigar y reflexionar. Puede desarrollar sistemas

teológicos complejos y acumular una enorme cantidad de información religiosa. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede sustituir la revelación que procede del Espíritu Santo.

La realidad espiritual siempre es recibida antes de ser comprendida. Primero es revelada al corazón, luego es entendida por la mente. El orden es importante porque protege al creyente de la ilusión de que la vida espiritual puede ser producida mediante capacidad intelectual. El conocimiento tiene un lugar importante, pero nunca ocupa el lugar de la revelación.

Por esta razón, los hombres más profundamente espirituales de la historia de la Iglesia han sido, ante todo, hombres dependientes del Espíritu Santo. Comprendieron que el crecimiento espiritual no consiste simplemente en aprender más cosas acerca de Dios, sino en permitir que el Espíritu Santo nos revele progresivamente las riquezas de Cristo.

Cuando observamos el ministerio del Espíritu en el Nuevo Testamento, descubrimos que Su obra siempre está orientada hacia el Señor Jesús. Él no busca llamar la atención sobre sí mismo. No procura establecer un movimiento centrado en Su propia persona. Todo Su ministerio tiene una dirección claramente definida. Jesús declaró:

***“Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.”***

Juan 16:14

Estas palabras contienen una de las claves más importantes para discernir la verdadera obra del Espíritu Santo. Su actividad siempre conduce hacia Cristo. Siempre exalta a Cristo. Siempre revela más profundamente a Cristo.

Donde el Espíritu obra genuinamente, los creyentes desarrollan una mayor dependencia del Señor, una comprensión más profunda de Su persona y un amor creciente por Su voluntad. La atención se dirige hacia Cristo porque el propósito eterno de Dios consiste precisamente en conformar todas las cosas a Su Hijo.

Por esta razón, el Espíritu Santo no comunica simplemente información acerca de Cristo; comunica la propia vida de Cristo. Este principio aparece repetidamente en el Nuevo Testamento. Pablo habla del fruto del Espíritu, de la mente del Espíritu y de la ley del Espíritu de vida. Todas estas expresiones describen una obra interior mediante la cual el Espíritu Santo reproduce progresivamente el carácter de Cristo en aquellos que le pertenecen.

Aquí comenzamos a comprender que la realidad espiritual no consiste principalmente en adquirir nuevas experiencias, sino en permitir que la vida del Señor sea formada dentro de nosotros. El Espíritu Santo trabaja constantemente con este propósito.

Cuando ilumina las Escrituras, está revelando a Cristo. Cuando convence de pecado, está removiendo obstáculos para que Cristo sea manifestado, cuando fortalece al creyente

en medio de las pruebas, está produciendo una mayor dependencia de Cristo, cuando distribuye dones espirituales, está edificando el Cuerpo de Cristo, la verdad es que toda Su actividad converge hacia un mismo objetivo.

Esta comprensión transforma profundamente nuestra manera de relacionarnos con Él. Muchas veces los creyentes buscan al Espíritu principalmente por aquello que puede darles: dirección, poder, consuelo, dones o experiencias espirituales. Aunque todas estas cosas forman parte de Su ministerio, el Espíritu siempre desea conducirnos más allá de los dones para llevarnos hacia el Dador, más allá de las experiencias para llevarnos hacia Cristo mismo.

La realidad espiritual comienza a profundizarse cuando aprendemos a cooperar con esta obra. La cooperación con el Espíritu Santo no consiste en producir resultados mediante esfuerzo humano. Consiste en desarrollar una sensibilidad creciente a Su dirección. Significa aprender a responder cuando Él ilumina una verdad, cuando corrige una actitud, cuando señala un área que necesita transformación o cuando invita al creyente a avanzar hacia una comunión más profunda con Dios.

Esta sensibilidad no aparece instantáneamente. Se desarrolla a través del tiempo, mediante una relación continua con el Señor. Así como un hijo aprende progresivamente a reconocer la voz de su padre, el creyente aprende a discernir la dirección del Espíritu a medida que camina con Él.

Las Escrituras describen este proceso utilizando expresiones como ser guiados por el Espíritu, andar en el Espíritu y vivir en el Espíritu. Todas ellas sugieren una relación dinámica y continua. No se trata de experiencias aisladas que ocurren ocasionalmente, sino de una manera de vivir donde el creyente aprende a depender cada vez más de la presencia activa del Espíritu Santo.

A medida que esta relación madura, algo extraordinario comienza a suceder. Las verdades que antes parecían abstractas adquieren profundidad y significado. Las Escrituras se vuelven más vivas. La persona de Cristo se vuelve más preciosa. La comunión con Dios deja de ser un concepto teológico y se transforma en una experiencia cotidiana.

El Espíritu Santo toma aquello que pertenece al Reino invisible y lo hace real para el corazón humano. Esta obra resulta particularmente importante en una época caracterizada por la superficialidad espiritual. Vivimos rodeados de información religiosa, pero el Espíritu Santo continúa llamando a la Iglesia hacia algo más profundo. Nos invita a pasar del conocimiento a la revelación, de la actividad a la vida, de las apariencias a la realidad.

Por eso el camino hacia la realidad espiritual nunca puede separarse de la obra del Espíritu Santo. Él es quien abre los ojos del corazón, Él es quien revela a Cristo, Él es quien comunica la vida divina, Él es quien forma el carácter del

Señor en nosotros, Él es quien edifica el Cuerpo, Él es quien introduce a los creyentes en las riquezas del Reino.

Todo intento de alcanzar la realidad espiritual sin depender de Su obra termina produciendo algún tipo de sustituto. Puede producir religión, conocimiento, activismo o emoción, pero no puede producir vida. La vida solo procede del Espíritu Santo.

Allí donde el Espíritu Santo encuentra corazones dispuestos a seguir Su dirección, la realidad espiritual deja de ser una verdad lejana para convertirse en una experiencia viva. Entonces el creyente descubre que el cristianismo no consiste simplemente en aceptar ciertas doctrinas acerca de Dios, sino en caminar diariamente bajo la guía de Aquel que fue enviado para introducirnos en las profundidades de Su realidad.

Porque el Espíritu Santo no sólo nos muestra el camino hacia la realidad espiritual. Él mismo es el guía divino que nos conduce continuamente por ese camino hasta que Cristo sea plenamente formado en nosotros.



## Capítulo dieciséis

### **LA DISCIPLINA DEL ESPÍRITU SANTO**

Una de las ideas más incompletas que pueden desarrollarse acerca de la vida espiritual es pensar que el crecimiento cristiano ocurre únicamente mediante la adquisición de conocimiento o la recepción de revelación. Sin duda, la revelación es indispensable. Ningún creyente puede avanzar en el conocimiento de Dios sin la iluminación que procede del Espíritu Santo.

Sin embargo, la experiencia demuestra que existe una gran diferencia entre comprender una verdad y ser transformado por ella. Muchas personas pueden explicar con precisión determinadas enseñanzas bíblicas y, al mismo tiempo, mostrar escasa evidencia de que esas verdades hayan producido cambios profundos en su carácter.

Esta realidad nos conduce a uno de los aspectos más importantes de la obra del Espíritu Santo: “Su disciplina formadora”.

El Espíritu de realidad no sólo revela la verdad; también trabaja para incorporarla a la vida del creyente. No

se limita a iluminar la mente; transforma el corazón. No busca simplemente que entendamos las realidades espirituales, sino que lleguemos a vivir en ellas. Y para lograr este propósito, Dios utiliza un método que aparece repetidamente en toda la Escritura: el trato divino a través de las circunstancias de la vida.

Esta verdad resulta difícil de aceptar para la naturaleza humana porque solemos asociar el crecimiento espiritual principalmente con momentos de inspiración, experiencias edificantes o períodos de bendición. Sin embargo, cuando observamos la manera en que Dios formó a Sus siervos a lo largo de la historia bíblica, descubrimos un patrón constante.

El Señor utilizó tanto la revelación como los procesos. Habló a Sus hijos, pero también los condujo por caminos donde aquello que habían recibido debía ser probado, afirmado y convertido en una realidad interior. La diferencia entre una verdad conocida y una verdad incorporada suele encontrarse precisamente en este proceso.

Abraham recibió la promesa de un hijo, pero la promesa tuvo que atravesar años de espera antes de convertirse en experiencia. José recibió sueños extraordinarios acerca de su futuro, pero antes de verlos cumplidos conoció la traición, la esclavitud y la prisión. Moisés fue llamado para liberar a Israel, pero pasó décadas en el desierto antes de estar preparado para la tarea. David fue ungido como rey mucho antes de sentarse sobre el trono.

En cada uno de estos casos observamos el mismo principio: la revelación fue seguida por un proceso de formación.

Dios no estaba simplemente interesado en comunicar información acerca de Su propósito. Estaba formando hombres capaces de expresar ese propósito. Esta diferencia resulta fundamental.

El Señor no busca únicamente que comprendamos ciertas verdades espirituales. Busca que esas verdades lleguen a formar parte de nuestro ser. Quiere que la humildad sea más que una doctrina, que la fe sea más que un concepto, que la dependencia de Él sea más que una enseñanza correctamente formulada. Y para lograrlo, el Espíritu Santo utiliza las circunstancias de la vida como instrumentos de formación.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales muchas pruebas que enfrentamos poseen un propósito más profundo del que imaginamos.

Con frecuencia evaluamos las circunstancias preguntándonos únicamente cómo afectan nuestro bienestar inmediato. Dios, en cambio, las contempla desde la perspectiva de la eternidad. Mientras nosotros pensamos en comodidad, Él piensa en transformación. Mientras nosotros buscamos alivio inmediato, Él trabaja para producir una madurez duradera. Mientras nosotros deseamos que determinadas situaciones terminen rápidamente, Él observa aquello que está formando en nuestro interior mediante ellas.

Esto no significa que Dios disfrute del sufrimiento de Sus hijos ni que cada dificultad provenga directamente de Su mano. Significa que Su soberanía es tan perfecta que puede utilizar incluso las situaciones más complejas para cumplir Sus propósitos de formación espiritual. Pablo expresa esta verdad con extraordinaria claridad cuando escribe:

***“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.”***

Romanos 8:28

Este versículo suele ser citado como una fuente de consuelo, y ciertamente lo es. Sin embargo, su significado va mucho más allá de la simple idea de que las cosas terminarán bien. El contexto revela cuál es ese bien que Dios persigue:

***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo.”***

Romanos 8:29

El objetivo final no es simplemente mejorar nuestras circunstancias, sino conformarnos a la imagen de Cristo.

Cuando esta verdad comienza a gobernar nuestra comprensión, muchas experiencias adquieren un significado completamente nuevo. Situaciones que antes parecían simples obstáculos pueden ser reconocidas como herramientas utilizadas por Dios para moldear nuestro carácter. Personas difíciles, demoras inesperadas, puertas

cerradas y períodos de incertidumbre pueden convertirse en escenarios donde el Espíritu Santo realiza algunas de Sus obras más profundas.

La disciplina espiritual no consiste principalmente en castigo. “Consiste en formación”. Esta diferencia es esencial para comprender el corazón de Dios. El Nuevo Testamento enseña claramente que el Señor disciplina a quienes ama:

***“Porque el Señor al que ama, disciplina.”***

Hebreos 12:6

La disciplina divina no nace de la ira, sino del amor. No busca destruir, sino edificar. No tiene como propósito alejar al creyente de Dios, sino acercarlo más profundamente a Él.

Todo padre responsable comprende este principio. El amor auténtico no consiste simplemente en conceder deseos o eliminar dificultades. También implica formar el carácter, corregir aquello que necesita corrección y preparar a los hijos para una vida madura. De manera infinitamente más perfecta, nuestro Padre celestial obra con nosotros.

Uno de los aspectos más importantes de esta disciplina consiste en revelar áreas ocultas del corazón. Existen actitudes que pueden permanecer invisibles durante años mientras las circunstancias permanecen favorables. El orgullo puede ocultarse detrás del éxito. La autosuficiencia puede disfrazarse de capacidad. La impaciencia puede

permanecer latente mientras todo ocurre según nuestros planes. Pero cuando las circunstancias cambian, aquello que estaba oculto comienza a manifestarse.

Entonces descubrimos cosas acerca de nosotros mismos que antes no veíamos. Lejos de ser una señal de fracaso, este descubrimiento suele constituir una expresión de la gracia divina. Dios no revela estas áreas para condenarnos, sino para transformarnos. Lo que permanece oculto no puede ser tratado. Lo que sale a la luz puede ser llevado a la cruz y sometido a la obra restauradora del Espíritu Santo.

Por esta razón, los creyentes que más profundamente han conocido al Señor suelen ser también quienes han atravesado procesos significativos de formación. No porque el sufrimiento posea valor en sí mismo, sino porque aprendieron a cooperar con Dios en medio de sus pruebas.

La diferencia entre dos personas que atraviesan circunstancias similares no siempre radica en la dificultad enfrentada, sino en la manera en que responden a ella. Una puede endurecerse, llenarse de amargura y resistir la obra de Dios. La otra puede permitir que el Espíritu Santo utilice esa misma experiencia para producir una mayor dependencia, humildad y madurez.

Aquí aparece una de las responsabilidades más importantes del creyente. No podemos controlar todas las circunstancias de nuestra vida, pero sí podemos decidir cómo

responderemos a ellas. Podemos resistir la obra del Espíritu o cooperar con ella. Podemos enfocarnos exclusivamente en el dolor inmediato o buscar aquello que Dios desea formar en nosotros mediante ese proceso.

Esta actitud de cooperación resulta esencial para el crecimiento espiritual. A medida que aprendemos a caminar con el Señor, comenzamos a comprender que Su propósito no consiste simplemente en darnos revelaciones acerca de la realidad espiritual, sino en convertirnos en personas capaces de vivir en esa realidad. Y para ello, el conocimiento debe descender desde la mente hasta el corazón. Debe atravesar nuestras emociones, nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestras circunstancias cotidianas.

La disciplina del Espíritu Santo cumple precisamente esta función. Toma las verdades que hemos recibido y las integra progresivamente en nuestra experiencia. Transforma principios en carácter. Convicciones en conducta. Revelación en realidad. Por eso los procesos de Dios rara vez son rápidos. El Señor trabaja con una paciencia que muchas veces supera nuestra comprensión. Mientras nosotros buscamos resultados inmediatos, Él desarrolla una obra profunda y duradera. Su objetivo no es producir cambios superficiales, sino formar a Cristo en nosotros.

Esta perspectiva transforma completamente nuestra manera de interpretar la vida cristiana. Dejamos de ver las dificultades únicamente como interrupciones de nuestros planes y comenzamos a reconocer que muchas de ellas

forman parte de la escuela donde Dios prepara a Sus hijos. Comprendemos que el Espíritu Santo no sólo habla mediante las Escrituras y la revelación, sino también a través de las circunstancias que permite en nuestro camino.

Entonces la vida deja de dividirse entre momentos espirituales y momentos ordinarios. Todo se convierte en terreno de formación. Cada situación puede transformarse en una oportunidad para aprender dependencia, fe, paciencia, amor o humildad. Cada experiencia puede ser utilizada por Dios para profundizar Su obra en nosotros.

Y cuando esta visión se establece en el corazón, comenzamos a descubrir que la disciplina del Espíritu Santo no es un obstáculo para la realidad espiritual, sino uno de los caminos principales mediante los cuales somos introducidos en ella.

Porque Dios no sólo desea que conozcamos la verdad, desea que lleguemos a ser hombres y mujeres en quienes esa verdad haya adquirido forma visible. Y es precisamente mediante la disciplina amorosa del Espíritu Santo que la realidad de Cristo comienza a manifestarse cada vez más profundamente en nuestra vida.



## Capítulo diecisiete

### **EL ENSANCHAMIENTO ESPIRITUAL**

Existe una diferencia importante entre crecimiento espiritual y ensanchamiento espiritual. Aunque ambos conceptos están relacionados, no son exactamente lo mismo. El crecimiento suele referirse al desarrollo de la vida que Dios ha impartido en nosotros; el ensanchamiento, en cambio, tiene que ver con la ampliación de nuestra capacidad para contener, expresar y transmitir esa vida.

Dios no solamente desea que Sus hijos poseamos más conocimiento, más experiencia o una comprensión más profunda de las verdades del Reino. También desea aumentar nuestra capacidad interior mediante la cual esas riquezas espirituales puedan ser recibidas, sostenidas y comunicadas.

Este principio aparece repetidamente en toda la Escritura y constituye una de las dimensiones menos comprendidas de la formación espiritual. Con frecuencia los creyentes oran pidiendo una mayor unción, una revelación más profunda o una medida más abundante de la gracia divina, pero pocas veces consideran que para recibir más de Dios también es necesario que el recipiente sea ensanchado.

Nadie puede contener una cantidad mayor de agua en un recipiente cuya capacidad permanece inalterable. Del mismo modo, la amplitud de la obra que Dios puede realizar a través de una persona está relacionada, en cierta medida, con la capacidad espiritual que ha sido formada en ella.

Por esta razón, muchas de las experiencias que los creyentes consideran obstáculos en realidad forman parte del proceso mediante el cual Dios amplía su capacidad interior.

La naturaleza humana tiende a buscar espacios amplios, cómodos y previsibles. Sin embargo, el Señor muchas veces utiliza circunstancias estrechas para producir corazones más amplios. Utiliza presiones temporales para generar una expansión permanente. Permite procesos difíciles porque ve más allá del dolor inmediato y contempla la capacidad espiritual que surgirá como resultado de ellos. David comprendió profundamente esta realidad cuando escribió:

***“En mi angustia tú me hiciste ensanchar.”***

Salmo 4:1

A primera vista, la declaración parece paradójica. La angustia suele asociarse con limitación, presión y estrechez. Sin embargo, David afirma que precisamente en medio de ella experimentó un ensanchamiento interior. Aquello que parecía reducirlo terminó ampliándolo. Lo que parecía una restricción se convirtió en un instrumento de expansión espiritual.

Esta verdad atraviesa toda la vida de David. Antes de ocupar el trono de Israel, conoció largos años de persecución, incertidumbre y sufrimiento. Fue rechazado, incomprendido y obligado a vivir como fugitivo. Desde una perspectiva puramente humana, aquellas experiencias podían parecer una interrupción del propósito divino. Sin embargo, vistas desde la perspectiva del Reino, formaban parte del proceso mediante el cual Dios estaba preparando un corazón capaz de gobernar.

El pastor de ovejas debía convertirse en pastor de una nación, y para ello necesitaba un corazón más amplio que el que poseía al comienzo de su jornada.

El mismo principio puede observarse en la vida de Job. Pocas personas en la historia bíblica atravesaron pruebas tan profundas como las que él experimentó. Perdió sus bienes, sus hijos, su salud y gran parte de la comprensión que tenía acerca de la manera en que Dios gobierna el mundo. Durante largos capítulos de sufrimiento, preguntas y silencios, Job caminó por senderos que parecían incomprensibles. Sin embargo, al final del libro encontramos una declaración extraordinaria:

***“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.”***

Job 42:5

La prueba no solamente reveló aspectos ocultos de su corazón; también amplió su capacidad para conocer a Dios. El hombre que emergió de aquel proceso poseía una

comprensión más profunda del Señor que la que tenía antes de atravesarlo.

El ensanchamiento espiritual rara vez ocurre en tiempos de comodidad permanente. La razón es sencilla. Cuando todo permanece bajo nuestro control, solemos depender de recursos que ya poseemos. Pero cuando enfrentamos situaciones que exceden nuestras fuerzas, somos obligados a buscar recursos más allá de nosotros mismos. Entonces comenzamos a descubrir dimensiones de la gracia divina que permanecían desconocidas.

Esto explica por qué algunas de las personas más profundamente utilizadas por Dios son también aquellas que han atravesado procesos significativos de quebrantamiento y formación. No porque el sufrimiento posea una virtud automática, sino porque aprendieron a encontrar a Dios en medio de él.

Los tres jóvenes hebreos ofrecen otro ejemplo extraordinario de esta realidad. Cuando fueron arrojados al horno de fuego por negarse a adorar la imagen levantada por Nabucodonosor, enfrentaron una situación que parecía conducir únicamente a la destrucción. Sin embargo, aquello que parecía destinado a consumirlos se transformó en el escenario de una revelación más profunda de la presencia de Dios.

El rey observó asombrado que ya no había tres hombres dentro del horno, sino cuatro. La prueba no los

separó del Señor. La prueba les permitió experimentar Su cercanía de una manera nueva.

Muchas veces el ensanchamiento espiritual ocurre precisamente de esta manera. Dios no siempre elimina inmediatamente el horno, la prisión o el desierto. En ocasiones decide revelarse dentro de ellos. Y cuando esto sucede, el creyente descubre aspectos de la fidelidad divina que jamás habría conocido en circunstancias más cómodas.

Pablo entendía profundamente este principio. Al escribir a los creyentes de Corinto habló acerca de tribulaciones tan intensas que llegaron a hacerle perder toda esperanza de conservar la vida. Sin embargo, lejos de considerar aquellas experiencias como inútiles, reconoció que habían producido una dependencia más profunda de Dios.

Las pruebas habían ampliado su capacidad para confiar. La debilidad había aumentado su capacidad para recibir la fortaleza divina. La presión había creado espacio para una manifestación mayor de la gracia.

Esta dinámica aparece con particular claridad en la experiencia de Pablo y Silas en Filipos. Después de haber sido azotados injustamente y encarcelados, se encontraban en una situación que parecía incompatible con cualquier idea de victoria espiritual. Sin embargo, en lugar de ser dominados por la desesperación, comenzaron a orar y cantar himnos a Dios. Aquella escena revela algo extraordinario.

La capacidad espiritual de aquellos hombres era mayor que las circunstancias que los rodeaban. La prisión podía limitar sus cuerpos, pero no podía limitar la vida de Cristo en ellos. El sufrimiento podía afectar sus condiciones externas, pero no podía impedir que la realidad del Reino continuara fluyendo desde su interior.

Esta es una de las señales más claras del ensanchamiento espiritual. La persona deja de depender exclusivamente de las circunstancias favorables para expresar la vida de Dios. Ha aprendido a encontrar recursos espirituales más profundos que las condiciones externas. Su comunión con el Señor ya no está sostenida únicamente por momentos de bendición visible, sino por una relación que permanece estable aun en medio de la adversidad.

El apóstol Pablo expresó esta realidad mediante una imagen particularmente significativa cuando escribió:

***“Que os estrecháis en vuestro propio corazón.”***

2 Corintios 6:12

La estrechez espiritual no siempre proviene de circunstancias externas. Muchas veces se encuentra en la limitada capacidad interior del creyente. Un corazón estrecho tiene dificultades para soportar procesos prolongados, para amar ampliamente, para recibir corrección o para sostener responsabilidades mayores. Dios desea liberar a Sus hijos de esa estrechez mediante un proceso de ensanchamiento progresivo.

Este proceso afecta múltiples áreas de la vida. Ensancha nuestra capacidad para amar. Ensancha nuestra capacidad para servir. Ensancha nuestra capacidad para comprender, nuestra capacidad para soportar, nuestra capacidad para ministrar a otros. Ensancha nuestra capacidad para recibir las riquezas de Cristo.

Por esta razón, los tiempos de presión no siempre deben interpretarse como señales de retroceso espiritual. En muchas ocasiones constituyen evidencia de que Dios está preparando al creyente para una medida mayor de Su propósito.

Un árbol joven puede ser suficiente para determinadas tareas, pero no puede ofrecer la sombra, la fortaleza y el fruto que proporcionará cuando alcance plena madurez. Del mismo modo, Dios trabaja pacientemente para desarrollar en Sus hijos una capacidad espiritual acorde con aquello que desea confiarles.

A medida que este proceso avanza, el creyente comienza a comprender algo que antes parecía contradictorio: algunas de las experiencias más difíciles de su vida han sido también algunas de las más valiosas. No porque hayan sido agradables en sí mismas, sino porque se transformaron en instrumentos mediante los cuales el Señor amplió su capacidad para conocerlo y servirlo.

Entonces la mirada cambia. Las pruebas dejan de ser vistas únicamente como obstáculos y comienzan a ser

reconocidas como talleres de formación espiritual. Las demoras dejan de interpretarse exclusivamente como frustraciones y pasan a ser entendidas como tiempos de preparación.

Las presiones dejan de percibirse solamente como cargas y se convierten en oportunidades para descubrir nuevas dimensiones de la gracia. Entonces aprendemos a confiar no solamente en la mano de Dios cuando recibimos bendiciones, sino también en Su sabiduría cuando atravesamos procesos que todavía no comprendemos plenamente.

Y poco a poco descubrimos que el Señor está realizando una obra mucho más profunda de lo que imaginábamos. No solamente resolviendo situaciones, sino también formando capacidades. No solamente respondiendo oraciones, sino también ensanchando el corazón.

Porque el propósito eterno de Dios no consiste únicamente en llevar a Sus hijos hacia determinados destinos espirituales. También consiste en transformarnos en personas capaces de contener, expresar y transmitir las riquezas de Cristo. Y es precisamente mediante este proceso de ensanchamiento espiritual que llegamos a convertirnos en instrumentos cada vez más útiles para la manifestación de la realidad del Reino de Dios.



## Capítulo dieciocho

### LA REALIDAD QUE PRODUCE SUFRIMIENTOS

A medida que avanzamos en el conocimiento de las realidades espirituales del Reino, descubrimos que el propósito de Dios nunca termina en el individuo. Desde el principio, el Señor ha obrado en Sus hijos no solamente para bendecirlos personalmente, sino también para convertirlos en canales mediante los cuales Su vida pueda alcanzar a otros.

La revelación, la cruz, la disciplina del Espíritu Santo y el ensanchamiento espiritual no constituyen fines en sí mismos. Todos estos procesos tienen un propósito superior: permitir que la vida de Cristo encuentre una expresión cada vez más libre a través de quienes le pertenecen. Esta verdad nos introduce en una de las dimensiones más profundas de la realidad espiritual: “el suministro de vida”.

En el ámbito natural estamos acostumbrados a pensar en términos de actividad. Valoramos aquello que puede verse, medirse y cuantificarse. Tendemos a evaluar la eficacia mediante resultados visibles, programas, números o realizaciones concretas. Sin embargo, el Reino de Dios opera sobre principios mucho más profundos. Existen realidades

invisibles que poseen una influencia mucho mayor que muchas actividades visibles. Entre ellas se encuentra el suministro espiritual.

El suministro es la comunicación de la vida de Cristo desde una persona hacia otra mediante la obra del Espíritu Santo. No se trata simplemente de transmitir información, impartir enseñanza o realizar determinadas tareas ministeriales. Todas estas cosas poseen su lugar y su importancia.

El suministro pertenece a una dimensión más profunda. Ocurre cuando algo de la vida divina que ha sido formada en un creyente comienza a fluir hacia otros para edificarlos, fortalecerlos y acercarlos más al Señor. Esta realidad aparece de manera extraordinaria en las palabras de Pablo:

***“De manera que la muerte actúa en nosotros, y en  
vosotros la vida.”***  
2 Corintios 4:12

Pocas declaraciones revelan con tanta claridad la lógica espiritual del Reino. El apóstol está describiendo un principio que contradice completamente la manera natural de pensar. En el mundo, la vida suele buscar preservarse a sí misma. En el Reino, la vida se multiplica cuando se entrega. En el mundo, el hombre procura evitar todo aquello que implique pérdida. En el Reino, Dios utiliza muchas veces los

procesos de quebrantamiento para producir una manifestación más abundante de Su vida.

Cuando Pablo escribió estas palabras no estaba desarrollando una teoría teológica. Estaba describiendo una realidad que había experimentado personalmente. Su ministerio había sido moldeado por pruebas, persecuciones, sacrificios, incomprensiones y sufrimientos de toda clase. Sin embargo, lejos de considerar aquellas experiencias como obstáculos inútiles, comprendía que formaban parte del proceso mediante el cual la vida de Cristo estaba siendo liberada para beneficio de otros.

Aquí encontramos uno de los grandes secretos del verdadero servicio cristiano. La capacidad de suministrar vida no depende principalmente del conocimiento acumulado, de las habilidades naturales o de la posición ministerial que una persona ocupa. Surge de la medida en que la vida de Cristo ha sido formada en ella.

Dos creyentes pueden predicar exactamente el mismo mensaje. Ambos pueden utilizar los mismos versículos y expresar doctrinas similares. Sin embargo, el efecto espiritual puede ser completamente diferente. Uno comunica únicamente información. El otro comunica vida.

La diferencia no siempre se encuentra en las palabras pronunciadas, se encuentra en la realidad espiritual que respalda esas palabras. Cuando una verdad ha sido incorporada mediante la experiencia, cuando ha atravesado

el fuego de la prueba y ha sido formada por la obra del Espíritu Santo, adquiere una capacidad de impartir vida que va mucho más allá de la simple transmisión de conceptos.

Por esta razón, algunos de los ministerios más influyentes de la historia de la Iglesia han surgido de hombres y mujeres profundamente formados por Dios. No necesariamente fueron los más elocuentes ni los más impresionantes desde una perspectiva humana. Pero poseían algo que sólo puede producir la realidad espiritual: una medida de la vida de Cristo capaz de alimentar a otros. Este principio aparece también en la enseñanza de Jesús acerca del grano de trigo.

***“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”***

Juan 12:24

Aunque el Señor estaba hablando en primer lugar de Su propia muerte, también estaba revelando un principio fundamental del Reino. La vida se multiplica mediante la entrega. El fruto surge cuando algo ha pasado por un proceso de muerte y resurrección.

Todo verdadero suministro espiritual está conectado con este principio. Aquello que no ha sido tratado por la cruz puede impresionar, pero difícilmente pueda impartir vida de manera profunda. Lo que ha sido trabajado por Dios posee una capacidad diferente. Ha sido vaciado de autosuficiencia.

Ha aprendido dependencia. Ha descubierto la fidelidad del Señor en medio de las pruebas. Ha sido ensanchado mediante procesos que aumentaron su capacidad espiritual. Ahora puede transmitir algo más que información, puede transmitir vida.

Esta verdad ayuda a explicar por qué algunos hermanos producen una profunda edificación espiritual incluso en conversaciones sencillas. No necesariamente realizan actos extraordinarios ni ocupan posiciones destacadas. Sin embargo, quienes se acercan a ellas suelen salir fortalecidos, animados o renovados espiritualmente.

Lo que ocurre es que están ministrando desde la realidad espiritual. La vida de Cristo que ha sido formada en ellos comienza naturalmente a fluir hacia otros. Pablo desarrolla esta misma idea en Colosenses cuando habla del misterio que había permanecido oculto durante generaciones:

***“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”***

Colosenses 1:27

Esta expresión resume el corazón del suministro espiritual. Lo que edifica verdaderamente a la Iglesia no es simplemente la actividad humana. Es Cristo manifestándose a través de Su pueblo. Todo ministerio auténtico deriva su poder de esta realidad.

Cuando Cristo encuentra espacio para expresarse en un creyente, algo del cielo comienza a tocar la tierra. La gracia

es comunicada. La fe es fortalecida. El amor es despertado. La esperanza es renovada. Todo ello ocurre porque la vida del Señor está siendo compartida. Por esta razón, la actividad y el suministro no son necesariamente la misma cosa.

Una persona puede estar extremadamente ocupada y, sin embargo, suministrar muy poca vida espiritual. Otra puede realizar actividades aparentemente sencillas y producir una profunda edificación en quienes la rodean. El criterio del Reino no se basa principalmente en la cantidad de trabajo realizado, sino en la medida de vida comunicada. Esto no significa que la actividad carezca de importancia. Significa que la actividad debe surgir de la vida y no intentar sustituirla.

Uno de los peligros más frecuentes en la obra cristiana consiste precisamente en reemplazar el suministro por la actividad. Cuando esto ocurre, los creyentes pueden mantenerse ocupados durante años sin experimentar un crecimiento proporcional en la realidad espiritual. Se realizan muchas cosas, pero se comunica poca vida.

La solución no consiste simplemente en hacer más, sino en permitir que Dios profundice Su obra interior. Porque la fuente del suministro nunca se encuentra en el esfuerzo humano. “Se encuentra en Cristo”.

Cuanto más profundamente una persona conoce al Señor, más puede transmitir algo de Su vida. Cuanto más ha sido formada por la cruz, más libremente puede fluir esa vida.

Cuanto más ha aprendido a depender del Espíritu Santo, más eficazmente puede servir como canal de suministro.

Aquí aparece una verdad especialmente importante para la Iglesia. El suministro espiritual no está limitado a determinados ministerios públicos. No pertenece exclusivamente a pastores, maestros o líderes visibles. Todo miembro del Cuerpo está llamado a participar de esta realidad.

Una madre puede suministrar vida a sus hijos. Un creyente puede fortalecer a otro mediante una conversación inspirada por el Espíritu. Un hermano puede comunicar gracia mediante una palabra oportuna. Una iglesia local puede convertirse en una fuente de suministro para toda una comunidad. La vida de Cristo busca expresarse a través de todos los miembros del Cuerpo.

Por eso el propósito de Dios no consiste únicamente en producir creyentes informados. Busca formar personas capaces de impartir vida.

La madurez espiritual alcanza una nueva dimensión cuando el creyente deja de pensar exclusivamente en su propio crecimiento y comienza a convertirse en una fuente de bendición para otros. Ya no vive únicamente para recibir. Aprende también a suministrar. Y paradójicamente, cuanto más aprende a dar, más descubre la abundancia de aquello que ha recibido del Señor.

Este principio revela algo extraordinario acerca de la economía espiritual del Reino. La vida divina no disminuye cuando es compartida. Se multiplica. Cuanto más fluye, más abundantemente parece manifestarse. Cuanto más es entregada, más espacio encuentra para seguir actuando.

Por eso Pablo podía soportar con gozo procesos difíciles. Había comprendido que la obra de Dios en su vida tenía un propósito que trascendía su propia experiencia personal. La muerte actuaba en él, pero la vida alcanzaba a otros. El quebrantamiento producía fruto. La formación generaba suministro.

Esta es una de las expresiones más elevadas de la realidad espiritual. No se trata simplemente de conocer verdades acerca de Dios. No se trata únicamente de experimentar bendiciones espirituales, se trata de llegar a ser instrumentos mediante los cuales la propia vida de Cristo pueda fluir hacia otros.

Cuando esto ocurre, comenzamos a participar de uno de los privilegios más extraordinarios del Reino: colaborar con Dios en la edificación de Su pueblo mediante el suministro invisible, pero profundamente real, de la vida de Cristo en nosotros.



## Capítulo diecinueve

### **LAS RIQUEZAS ESPIRITUALES DE LA IGLESIA**

Una de las tendencias más frecuentes del pensamiento humano consiste en concentrar la atención sobre determinadas personas consideradas especialmente capacitadas o espiritualmente destacadas. Esta inclinación también puede manifestarse dentro de la vida cristiana.

Con facilidad los creyentes llegan a pensar que la mayor parte de las riquezas espirituales del Reino están concentradas en unos pocos ministros, líderes o siervos particularmente usados por Dios. Sin embargo, cuando examinamos cuidadosamente las Escrituras descubrimos una realidad mucho más amplia y gloriosa.

Las riquezas de Cristo no fueron depositadas en una sola persona, sino que fueron distribuidas en todo Su Cuerpo. Esta verdad constituye uno de los aspectos más extraordinarios de la sabiduría divina. Dios pudo haber decidido manifestar toda la plenitud de Su gracia a través de individuos aislados, pero escogió un camino diferente. Dispuso que la riqueza espiritual de Cristo fuese compartida

entre muchos miembros, de manera que ninguno pudiera considerarse autosuficiente y todos necesitaran de los demás.

Por esta razón, comprender la realidad de la Iglesia implica comprender también la realidad del abastecimiento mutuo.

El creyente individual puede conocer verdaderamente a Dios, crecer espiritualmente y disfrutar de una comunión profunda con el Señor. Sin embargo, jamás podrá expresar por sí solo la plenitud de Cristo. Existen dimensiones de la gracia divina que solamente pueden ser conocidas en el contexto del Cuerpo. Hay riquezas espirituales que Dios decidió manifestar a través de otros miembros y que nunca estarán completamente disponibles para quienes pretendan caminar de manera aislada. Esta realidad aparece claramente en la enseñanza del apóstol Pablo acerca del Cuerpo de Cristo.

***“Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios.”***

1 Corintios 12:22

Estas palabras contradicen completamente los criterios habituales de valoración humana. El mundo tiende a destacar aquello que resulta más visible, más impresionante o más reconocido. Dios, en cambio, observa la contribución de cada miembro desde una perspectiva mucho más profunda. Aquellos que parecen menos importantes a los ojos de los

hombres pueden desempeñar funciones esenciales dentro de Su propósito.

La razón es sencilla: la vida del Cuerpo no depende de una sola parte, depende de la interacción de todas ellas.

Cuando observamos el cuerpo humano descubrimos que muchos de sus órganos más importantes permanecen ocultos. No llaman la atención sobre sí mismos. No son admirados por su apariencia. Sin embargo, sin ellos la vida sería imposible. Del mismo modo, dentro de la Iglesia existen innumerables creyentes cuya contribución espiritual rara vez recibe reconocimiento público y, aun así, resultan indispensables para el funcionamiento saludable del Cuerpo.

Esta verdad debería producir una profunda humildad en todos nosotros. Nadie posee todo, nadie ve todo, nadie expresa por sí solo la plenitud de Cristo. Cada creyente ha recibido una medida particular de gracia destinada no solamente a su propio crecimiento, sino también a la edificación de los demás. Pablo expresa esta realidad al escribir:

***“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.”***

Efesios 4:7

Observemos cuidadosamente la expresión: a cada uno. No a unos pocos. No exclusivamente a quienes ejercen ministerios públicos. Cada miembro del Cuerpo ha recibido

algo que procede de Cristo y que fue otorgado con un propósito específico dentro del plan de Dios. Esta distribución divina de las riquezas espirituales explica por qué la comunión ocupa un lugar tan importante en la vida de la Iglesia.

La comunión no constituye simplemente una práctica agradable destinada a fortalecer relaciones humanas. Es un canal mediante el cual la vida de Cristo circula entre los miembros del Cuerpo. Cuando los creyentes comparten aquello que han recibido del Señor, algo de las riquezas divinas comienza a fluir de unos hacia otros.

A veces este suministro ocurre mediante la enseñanza, otras veces mediante una palabra de ánimo. En ocasiones mediante la oración, pero en otras oportunidades mediante un acto sencillo de servicio o una manifestación práctica del amor de Dios. La forma puede variar, pero el principio permanece constante: Cristo utiliza a los miembros de Su Cuerpo para comunicar Su vida a otros miembros.

Por esta razón, la Iglesia nunca fue diseñada para funcionar como una audiencia pasiva observando la actividad de unos pocos. Fue concebida como un organismo vivo donde cada miembro participa activamente en la edificación de los demás. Esta realidad aparece con gran claridad en **Efesios 4**, donde Pablo describe el crecimiento del Cuerpo utilizando una expresión particularmente significativa:

***“De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”***

Efesios 4:16

La imagen resulta extraordinariamente rica. El crecimiento no depende únicamente de una fuente centralizada de ministerio. Todo el cuerpo participa. Cada miembro aporta algo. Cada coyuntura contribuye al flujo de vida. Existe una circulación espiritual continua mediante la cual el Señor abastece a Su pueblo.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales el individualismo constituye un peligro tan serio para la vida espiritual. Cuando una persona se aísla deliberadamente del Cuerpo, no sólo priva a otros de aquello que Dios desea impartir a través de ella. También se priva a sí misma de las riquezas que el Señor decidió comunicar mediante otros miembros.

La independencia espiritual siempre produce empobrecimiento, pero la comunión espiritual produce enriquecimiento. Esto no significa que todos los creyentes deban ser idénticos ni que las diferencias legítimas desaparezcan. La diversidad forma parte del diseño divino. Lo importante es que esa diversidad permanezca unida por una misma vida.

La riqueza del Cuerpo se encuentra precisamente en esta diversidad armonizada por Cristo. Algunos creyentes poseen una capacidad especial para alentar, otros para enseñar, otros para servir, otros para consolar, otros para interceder, otros para ejercer liderazgo, y otros para manifestar misericordia. Cada una de estas expresiones refleja algún aspecto de las riquezas de Cristo.

Cuando permanecen aisladas, su alcance resulta limitado. Cuando funcionan conjuntamente dentro del Cuerpo, revelan una imagen mucho más completa del Señor. Esta comprensión transforma también nuestra manera de valorar a los demás creyentes. Dejamos de verlos únicamente según sus capacidades naturales o sus funciones visibles y comenzamos a reconocer que cada uno posee algo de Cristo que nosotros necesitamos.

Esta actitud produce humildad. Nos libera de la autosuficiencia espiritual, nos enseña a escuchar, nos ayuda a recibir, nos permite apreciar la obra de Dios en otros, y sobre todo, nos recuerda que el centro de la vida de la Iglesia no es el hombre, sino Cristo manifestándose a través de muchos miembros diferentes.

Existe además una dimensión invisible de esta realidad que merece especial atención. Gran parte del abastecimiento espiritual que ocurre dentro del Cuerpo no puede ser medido ni cuantificado mediante criterios humanos. No siempre se manifiesta en actividades visibles ni en resultados inmediatos. Muchas veces opera silenciosamente.

Una oración realizada en secreto puede fortalecer a un hermano que nunca sabrá quién intercedió por él. Una palabra sencilla puede sostener a alguien en un momento crítico de su vida. Un acto de obediencia puede abrir puertas espirituales cuyos efectos sólo serán conocidos en la eternidad. La comunión de los santos contiene una profundidad que trasciende nuestra capacidad de comprensión.

Dios ha tejido a Su pueblo mediante vínculos espirituales mucho más profundos de lo que normalmente percibimos. La vida que circula en el Cuerpo no siempre puede ser observada externamente, pero produce efectos reales y duraderos.

Esta verdad nos ayuda a comprender por qué el enemigo procura constantemente debilitar la comunión entre los creyentes. Sabe que una Iglesia aislada es una Iglesia debilitada. Sabe que cuando los miembros dejan de abastecerse mutuamente, el flujo de vida se reduce y el crecimiento se ve afectado.

Por el contrario, cuando el pueblo de Dios aprende a vivir en la realidad del Cuerpo, algo extraordinario comienza a manifestarse. Las riquezas distribuidas entre los miembros se complementan unas a otras. La gracia compartida produce edificación mutua. Cristo encuentra un espacio cada vez más amplio para expresarse a través de Su Iglesia. Esta es una de las razones por las cuales la Iglesia constituye una realidad tan preciosa en el corazón de Dios.

No es simplemente una reunión de creyentes. No es solamente una organización religiosa. No es un conjunto de individuos que comparten ciertas doctrinas, es el Cuerpo de Cristo, diseñado para contener, expresar y distribuir las riquezas de Su vida.

Y cuanto más profundamente comprendemos esta realidad, más claramente percibimos que nadie fue llamado a caminar solo. Dios nos ha unido a otros creyentes para que podamos participar juntos de las insondables riquezas de Cristo.

Cada miembro posee algo que aportar, cada miembro posee algo que recibir, cada miembro forma parte del suministro que Dios ha preparado para Su pueblo, y cuando la Iglesia aprende a vivir de esta manera, deja de depender exclusivamente de recursos humanos y comienza a experimentar la abundancia de una provisión espiritual que procede directamente de Cristo, la Cabeza gloriosa de Su Cuerpo.

Allí la comunión deja de ser una actividad ocasional y se convierte en una expresión continua de la vida divina. Allí el abastecimiento mutuo deja de ser una teoría y se transforma en una realidad visible. Allí las riquezas de Cristo comienzan a circular libremente entre los miembros, produciendo crecimiento, madurez y una manifestación cada vez más plena de la gloria del Reino de Dios.

## Capítulo veinte

### VIVIENDO CONTINUAMENTE EN LA REALIDAD ESPIRITUAL

A lo largo de este libro hemos recorrido un camino que comenzó con una afirmación fundamental: existe una realidad más profunda que la que perciben nuestros sentidos naturales. Hemos contemplado la existencia del Reino invisible, la necesidad del nuevo nacimiento, la centralidad de Cristo, la realidad de la cruz, la adoración, la oración, la Iglesia, la unidad y el suministro espiritual.

También hemos considerado los peligros que amenazan esta realidad, tales como el intelectualismo religioso, las apariencias, las falsificaciones espirituales y la dependencia excesiva de las emociones. Finalmente, hemos visto cómo el Espíritu Santo conduce a los creyentes hacia una experiencia cada vez más profunda mediante la revelación, la disciplina y el ensanchamiento espiritual.

Sin embargo, después de considerar todas estas verdades surge una pregunta decisiva: ¿es posible vivir permanentemente en la realidad espiritual?

Muchos creyentes experimentan momentos de profunda comunión con Dios. Participan de reuniones donde la presencia del Señor se manifiesta de manera especial. Atraviesan temporadas de renovación espiritual o reciben revelaciones que transforman su comprensión de las Escrituras.

Estas experiencias son valiosas y forman parte del camino cristiano. No obstante, la intención de Dios nunca fue que Sus hijos vivieran únicamente de momentos aislados de inspiración. Su propósito es mucho más elevado. Él desea introducirnos en una manera de vivir donde la realidad espiritual deje de ser una experiencia ocasional y se convierta en el ambiente permanente de nuestra existencia.

La vida cristiana fue diseñada para ser vivida desde la realidad espiritual y no simplemente visitarla de vez en cuando. Esta diferencia es fundamental, porque muchos creyentes conocen la realidad espiritual de manera semejante a quien visita ocasionalmente un país extranjero.

Disfrutan brevemente de su belleza, reciben algo de su riqueza y luego regresan a la rutina habitual gobernada por criterios puramente naturales. Dios, en cambio, desea que Su pueblo establezca allí su residencia permanente. Quiere que aprendamos a pensar, decidir, servir, amar y caminar desde la perspectiva del Reino. Esta fue precisamente la manera en que vivió Jesucristo durante Su ministerio terrenal.

Aunque caminaba en medio de las realidades visibles de este mundo, Su vida permanecía continuamente conectada con el Padre. Sus decisiones no eran gobernadas por las circunstancias externas. Sus palabras no procedían simplemente de observaciones humanas. Sus acciones nacían de una comunión constante con Dios. Por eso podía declarar:

***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre.”***

Juan 5:19

Estas palabras revelan una vida completamente arraigada en la realidad espiritual. Jesús no reaccionaba simplemente a lo que ocurría a Su alrededor. Vivía consciente de una realidad superior que guiaba cada aspecto de Su existencia. El mismo principio aparece en la enseñanza apostólica. Pablo exhorta a los creyentes diciendo:

***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.”***

Colosenses 3:1

Obsérvese que el apóstol no está invitando a los creyentes a escapar de sus responsabilidades terrenales ni a vivir desconectados de la realidad cotidiana. Está enseñando algo mucho más profundo: la necesidad de aprender a vivir desde una perspectiva celestial mientras continuamos desarrollando nuestra vida en la tierra.

La realidad espiritual no nos aleja de la vida práctica, sino que transforma la manera en que la vivimos.

Quienes aprendemos a caminar en esta realidad seguimos trabajando, sirviendo, enfrentando desafíos y cumpliendo responsabilidades. La diferencia es que ya no interpretamos todas las cosas únicamente desde la perspectiva visible, sino que hemos aprendido a reconocer la actividad de Dios detrás de las circunstancias. Hemos desarrollado sensibilidad para discernir la dirección del Espíritu Santo y hemos comenzado a valorar lo eterno por encima de lo temporal.

Esta transformación no ocurre instantáneamente. Como toda obra profunda de Dios, requiere un proceso de crecimiento. La sensibilidad espiritual debe ser cultivada. El discernimiento necesita desarrollarse. La mente debe ser renovada progresivamente por la verdad. El corazón debe aprender a permanecer en comunión con el Señor aun en medio de las exigencias diarias de la vida.

Por esta razón, uno de los aspectos más importantes de la madurez espiritual consiste en aprender a permanecer en Cristo. Jesús expresó esta verdad mediante una de las imágenes más conocidas del Nuevo Testamento:

***“Permaneced en mí, y yo en vosotros.”***

Juan 15:4

La palabra permanecer posee una enorme importancia. No describe una experiencia pasajera ni un encuentro ocasional. Habla de continuidad, estabilidad y permanencia. El Señor no llamó a Sus discípulos simplemente a visitarlo de vez en cuando. Los llamó a vivir en una relación continua con Él. Aquí encontramos una de las claves más importantes para vivir en la realidad espiritual.

La realidad espiritual no se sostiene mediante esfuerzos esporádicos, se sostiene mediante comunión continua.

Muchos creyentes intentan compensar semanas enteras de distracción espiritual mediante momentos intensos de búsqueda ocasional. Aunque Dios puede bendecir esos momentos, Su propósito es más profundo. Desea desarrollar una relación constante donde la comunión con Él forme parte natural de la vida diaria.

Esto implica aprender a reconocer Su presencia en medio de las actividades más comunes. Significa desarrollar el hábito de consultar Su dirección, depender de Su gracia y mantener el corazón abierto a Su voz. Significa aprender a caminar con Dios y no solamente trabajar para Dios.

En este punto, la sensibilidad espiritual adquiere una importancia especial. Así como los sentidos físicos pueden desarrollarse mediante el uso constante, también los sentidos espirituales se fortalecen cuando son ejercitados. El creyente que cultiva una vida de oración, medita en las Escrituras y

procura obedecer la dirección del Espíritu Santo desarrolla gradualmente una capacidad creciente para discernir la realidad espiritual.

Comienza a percibir aquello que antes pasaba inadvertido. Reconoce con mayor claridad la obra de Dios. Discierne con mayor facilidad aquello que procede del Espíritu y aquello que proviene de la carne. Desarrolla una percepción más profunda de las necesidades espirituales de quienes lo rodean.

Esta sensibilidad no tiene como propósito producir una espiritualidad extraña o desconectada de la vida cotidiana. Al contrario, permite que la realidad del Reino impregne cada aspecto de la existencia. El trabajo se transforma en un lugar donde Cristo puede ser manifestado.

La familia se convierte en un espacio para expresar Su amor. Las dificultades se transforman en oportunidades para ejercitar la fe. Las relaciones humanas se convierten en escenarios donde la gracia puede fluir. Toda la vida comienza a ser interpretada desde la perspectiva del Reino.

Por supuesto, este camino también incluye desafíos. Mientras permanezcamos en este mundo seguiremos enfrentando debilidades, tentaciones y momentos de dificultad. La realidad espiritual no elimina automáticamente las luchas, lo que hace es proporcionar recursos superiores para enfrentarlas.

El creyente maduro no es aquel que nunca enfrenta conflictos internos o pruebas externas. Es aquel que ha aprendido a regresar continuamente a la realidad de Cristo. Es aquel que, cuando tropieza, vuelve al Señor, cuando se debilita, busca Su fortaleza, cuando se confunde, procura Su dirección, cuando enfrenta oposición, descansa en Su fidelidad. Es aquel cuya estabilidad no proviene de su propia capacidad, sino de la permanencia de Cristo.

Por esta razón, vivir en la realidad espiritual requiere una dependencia constante del Espíritu Santo. Ninguna persona puede sostener esta vida mediante disciplina humana o fuerza de voluntad. La realidad espiritual siempre depende de la vida divina operando en nosotros.

El Espíritu Santo continúa realizando la misma obra que comenzó el día de nuestra conversión. Sigue revelando a Cristo. Sigue transformando nuestro carácter. Sigue guiándonos hacia una comprensión más profunda del Reino. Sigue produciendo en nosotros aquello que jamás podríamos generar por nuestros propios medios.

La vida espiritual madura aprende a cooperar con esta obra. Aprende a escuchar, a obedecer, a esperar, a confiar. Y poco a poco descubre que el Reino deja de ser una doctrina para convertirse en una experiencia cotidiana.

A medida que este proceso avanza, el creyente comienza a comprender que la realidad espiritual no es una dimensión reservada para unos pocos hombres

excepcionales. No es el privilegio exclusivo de determinados ministros ni el resultado de capacidades especiales. Es la herencia normal de todos aquellos que han nacido de nuevo y han aprendido a caminar con Dios.

El Señor desea que Su pueblo viva consciente de Su presencia. Desea que la Iglesia aprenda a moverse bajo la dirección del Espíritu. Desea que los creyentes desarrollen una visión gobernada por las realidades eternas. Desea formar hombres y mujeres que no sean controlados exclusivamente por las circunstancias visibles, sino guiados por las realidades invisibles del Reino.

Este llamado resulta especialmente urgente en una generación saturada de distracciones. Nunca antes la humanidad había estado expuesta a una cantidad tan grande de información, estímulos y voces compitiendo por la atención del corazón. Precisamente por eso la Iglesia necesita redescubrir la disciplina de vivir centrada en Cristo.

Necesita volver a cultivar la comunión profunda con el Espíritu, necesita recuperar la sensibilidad espiritual, necesita aprender nuevamente a caminar por fe y no por vista, necesita volver a la realidad. Porque la realidad espiritual no es una teoría para ser estudiada, es una vida para ser vivida.

Es la vida de Cristo manifestándose en aquellos que le pertenecen. Es la presencia del Reino actuando en medio de un mundo temporal. Es la comunión continua con Dios que transforma cada aspecto de la existencia. Y cuando un

creyente aprende a vivir de esta manera, descubre algo extraordinario: la realidad espiritual deja de ser un lugar al que ocasionalmente accede y se convierte en el ambiente donde su alma aprende a habitar permanentemente.

Allí la fe deja de ser un concepto y se transforma en una manera de vivir. La comunión deja de ser una actividad y se convierte en una relación continua. La presencia de Dios deja de ser una experiencia esporádica y se transforma en una compañía constante, y la realidad espiritual, que antes parecía distante y misteriosa, se convierte en el escenario cotidiano donde Cristo vive, gobierna y se manifiesta a través de Su pueblo para la gloria de Dios.



# CONCLUSIÓN

“Una generación que vuelva a tocar la realidad de Dios”

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un camino que comenzó con una pregunta fundamental: ¿qué es verdaderamente real?

Vivimos en una generación fascinada por lo visible. El hombre moderno confía en aquello que puede medir, calcular, analizar y comprobar mediante sus sentidos. Incluso dentro de la Iglesia existe el peligro de adoptar la misma mentalidad, reduciendo la vida cristiana a conocimientos, actividades, programas, métodos o experiencias pasajeras. Sin embargo, las Escrituras nos conducen constantemente hacia una realidad superior. Nos recuerdan que lo visible nació de lo invisible, que lo temporal es pasajero y que lo eterno permanece para siempre.

La realidad espiritual no es una idea filosófica ni una construcción religiosa. Es la esfera donde Dios vive, gobierna y desarrolla Sus propósitos eternos. Es la dimensión desde la cual Cristo reina. Es el ámbito donde el Espíritu Santo opera. Es el Reino que vino a nosotros mediante Jesucristo y que un día será manifestado en toda su plenitud.

La gran tragedia de muchas generaciones no ha sido la falta de información acerca de Dios. Ha sido la ausencia de una experiencia real con Él.

Nunca antes la humanidad tuvo acceso a tantos recursos espirituales. Existen más Biblias, más libros, más predicaciones, más conferencias y más contenido cristiano que en cualquier otro período de la historia. Sin embargo, la abundancia de información no siempre ha producido una abundancia equivalente de transformación.

Podemos hablar acerca de la cruz sin vivir bajo su gobierno. Podemos enseñar acerca del Espíritu Santo sin caminar bajo Su dirección. Podemos estudiar acerca de la Iglesia sin experimentar la realidad del Cuerpo de Cristo. Podemos defender doctrinas correctas sin disfrutar de una comunión viva con el Señor, y precisamente por eso la Iglesia necesita volver a la realidad espiritual.

Soy un ministro de esta generación y créanme que mi mayor carga es comunicar a la Iglesia la necesidad de despertar, la necesidad de regresar al gobierno de Cristo. La necesidad de redescubrir la obra profunda de la cruz, para desenfocarnos de una vez por todas de nuestros propios planes y enfocarnos responsablemente en el propósito eterno de nuestro Dios.

Necesitamos recuperar la sensibilidad al Espíritu Santo, oír Su voz y sujetarnos a Sus mandatos. Necesitamos volver a experimentar la comunión del Cuerpo, con una unidad verdadera, espiritual y madura. Necesitamos aprender nuevamente a distinguir entre la apariencia y la realidad.

El futuro de la Iglesia no dependerá principalmente de sus recursos, de sus estructuras ni de sus estrategias. Dependerá de su capacidad para permanecer conectada con la vida de Dios.

Las generaciones que han impactado al mundo para Cristo no fueron necesariamente las más numerosas ni las más influyentes desde una perspectiva humana. Fueron generaciones que conocieron la realidad de Dios.

Moisés conoció la realidad de Dios en el desierto, David conoció la realidad de Dios en las cuevas, Daniel conoció la realidad de Dios en Babilonia, Pablo conoció la realidad de Dios en las prisiones. La Iglesia primitiva conoció la realidad de Dios en medio de la persecución.

En todos los casos encontramos el mismo principio: la verdadera influencia espiritual siempre nace de una comunión profunda con Dios. El mundo no necesita una Iglesia más entretenida, necesita una Iglesia más real. No necesita creyentes que solamente hablen acerca de Dios, necesita creyentes que vivan en Dios. No necesita más apariencia de espiritualidad, necesita la manifestación de la vida de Cristo a través de los santos.

En los tiempos que se aproximan, la diferencia entre la realidad y la apariencia será cada vez más evidente. Las presiones culturales, los desafíos espirituales y las pruebas que enfrentará la Iglesia expondrán aquello que fue construido sobre fundamentos superficiales. Lo que procede

únicamente de la emoción terminará desapareciendo. Lo que depende exclusivamente de sistemas humanos será insuficiente. Lo que descansa sobre la apariencia no podrá sostenerse, pero aquello que ha nacido de Dios permanecerá.

La realidad espiritual posee una estabilidad que las circunstancias no pueden destruir, la vida de Cristo posee una fuerza que ninguna oposición puede apagar, la obra del Espíritu Santo posee una profundidad que ninguna crisis puede anular.

Por eso el llamado de este libro no es simplemente a comprender nuevas ideas. Es un llamado a vivir de otra manera, es una invitación a abandonar la superficialidad, a dejar atrás la religión de las apariencias, a renunciar a la autosuficiencia espiritual, a permitir que el Espíritu Santo nos conduzca hacia una experiencia más profunda de Cristo.

Cada creyente debe hacerse una pregunta sincera delante de Dios: ¿Estoy viviendo en la realidad espiritual o simplemente hablando acerca de ella? La respuesta a esta pregunta puede cambiar completamente el curso de una vida, porque la realidad espiritual no es una doctrina reservada para teólogos, no es una experiencia limitada a ciertos ministros, no es una dimensión inaccesible para los creyentes comunes. Es la herencia de todos aquellos que han nacido de nuevo y han sido unidos a Cristo.

El Padre desea que Sus hijos conozcan la realidad de Su amor. El Hijo desea que Su vida sea formada en ellos. El

Espíritu Santo desea guiarlos hacia toda la realidad divina. La invitación permanece abierta, la puerta sigue siendo Cristo, el camino continúa siendo la cruz, el guía sigue siendo el Espíritu Santo, y el destino continúa siendo una vida completamente gobernada por la realidad del Reino de Dios.

Quizás la necesidad más urgente de nuestra generación no sea una nueva metodología, ni una nueva tendencia espiritual. Quizás la necesidad más urgente sea volver a tocar la realidad de Dios. Volver a experimentar Su presencia, volver a escuchar Su voz, volver a vivir bajo Su gobierno, volver a caminar en la verdad, volver a depender de Su Espíritu y volvernos al señorío de Cristo.

Porque cuando la Iglesia vuelve a la realidad espiritual, deja de ser simplemente una institución religiosa y vuelve a convertirse en aquello que Dios siempre quiso que fuera: “la expresión viva de Su Hijo sobre la tierra”.

Cuando la mayoría de los cristianos nos volvamos de corazón a tocar la realidad de Dios, el mundo entero comenzará a percibir que existe algo más grande que lo visible, más profundo que lo temporal y más glorioso que cualquier cosa que esta tierra pueda ofrecer. Conocerán que existe una realidad eterna, un Reino incommovible, un Cristo vivo, y una realidad espiritual que continúa transformando vidas para la gloria de Dios.



## Oración final:

*Padre eterno, fuente de toda verdad y de toda realidad espiritual, llegamos al final de este recorrido con profunda gratitud por Tu gracia, por Tu paciencia y por la obra que realizas en nuestras vidas...*

*Te damos gracias porque no nos dejaste vagando en las sombras de la ignorancia ni atrapados en las limitaciones de lo visible, sino que nos llamaste a participar de Tu Reino, a conocer a Tu Hijo y a vivir por medio de Tu Espíritu...*

*Señor, perdónanos por las veces que nos conformamos con la apariencia en lugar de buscar la realidad. Perdónanos cuando reemplazamos la comunión por la actividad, la vida por la doctrina, la transformación por la información y la dependencia de Ti por la confianza en nosotros mismos...*

*Abre nuevamente nuestros ojos para contemplar las realidades invisibles de Tu Reino. Haz que Cristo sea más real para nosotros que cualquier circunstancia. Haz que Tu Palabra sea vida en nuestro interior. Haz que Tu Espíritu encuentre corazones sensibles y obedientes...*

*Forma en nosotros el carácter del Hijo Amado, líbranos de toda superficialidad espiritual. Guárdanos del engaño, de la apariencia y de todo aquello que pretenda sustituir Tu obra verdadera. Conduce a Tu Iglesia hacia una experiencia más profunda de Tu presencia...*

*Levanta una generación que ame la verdad, que camine en la realidad espiritual y que refleje la gloria de Cristo en medio de este mundo...*

*Que podamos vivir cada día conscientes de Tu Reino.  
Que podamos servir desde la vida que procede de Ti.  
Que podamos suministrar a otros aquello que Tú has depositado en nosotros...*

*Que al final de nuestra carrera podamos decir que no solamente hablamos acerca de Ti, sino que aprendimos a caminar contigo...*

*A Ti sea toda la gloria, toda la honra y toda la alabanza por los siglos de los siglos.*

*En el nombre de Jesucristo... ¡Amén!*



## Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

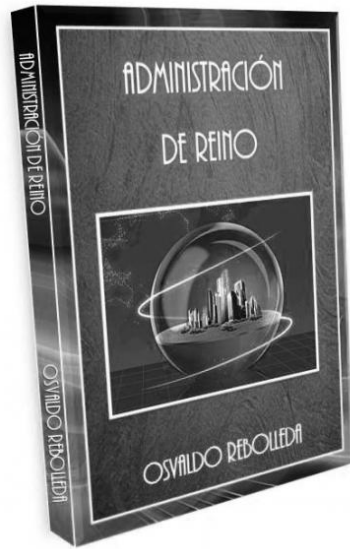
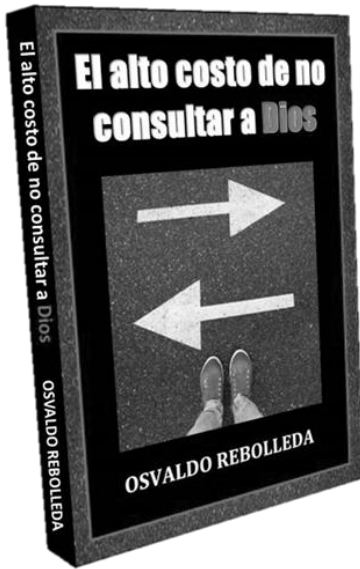
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

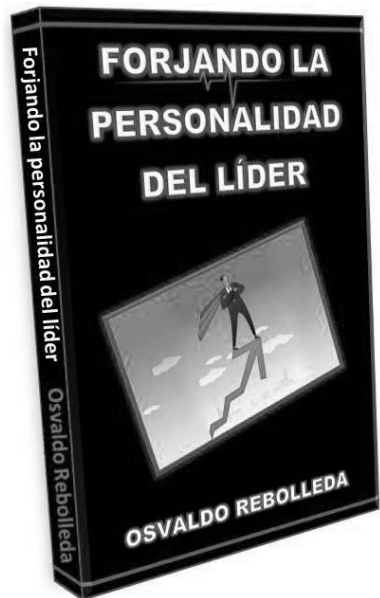
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

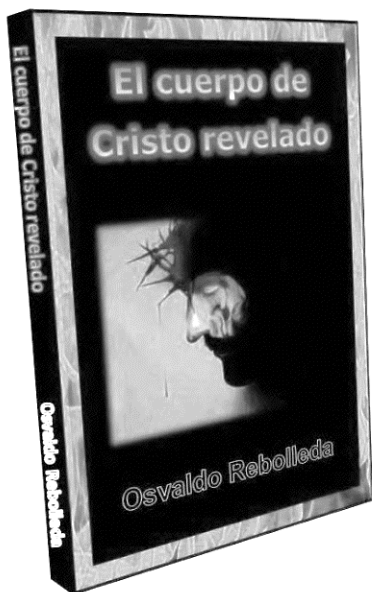
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

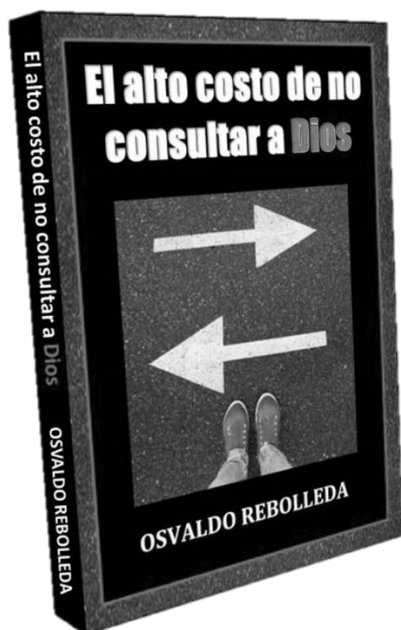


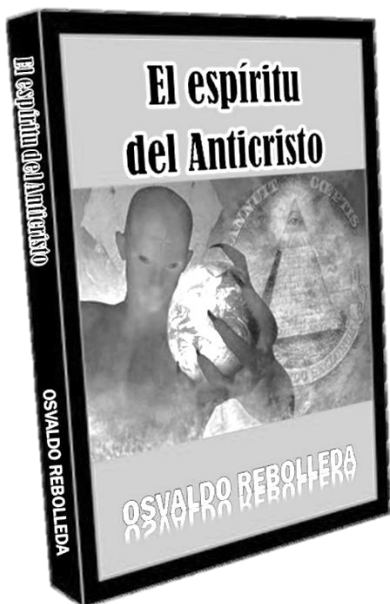
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



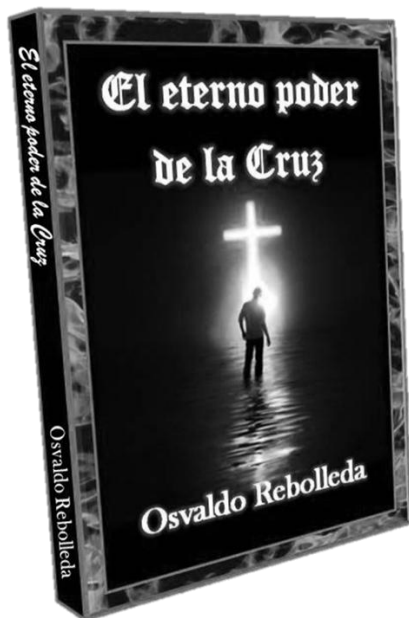
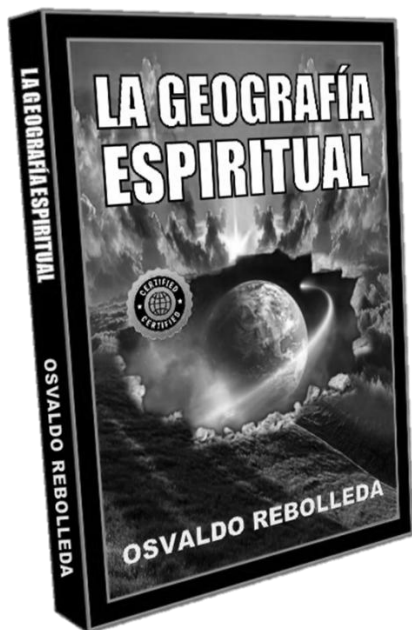


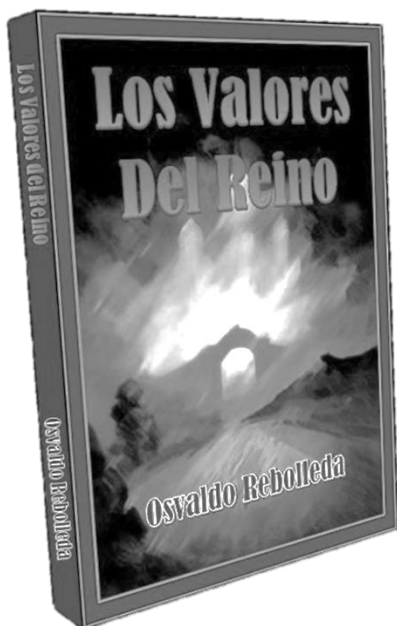
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

